

MADO MARTÍNEZ

EL  
TREN  
DE LAS  
ALMAS



NOVELA

algaida

MADO MARTÍNEZ

EL

**TREN**

DE LAS

**ALMAS**

algaida

*Eres MÍA*

22 DE DICIEMBRE DE 2016

## LA NOCHE DE LAS TRES NOCHES

Todo el mundo en Espuelas sabía que estaba prohibido ir a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches, aunque ya nadie iba nunca allí. Aquel había sido el destino favorito de los que un buen día decidían acabar con su vida. Cada pueblo tenía su lugar maldito. En algunos, los habitantes se suicidaban saltando de un puente; en otros, colgándose de las oliveras; en Espuelas, los que no se resignaban a vivir y tenían el valor de morirse a voluntad y porque sí, peregrinaban hasta la vieja estación, esperaban a que pasara el tren de su muerte, y se lanzaban a las vías con la esperanza de que les arrollase hasta el alma. Fueron muchos los embrujados que sucumbieron al encanto de lanzarse al abismo, pero no tantos como aquella vez que los espuelanos bautizaron como «el año del prodigio», en 1950, cuando prácticamente todas las semanas acudía un parroquiano a tirarse al tren. El problema llegó a ser tan grave, que el Alcalde publicó un bando prohibiendo a los habitantes de Espuelas suicidarse; fue necesario poner a un vigilante para que refrenara a los que acudían con el anhelo de abrazarse a la locomotora. El *espantasuicidas* no daba abasto. Lo ponían todo perdido de picadillo humano, paraban y retrasaban el tráfico ferroviario; las labores de recuperación de los desperdicios eran una porquería, y, por si fuera poco, algunos no tenían ni la decencia de dejar una nota explicando su dolor. Los gacetilleros de la época bautizaron el lugar como la Estación de los Muertos. Acudían cada día decenas de curiosos que aspiraban a ver cómo se arrojaban los desdichados; los más pudientes, incluso, se llevaban la cámara de fotos, con la macabra aspiración de poder inmortalizar el momento. Tanta era la desesperación de la gente, que tuvieron que prohibir que se tocaran las campanas a muerto, para que los espuelanos no se volvieran locos de angustia, y no les diera por imitar aquella «moda de tirarse al tren», como el Padre Gesualdo solía decir en las

misas. Las autoridades, hartas de retrasos y molestias, convinieron que lo mejor era desviar el tráfico, y parece que la cosa funcionó, porque ya no se mataban tantos. La estación más cercana estaba a diez kilómetros, y por lo visto la pereza podía más que el ansia de morir. Además, que matarse en el pueblo de al lado no tenía la misma gracia.

Bárbara fue la primera en llegar. La estación de Espuelas aguardaba a sus invitados en silencio. Los raíles aplaudieron por dentro de los hierros. Se sentó a esperar a sus amigos en el desvencijado banco del andén. Hacía prácticamente quince años que no había vuelto a ver a ninguno de ellos, aunque siempre se las habían apañado para seguirse la pista. Jackson, Marian, Tony y Juan. Sobre todo Juan... Suspiró profundamente al pensar en él. Qué extraño, le faltaba el aire cada vez que su mente dibujaba su rostro.

Jamás pensó que lograría volver a reunirlos a todos, y menos aún la noche de las tres noches. Todo el mundo sabía que el 22 de diciembre estaba prohibido ir a la Estación de los Muertos, porque esa noche, pasaba por allí el tren de las almas. Los que se habían atrevido a hacerlo lo habían pagado caro. Eso decían los viejos de Espuelas, amparándose en la leyenda; como la de un fulano que, según decían, cometió el error de acudir a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches, y regresó ido, hablando insensateces, con la mirada perdida en otro mundo del que jamás lograría regresar. Decía que había subido al tren de las almas. Nadie le creyó. Todo el mundo sabía que si subías al maldito tren, ya no podías bajar. Pero él decía que sí se podía, que había un modo. Lo internaron en el manicomio de la provincia a babear con los oligofrénicos. Murió una semana más tarde de un ataque al corazón, mascullando no sé que historias de espíritus. Y como se acaba el barro antes que los cerdos, aún hubo otros que tuvieron las santas tripas de atreverse a subir a la vieja estación abandonada la noche de las tres noches, como aquella pareja de novios que se fugó porque sus padres no les dejaban estar juntos, y de los que nadie volvió a saber las señas de sus huesos.

—¡Bárbara! —la llamó Marian.

Bárbara la vio bajar del coche. Llevaba bajo el brazo su viejo tablero *ouija*.

—¡Todavía lo tienes! —exclamó Bárbara señalando el tablero con la mirada.

—Pero, bueno, ¿a quién te alegras más de ver, al tablero o a mí?

—A ti, a ti... —la abrazó—. Además, ¿desde cuándo ese trasto nos ha servido para contactar con nada?

Cuando tenían catorce años hicieron una sesión de espiritismo alrededor de aquel mismo tablero *ouija*. Lo más fuerte que se atrevieron a preguntar era qué cuestiones iban a salir en el examen de ciencias, y si el Caballero Afrodita de Piscis de la serie los *Caballeros del Zodiaco* iba a volver a resucitar de nuevo tras morir a manos de Radamanthys de Wyvern. El vaso se fue moviendo indicando los temas que saldrían en el examen, y señalando que el Caballero Piscis volvería a ser resucitado, esta vez por la diosa Athena.

—Eso es imposible... Qué mierda de *ouija*. ¿Cómo va a revivirlo Athena después de todas las veces que Afrodita de Piscis ha intentado cargársela? —dijo Tony aquella tarde de lluvia.

Tras pronunciar aquellas palabras el vaso salió despedido y se estrelló contra la pared del salón. Tony se meó en los pantalones. Se fueron a casa sin comentar lo sucedido. Ninguno dijo nada, ni siquiera cuando el día del examen salieron exactamente las preguntas que la *ouija* había dicho, ni cuando emitieron el capítulo en el que Athena revivió a Afrodita de Piscis para destruir junto a los otros caballeros el oro del muro de los lamentos. Después de aquello pasaron un tiempo sin querer acercarse al juego de las letras.

—¿Y Jackson? —preguntó Marian, y lo preguntaba porque ellos dos eran los inseparables, o como solía decir doña Refugio, la abuela de Marian, «adonde va el cubo va la sogá, y, hale, así es como tienes que ir en la vida con alguien si quieres sacar agua del aljibe». Doña Refugio, como mucha gente, pensaba que aquellos dos «tenían algo». El padre de Bárbara estaba convencido de que su hija se encamaba con Jackson porque «entre un hombre y una mujer no puede haber otro tipo de relación». Pero Bárbara y Jackson eran solamente amigos.

—Jackson quedó en venir con Juan —contestó Bárbara, subiéndose el cuello de la cazadora hasta las orejas.

—Juan, Juan, Juan...

—Sí, Juan... —Bárbara resopló. No sabía si quería seguir hablando de él  
—. Nos vimos anoche en el Biruji.

—¿Qué tal le has encontrado? Acaba de volver de Estados Unidos, ¿no?

—Igual que siempre. Si te digo la verdad, me sorprendió que se viniera a cenar conmigo al Biruji. Desde que se fue a vivir al extranjero no ha mantenido mucho el contacto, por lo menos conmigo. Yo me cansé de hablar con el buzón de su contestador hace años. Y ayer va y se pide una cerveza, me deja comer de sus patatas, me paga la cena y me lo discute todo, como si nada.

—Cuando buscas la palabra «huraño» en el diccionario, seguro que sale Juan. Yo le perdí el rastro mucho antes. ¿Estás segura de que va a venir esta noche?

—Bueno... —Bárbara no las tenía todas consigo.

—¿No te acuerdas cuando nos dejó tiradas en la ciudad y nos tocó volver en taxi? ¿O cuando le organizamos aquella fiesta sorpresa de cumpleaños y no apareció?

—Pues como no venga vamos a pasar hambre.

—¿Y eso?

—Dijo que él se encargaba de la comida.

—¡Mierda! —protestó Marian—. Menos mal que me he traído una caja de donuts.

Marian sacó una polvera del bolso, y empezó a retocarse el maquillaje.

—Creo que eres la única persona que conozco que se maquilla antes de entrar en una casa embrujada —comentó Bárbara mirando los raíles.

—Anda ya, esto no es una casa embrujada. ¿He mencionado ya que tú eres la única mujer que conozco a la que se le ocurriría venir la noche de las tres noches a este lugar? ¡Mira! Ahí llega Tony.

A lo lejos, la silueta de un hombre larguirucho y de rostro enjuto asomó entre las sombras.

—Joder —susurró Marian—. Si me lo encuentro a las tres de la mañana, salgo corriendo.

—Lo que hacen las drogas... Con lo guapo que era... ¿Está muy enganchado? —preguntó Bárbara.

—Cuando salgo a patrullar está siempre en el puente con los mismos



pringaos —contestó.

Marian era policía local, y solía salir a patrullar por el pueblo junto a su compañero Roberto Aranda.

—A todos nos gusta fumarnos un porro de vez en cuando... —intentó justificarle Marian, pero con la boca pequeña. De hecho, hacía ya un tiempo que sospechaba que Tony había pasado de los porros, las pastillas y la cocaína a la heroína.

—Y cuantas veces nos hemos colocado con él... ¿Te acuerdas aquella nochevieja del 97? —dijo Bárbara.

—¿Cuando trajo aquellos ácidos que llamaban «doble gota»?

—¡Sí!

—Qué cabrón.

Bárbara se quedó pensándolo un rato. Aquella había sido la última nochevieja que habían pasado todos juntos.

Tony levantó el brazo a modo de saludo. Le vieron llegar con su chupa de cuero, su pelo negro enmarañado y sus pantalones ajados con cadenas.

—Ya está aquí el rey de la fiesta —dijo dando un par de brincos circenses.

Se abrazaron efusivamente. Bárbara notó que abrazar a Tony era abrazar el aire, un hatillo de huesos y no más.

—Voy al coche a por el equipo.

Marian sabía que se refería al kit cazafantasmas de Bárbara. Detectores de presencia, medidores de campo electromagnético, estación de meteorología, grabadoras, cámaras y todo el arsenal propio de un investigador paranormal. A ella le gustaban esas cosas, y eso que era científica, bióloga marina para ser exactos.

—¿De qué va lo de esta noche, Marian? Bárbara me ha contado no sé qué historia de esas tuyas para no dormir.

—Ya... Lo importante es que estamos todos juntos. —Marian sonrió con visos de disculpa.

—Joder, se me ocurren mil lugares más apetecibles que este para reunirnos. Yo fumaré muchos porros y todo lo que tú quieras, pero esta Bárbara no tiene que estar muy bien de la chaveta si su plan de reencuentro es venir a ver si pasa el tren de las almas, ¡y con el frío que hace! ¡Se me están

helando las pelotas!

Marian se frotó las manos. El frío se estaba apoderando de la estación, conquistando los raíles, extendiendo sus brazos de escarcha y plantando la bandera del escalofrío en los andenes tristes. Miró al cielo y, justo entonces, vio una estrella fugaz cruzando la bóveda celeste. Quiso pedir un deseo, pero no se le ocurrió ninguno, porque el suyo era un imposible. Su marido había muerto hacía varios años, y ni la más poderosa de las estrellas fugaces podría devolverle la vida.

Bárbara regresó con la mochila a cuestas. Se oyeron unos ruidos. Procedían del interior de la estación abandonada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tranquila —contestó Marian—. Son palomas—. Caminó hacia los ventanales de cristales rotos, y alumbró el interior de la vieja estación. Olía a abandono.

—Ahí hay algo que se está moviendo —dijo Tony señalando unos arbustos.

Marian alumbró con la linterna hacia el lugar donde el índice de Tony apuntaba. Bárbara reconoció el Jeep de Juan al instante. Suspiró con alivio. Al menos no pasarían hambre. Pero ¿dónde estaba su dueño? Se aproximó hacia el vehículo con paso lento, alumbrando el camino de tierra por el que cruzó un escarabajo que andaba paseando su parsimonia. Lo dejó cruzar. Apuntó con el haz de luz al interior del todoterreno. No había nadie dentro.

Los arbustos se agitaron. Bárbara sintió un brinco en el corazón, y soltó un grito tan grande, que hasta los perros perdieron el aullido.

—¡Juan! Pero ¿qué hacías ahí detrás escondido?

Parecía desorientado.

—¿Juan? —Bárbara creyó atisbar un halo de angustia en él.

Todavía tardó en contestar.

—Estaba... Meando... Que ya no puede uno ni mear tranquilo.

Tony y Marian se deshicieron en besos y abrazos con Juan. Hacía mucho tiempo que no le veían. En lo que a él se refería, si las cosas podían solucionarse sin que mediase contacto físico, mejor que mejor. No hacía falta toquetearse tanto.

—¿Dónde está Jackson? Tenía que venir contigo —preguntó Bárbara.

—No he podido encontrarle. No responde a mis llamadas, y en su casa no hay nadie —respondió.

A Bárbara le subió un torrente de inquietud por la garganta.

—Qué raro. ¡A ver si le ha pasado algo!

—No te pongas histérica, mujer. —Tony conocía bien a Bárbara. A veces podía hacer una auténtica montaña de un grano de café.

Bárbara sacó su teléfono móvil. Llamaría a su madre, llamaría a sus abuelos, llamaría a Dios si hacía falta...

—¿No pensaríais empezar sin mí, no? —Era la voz inconfundible de Jackson, emergiendo de entre las sombras.

—¡Jackson! ¿Dónde te habías metido? —Bárbara volvió a la tierra. Tenía que aprender a no apurarse tanto si quería llegar a vieja.

Marian se acercó a él.

—¿Jackson? ¿Eres tú?

Le escrutó el semblante entre las sombras, con aquellos ojos que ponía cuando no estaba segura de si lo que observaba era real. Hacía tiempo que no se veían.

—Pues claro que soy yo. ¡Juan, saca una cerveza, que ya queda nada para que pase el tren!

Juan tardó en reaccionar pero obedeció.

—¡Así que esta noche pasa el tren de las almas! Aunque yo te digo una cosa, Bárbara, como pase, yo me cago, ¿eh? —Jackson abrió una Alhambra Especial con gesto dicharachero.

—Vamos a ver si animamos esto un poco —intervino Tony, sacando del bolsillo de su chupa una bolsa de plástico llena de pastillas y cartoncitos de colores—. ¿Quién quiere flipar?

—Tony, sólo te voy a decir una cosa —advirtió Bárbara—. Como me pongas una mierda de esas en la bebida, no sé lo que te hago. —Estaba muy molesta. No creía que lo más recomendable en una investigación paranormal fuera colocarse.

Tony se acordó de la primera vez que le dio un ácido a Bárbara. Ella se lo estuvo pidiendo durante semanas. Se había colocado miles de veces con otras sustancias, como el éxtasis, pero nunca había probado el LSD. Cuando al fin

se lo dio, aquella última nochevieja que pasaron juntos, Bárbara se echó a la boca el minúsculo cartoncito impregnado con doble gota. Esperó, esperó, y desesperó, como solía pasarle con todo en esta vida, por su bendita impaciencia, y tras bostezar varias veces y quejarse hasta la saciedad con aquello de «Esto a mí no me hace nada», Tony le pidió que abriese la boca y le echó otro cartón plegadito de aquellos. Bárbara supo lo que era alucinar; el viaje por el reino de baldosas amarillas le duró dos días. Los monstruos la dejaron exhausta.

El frío iba conquistando terreno en la Estación de los Muertos. Tony se puso un ácido en la lengua. No necesitaba la aprobación de nadie para flipar. Era el único que seguía drogándose, como si todavía fueran al instituto y hubiera que desfasar hasta reventar la luna. Marian había tratado en el pasado de convencer a los otros para hablar con él seriamente; hacerle ver que tenía un problema. Pero nadie se atrevió a ponerle el cascabel al gato, y al final se fueron distanciando. Marian se hizo policía, y se casó; Bárbara estudió ciencias del mar, y se fue a explorar los océanos; Juan se licenció en antropología, y acabó dando clases en la universidad de Yale; Jackson se involucró en el mundo de los negocios, y Tony se quedó a solas con sus fantasías animadas.

—Pásame una de esas —dijo Jackson señalando con la mirada el paquetito de golosinas psicodélicas de Tony.

—¡Jackson! —se quejó Bárbara con un tono que pretendía ser reprobatorio, pero que en realidad escondía un chiste—. ¡Que hemos venido en misión paranormal!

—Que sí mujer, pero habrá que celebrar el reencuentro también, ¿no?, que tú y yo nos vemos casi todos los días, pero con estos hacía tela que no nos juntábamos, y de Juan ya... ni hablamos. Ya se me había empezado a olvidar tu cara... —dijo, mirándole con ojos de comadreja.

El rostro de Juan luchó unos instantes contra el azoramiento que aquellas palabras, por algún motivo, le produjeron.

Tony empezó a repartir cervezas. Los botellines verdes tintinearón en la oscuridad. Bárbara se quedó mirando la suya: parecía una pócima mágica. Después miró a sus amigos, y se dejó llenar por la alegre sensación de estar

todos juntos, como antes... Faltaba Maite, pero fue imposible convencerla para que fuera a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches. Ella se lo perdía... Una punzada extraña se instaló en su pecho antes de echarse la botella a la boca. Estaba segura de que aquella iba a ser una noche especial.

## VIAJEROS AL TREN

Faltaba un minuto para la medianoche. El helor de la madrugada se transformó en una cárcel de temblores. Sus respiraciones salieron al paso del vaho abotargado y espeso, dibujando hábitos de humo. Empezó a nevar. Marian supo, en ese preciso instante, que algo raro estaba pasando, no porque la nieve fuera algo extraño, sino porque nunca antes había visto nevar en Espuelas. Era la segunda vez en la noche que no estaba segura de lo que estaba viendo. Tony se preguntó si era el único que estaba viendo nevar o si acaso aquella visión encantada era un regalo del ácido.

—¡Está nevando! —Jackson estaba dando saltos de alegría. Cogió a Bárbara en brazos, y la levantó en el aire—. ¡Mira! ¡Mira!

Juan se limpió las gafas.

—Yo me tengo que ir —dijo—. No me encuentro bien.

Bárbara le arrojó una mirada de tiburón asesino. ¿A qué venía eso ahora?

—¿Pero qué estás diciendo? —le preguntó con tono de reproche.

Las campanas de la iglesia empezaron a dar las doce.

—¡Qué bonito! —Jackson estaba eufórico.

Tony no era capaz de distinguir la nieve del agua que caía desde el año 96. Por él, como si empezaban a llover dientes del cielo. Le habría parecido de lo más normal. Así le iba. Juan y Bárbara se sostuvieron la mirada. ¿Estaban oyendo lo que estaban oyendo?

—¿Has oído eso? ¿Qué es ese silbido? —le preguntó Bárbara.

Juan afinó el oído. Se estaba aproximando un tren.

—No sabía que pasaran trenes a medianoche —dijo.

—Yo tampoco... —Bárbara apenas podía creerlo.

Se asomaron a la vía. Vieron una luz circular amarillenta agrandándose por el sendero de hierros. Un cargamento de chispazos centelleantes y ardientes,

seguido por una corte de estridencias y silbidos, presagiaba la venida de una máquina preñada de fraguas. La locomotora fue disminuyendo la marcha con gran estrépito, más todavía en la silenciosa soledad de la noche. El tren arrojaba resuellos de cansancio, como un caballo que acabara de correr una larga distancia a galope luchando contra el viento.

—No puede ser, no... No puede... —Juan no dejaba de repetir aquellas palabras—. Aquí ya no paran los trenes... Ya no...

—¡Jackson! —le llamó Bárbara—. ¡Ven aquí!

—¡Feliz Año Nuevo!

Jackson se abrazó a ella sin dejar de dar saltos de alegría. Ya no sabía ni lo que decía. ¿Qué feliz año ni qué ocho cuartos? Definitivamente, iba más colocado que una mierda.

Así fue como cruzaron el umbral de la medianoche aquel fatídico veintidós de diciembre: sin dar crédito, todavía con las cervezas en la mano.

El enigmático tren se detuvo en el apeadero, exhalando vapores. El rosario de carruajes respiraba, arrojaba vahos infernales y rezumaba humaredas de anhelos. Las entrañas de la máquina crujieron. Era un tren antiguo, de los que los muchachos sólo habían visto en las películas y los museos, con sus chimeneas humeantes y orgullosas. Las puertas de los vagones se abrieron de par en par desplegando su luz como una alfombra luminosa sobre la escalinata. Jackson, Bárbara y Juan se quedaron sin aliento.

Tony sucumbió al hechizo de aquella visión. Caminó hasta al andén con paso lento pero decidido. Juan le vio pasar a su lado. Iba directo al vagón.

—¿Adónde vas, desgraciado? —El antropólogo trató de impedirle que subiera.

—¿Vosotros también lo veis? —dijo Tony, con aquella sonrisa de ojos achinados. Le encantaban los trenes.

Bárbara apeló a una lógica extrañamente simple. Si Tony estaba bajo los efectos de una droga alucinógena, y estaba viendo aquel tren, era porque todos estaban drogados.

—¡Mierda, Tony! ¿Qué me has puesto en la bebida? —Le agarró de las solapas. ¡Cuántas veces te tengo que decir que no me gustan estas bromas!

—Cálmate Baps. —La última vez que Jackson la llamó Baps las cosas tampoco pintaban mucho mejor—. Llevas toda la vida buscando tener un

encuentro con lo sobrenatural, y cuando por fin lo tienes, ¿te crees que vas drogada?

—No digas tonterías —interrumpió Juan—. Esto no tiene nada de sobrenatural. Tiene que ser otra cosa...

—¡Tenéis que ver esto! —Tony se había subido al tren y les estaba llamando desde el interior iluminado del vagón—. ¡Marian! ¡Ven!

Marian dudó unos instantes, pero su rostro se encendió con un matiz de emoción nada más asomarse al interior.

—¡No subáis! ¿Adónde vais? ¡Bajad! —Los ruegos de Juan eran inútiles.

—¡La leche de gallina! ¡Venid a ver esto! —oyeron decir a Marian.

Jackson cogió a Bárbara de la mano. Se acercaron con cautela. Juan les seguía de cerca, receloso y molesto. ¿Por qué tenía que cogerla de la mano?

—Jackson, si este fuera el tren de las almas... Todas esas historias... —balbuceó Bárbara.

—Seguro que es el tren que estábamos esperando, Bárbara —dijo Jackson.

—¡No digáis tonterías! —gritó Juan—. No hay ningún tren...

—¿Estamos todos tontos, Juan? —interrumpió Bárbara—. ¿Es que tú no lo ves?

—¡Sí que lo veo! ¡Claro que lo veo! ¡Por eso mismo! Este tren está aquí, es real, auténtico... No es el tren de las almas, ni creo que sea nada sobrenatural.

Jackson subió al vagón, y le tendió la mano a Bárbara para ayudarla a subir.

—¡No! —gritó Juan—. No creo que... No creo que debas subir, Bárbara.

Pero Jackson ya la había subido con él. Se oyó un silbido infernal. Juan sabía lo que significaba. La locomotora afinó sus resortes. Sonó la campana, y el coche hizo una tosca oscilación adelante y hacia atrás, y luego de atrás adelante. El monstruo de acero negro reanudó la marcha con impostado disimulo, y reptó serpenteando por los raíles, arrojando pitidos estruendosos.

—¡Bárbara!

La caldera se puso a tono. Otro silbido más. Fue entonces cuando se dio cuenta de que las luces frontales eran ¿candiles de aceite? ¿Lámparas de acetileno? Juan había visto antes alguna locomotora de vapor en rutas turísticas, pero aquel engendro metálico del diablo le estaba poniendo la carne de gallina. Las ruedas cogieron ritmo. El tren estaba dejando la estación con



sus amigos dentro. Pero ¿en qué estaban pensando? ¿Por qué no bajaban? Corrió por el andén.

—¡Bárbara! ¡Bárbara! —Jamás nadie había gritado su nombre con tanta desesperación.

Pero Bárbara no le oía, o no quería oírle. Corrió como no había corrido desde los días en los que estaba en el equipo de atletismo de la universidad. No sabía qué estaba haciendo ni por qué, pero en aquel momento parecía que era lo que debía hacer: correr detrás de Bárbara. Se asió a la barra del vagón, enganchándose de un brinco a la puerta. Podría haber sido el último salto de su vida, y, de hecho, quizás lo era, pero Jackson le agarró del brazo, y lo arrastró hacia dentro. Se oyó un último silbido abismal. Las palomas alzaron el vuelo del espanto. Un arrullo de silencio sobrecogedor envolvió la vieja estación. Podía oírse el estornudo de una oruga a tres kilómetros. Los raíles se tragaron el tren interminable en el túnel infinito de la noche. Los copos de nieve acabaron derritiéndose, los relojes volvieron a su hora, las estrellas discutieron sus asuntos, y una brisa húmeda barrió el andén como si nada.

21 DE DICIEMBRE DE 2016

## ELLA Y ÉL

Juan entró en el Biruji y se sentó en el rincón de siempre. Hacía tanto frío en la calle que el bar se le antojó un útero cálido y acogedor, a pesar del nombre. Se llamaba Escarcha y Biruji, y era la clase de sitio que un padre no quería que pisara su hija, ni una hija quería que su padre se enterase de que lo había pisado al volver a casa rozando la madrugada. Por eso nadie iba, y todos iban, y aquí paz y después gloria. Flotaba una especie de niebla en el ambiente, navegando entre círculos de humo y risas tontas. Juan miró a su alrededor. Todo seguía igual: la colección de aromas etílicos siempre dispuestos a brindar consuelo; la barra a falta de confesionario; los tonos ocres de las paredes gastadas y desconchadas por las esquinas, y una estantería con miles de discos de los años setenta y ochenta.

Quiso suspirar, pero no pudo. La realidad le aplastó con toda su alma: acababa de volver a Espuelas, y ya quería irse.

Sacó la cajetilla metálica del bolsillo de su chaqueta, y cogió un Marlboro tan largo como su angustia. Se limpió las gafas antes de encendérselo. Sonaba *Cause You are Young* de C.C. Catch. Pascual se acercó a tomarle nota.

—¿Una caña?

—Sí, y una hamburguesa especial con patatas. ¿Has visto a Jackson por aquí?

—Sí, a Michael Jackson la última vez que lo vi fue en la tele, y todavía estaba vivo el hombre... —contestó dándose la vuelta.

Pascual era posiblemente el tipo más insolente de la comarca. Sabía que no se refería a ese Jackson, sino al otro, a su amigo, aquel al que todos llamaban Jackson porque era fan del rey del pop, y además se le daba un aire, con aquellos caracoles negros surcando sus cabellos. Guardaba todas las entradas de los conciertos a los que había ido, tenía la discografía completa,

conservaba las pegatinas, pósteres y calendarios que había ido coleccionando desde los ochenta, y cuando Michael Jackson murió se deprimió tanto, que no salió de casa en tres días.

Para cuando Bárbara llegó, C.C. Catch había dado paso al *Live to Tell* de Madonna. Juan sabía que a ella le encantaba esa canción. Lo sabía casi todo de ella; y ella lo quería saber todo de él, pero no sabía nada.

—¡Pascual! —Era la tercera vez que Bárbara le llamaba.

—Vendrá cuando no le llames —le dijo Juan, dándole una patata salpicada de kétchup.

—Me muero de hambre.

—Coge de mi plato. Ten, dale un trago a mi cerveza también —la animó, pasándole la jarra.

—Creo que me he dejado la cartera en casa —dijo, palpándose los bolsillos de los vaqueros.

Juan suspiró. Algún día, Bárbara iba a dejarse los pies en la zapatería. Había cosas que nunca cambiaban.

—Yo te invito. —Sintió un placer secreto al decirle que pagaba él, como siempre que ella se dejaba invitar—. ¿Has visto a Jackson? —le preguntó.

Pascual llegó justo en ese instante. Le miró con cara de ¿otra vez con la misma pregunta?, a pesar de que ya no iba dirigida a él.

—No, te iba a preguntar lo mismo a ti. ¿No habías quedado con él esta tarde para que te ayudara a cargar el Jeep?

—No ha aparecido.

—¿Vas a pedir algo? —interrumpió Pascual con cara de impaciencia.

—Sí, sí, lo mismo que él. —Señaló el plato de Juan.

Pascual resopló con hastío, y se fue a pasar el pedido.

—Qué raro. ¿Le has llamado? —Le robó otra patata.

—Sí, pero no contesta.

Bárbara pensó en el abanico de posibilidades por las cuales Jackson no cogía el teléfono, y se le ocurrieron más de diez. Jackson era su mejor amigo, y, a diferencia de lo que le ocurría con Juan, podía decir que lo sabía todo de él, porque se habían pasado la vida entre confidencias a media luz. Cuando Jackson y ella eran pequeños, se subían al tejado a contarse todas las cosas importantes al abrigo de las estrellas. A veces, a Bárbara le parecía que la

vida se les había pasado allí, con las tejas a los pies y el corazón colgando de la Vía Láctea. La casa de Jackson siempre estaba destartada, porque sus padres nunca estaban, y cuando estaban, tenían otras cosas más trascendentales que hacer que ponerse a limpiar los cristales, como leer un libro a luz de las velas, plantar unas lechugas, darles de comer a las tortugas del estanque, visualizar unos símbolos de *reiki* o drogarse. Eran *hippies* de pelos al viento, ropas de lino y tatuajes desgastados, aunque hacía muchos años que ya no había tortugas en el estanque, ni estanque.

Pascual le trajo su hamburguesa con patatas. Juan se había terminado la suya, y aprovechó para pedirse otra cerveza.

—Luego volveré a llamarle —dijo Juan, aunque en realidad no quería decirle eso. Quería decirle que desde que había regresado a Espuelas no había podido dejar de pensar en ella, que había notado que se había dejado el pelo más largo, cosa que le sentaba de maravilla, y algo más, aunque no podía precisarlo.

—Vale. Yo ya he hablado con los otros —le dijo ella, intentando aparentar normalidad, aunque por dentro sentía ganas de abofetearle, porque Juan había vuelto tras más de dos años de ausencia como si nada. ¿Por qué no había contestado a sus mensajes durante todo este tiempo?—. Mañana a las once estaremos todos allí.

Habían quedado en verse al día siguiente en la vieja estación de tren abandonada, porque a Bárbara no se le había ocurrido otra excusa mejor para volver a reunirlos a todos que la de ir a ver si era verdad que pasaba el tren de las almas a medianoche. Juan aceptó acudir a aquella excursión paranormal únicamente por discutir con Bárbara, un ejercicio que siempre le había parecido estimulante, a pesar de que jamás se habían puesto de acuerdo ni para caminar juntos por la misma acera. Eran como dos espejos colocados el uno frente al otro, atrapados por el misterio de un reflejo invisible pero envolvente que parecía hacerles gravitar siempre a cierta distancia, no fuera a ser que se estrellasen contra el sol del contrario. Un día, sin saber cómo ni por qué, se encontraron soñando en secreto el uno con el otro. Fue necesario construir unas cajas blindadas en las que guardar sus pobres corazones, para que ella no supiera nunca que él la deseaba; para que él no supiera jamás que

ella se moría de amor por él. Se amaban, seguramente, más de lo que nadie se había amado jamás, pero su amor estaba prohibido, porque un pétalo no podía enamorarse del viento que lo arrancaba de su flor.

—He estado leyendo sobre el tren fantasma ese. —Juan acarició el borde del botellín de su cerveza.

Un halo de tímida ilusión se posó en el rostro de Bárbara.

—Una historia completamente absurda —añadió—. No sé cómo has podido convencer a los otros para lo de mañana. Vamos a pillar una neumonía por tus extravagancias. A quién se le ocurre, en pleno diciembre...

Bárbara sintió una punzada de decepción en el corazón, pero no se rindió.

—¿Y esto? —Sacó de la mochila unas fotocopias de artículos publicados en la revista municipal de fiestas y se los puso encima de la mesa.

Juan pegó un trago, y miró a la pared, al póster enmarcado de la gira de los Rolling Stones. Bárbara tenía muy estudiado ese gesto en el que él le desviaba la mirada y ponía sus ojos en otra parte, pero cuanto más lo examinaba, más incógnitas le surgían. ¿Se hacía el interesante? ¿Mostraba aquella actitud una velada indiferencia? ¿Simple timidez? Al cabo de unos instantes, él por fin se dignó a echarle un vistazo a los papeles. Tenía que admitir que en el fondo le gustaban, o más bien le entretenían, todas aquellas ideas exóticas de Bárbara, y a veces hasta se dejaba contagiar por sus locuras, siempre inflamadas por un aire juvenil, como si estuvieran viviendo en una novela de *Los Cinco*, tuvieran doce años, y al volver a casa fueran a mandarse mensajes por *walkie-talkie*. Pero no, ya no tenían doce años, y aquellas tonterías estaban empezando a pasarse de la raya.

—Sería algún tren secreto del gobierno, o relacionado con algún tema de contrabando, y, para despistar al personal, se inventarían la chorrada esa del tren de las almas... —divagó Juan.

—Pero el tren fantasma se aparece de verdad. Hay multitud de testimonios que...

—¿De verdad te crees esas sandeces? —le preguntó Juan.

Bárbara se sintió desarmada y, tras un breve instante, volvió a la carga.

Juan dejó de escucharla mientras ella parloteaba trayendo a la mesa datos, nombres, fechas, lugares y sucesos inexplicables. La pared de los Rolling

Stones era demasiado pequeña para aguantar el peso de tanta basura sobrenatural. Lo que más le costaba entender era cómo una mujer tan inteligente podía creer en esas cosas. Y él sabía que ella tampoco se las creía, pero se las quería creer, ¡deseaba que fueran ciertas! Y eso, tal vez, era lo más triste, que Bárbara necesitaba creer en algo que la sacara de este mundo, tal vez de sí misma, pero ¿por qué?

Juan se pidió otra cerveza. A veces le exasperaba la lentitud con la que Bárbara se bebía la suya. Acababan de poner los *Greatest Hits* de Queen a petición de uno de los parroquianos, y Pascual, insólitamente, le había concedido el capricho. *Empty spaces, what are we living for. Abandoned places, I guess we know the score. On and on, does anybody know what we are looking for?*

—Lo que más me gusta de este sitio es la música —comentó Bárbara.

—Claro, como tú vives en los ochenta... —Se aferró a la cerveza como si le fuera la vida en ello.

Bárbara se quedó mirando la superficie de la mesa, absorta en sus pensamientos ¿Y él? ¿En qué mundo vivía? *Another hero, another mindless crime behind the curtain, in the pantomine, hold the line... Does anybody want to take it anymore?* ¿Y por qué le daba tanto miedo preguntarle? Por un momento, allí, sentada frente a Juan, sintió algo parecido a la felicidad, y después, un escalofrío sin nombre.

## EL TREN DE BÉCQUER

Juan llegó a casa con el recuerdo de Bárbara bailando en su corazón. Entró en su cuarto, encendió la lámpara de su pequeño escritorio, conectó la calefacción y se puso el pijama. Sacó la carpeta en la que guardaba toda la información que había ido recogiendo sobre trenes y otros medios de transporte fantasma desde que a Bárbara se le metieron en la cabeza esas locuras. El pueblo la estaba volviendo tarumba. Tenía que ser eso. Ese era el problema: Espuelas. Lo que a Bárbara le hacía falta era salir de allí, y, si ella quisiera, él podría llevarla al fin del mundo; pero ella no... ella no... No.

Se acordó de los días de Yale. Echaba de menos New Haven y Nueva York. Podía comprar un billete de avión y decir adiós a Espuelas; volver a la universidad, recuperar su carrera ascendente, el respeto de sus colegas, la admiración de sus alumnos... Pero ¿a quién pretendía engañar? Todo se había ido al garete. Él era un antropólogo de historial brillante al que le esperaban todavía muchos éxitos por conquistar. Pero su pasión por el trabajo le había jugado una mala pasada, y ahora pagaba las consecuencias. La culpa era de aquellos malditos rituales amazónicos en los que participó durante su última expedición. ¿Quién le mandaba a él beberse aquellos mejunjes?

Echó un vistazo a los papeles. El cadáver de Bécquer viajó en tren desde Madrid a Sevilla, y, al llegar a su destino, todos los relojes se pararon. Desde entonces, las gentes de Sevilla aseguraban que cada año aparecía un tren espectral que avanzaba lentamente, escoltado por los espíritus de los hermanos Quintero. Leyó el recorte de prensa del *ABC*:

*El tren se aparece cada 22 de diciembre justo el día del aniversario de su muerte, en la oscuridad de la medianoche, avanzando silenciosamente por unas vías que asemejan una siniestra alfombra, con los crespones*



*negros pendiendo a los lados, acompañado por una música mortuoria. Los espectros de unas damas blancas lo van escoltando, hasta que la visión se desvanece en el horizonte.*

«Qué casualidad», pensó Juan, el tren de Bécquer también se aparecía el 22 de diciembre. Tal vez la leyenda del tren de las almas de Espuelas fuera una versión local de aquella. Alzó la vista sobre los papeles. La chorrada paranormal era de órdago, aunque no dejaba de tener un halo muy romántico, en la línea de un poeta como Bécquer. Pero lo de la corte de damas blancas era ya mucho recochineo. ¿Seguro que no iban también en el cortejo fúnebre una corza blanca, un par de gnomos, y, ya puestos, los espíritus de los hermanos Quintero? Le dio un par de vueltas más a las hojas que había ido esparciendo sobre el escritorio. Miró el retrato del autor de «poesía eres tú» y todas aquellas tonterías que le daban ganas de vomitar, tratando de hallar en él una respuesta a sus inquietudes. Era la misma imagen del billete de 100 pesetas, con aquellas greñas descuidadas, los bigotes refinados, la perilla de chivo y la mirada enjuta. ¿Qué estaría pensando en aquel momento, mientras posaba para su hermano, el pintor Valeriano Bécquer? No podían saberlo, pero estaban destinados a morir con tan sólo tres meses de diferencia. La vida era eso, no saber lo que te esperaba, y menos mal, porque si Juan lo hubiera sabido... Por ejemplo, quién le habría dicho a él que acabaría volviendo a Espuelas, y mucho menos para enfrascarse en lecturas sobre el tren de Bécquer, aunque cuanto más leía sobre él, más interesante le parecía. La culpa la tenía Bárbara, aunque él sabía que ella no conocía la historia del tren de Bécquer. A lo sumo, conocería la del Holandés Errante, una leyenda mucho más famosa de un barco fantasma condenado a vagar eternamente en los océanos del mundo, oteado siempre a cierta distancia, a veces resplandeciendo con una luz fantasmal.

Pero a Bárbara le interesaba únicamente aquella tontería del tren de las almas. ¿Qué misterio había en aquellas estupideces? Juan, por su parte, creía que los verdaderos enigmas en todas aquellas historias de barcos y trenes fantasmas eran otros. Por ejemplo, Bécquer murió en Madrid el 22 de diciembre de 1870, «de fiebre intermitente maligna y perniciosa e infarto de hígado», según

el acta de defunción de la época. Y su querida Sevilla, como queriendo llorar su muerte, se apagó a la misma hora en la que él exhalaba su último aliento, con un eclipse total de sol, del que los registros astronómicos dieron buena cuenta. Momentos antes de morir, postrado en la cama, le pidió a su íntimo amigo Augusto Ferrán que le acercara un paquetito de papeles que estaban atados con una cinta azul, y secretamente escondidos en un lugar de la casa. Nada más entregárselos, el moribundo alargó el brazo agonizante, y les prendió fuego con una bujía que tenía en la mesita de noche. Cuando su mejor amigo le preguntó por qué lo había hecho, el poeta le contestó: «Porque serían mi deshonor». Juan pensó en lo que podían contener aquellos papeles. ¡Eso sí que era un misterio! Y lo del eclipse de sol que tiñó los cielos de negrura tampoco dejaba de tener su halo de enigmática casualidad. Pero aún había más. Los restos de Bécquer viajaron en tren de Madrid a Sevilla, donde el Panteón de los Sevillanos Ilustres parecía que por fin había hecho un hueco para él. Leyó los detalles del traslado en otro de los recortes del *ABC* del 9 de abril de 1913. Algunos de los párrafos estaban subrayados:

*Ayer por la tarde, a las tres, fueron exhumados en el cementerio de San Lorenzo los restos del insigne poeta Gustavo Adolfo Bécquer, en cuyas rimas despertó el numen de más de una generación, y los de su hermano Valeriano, que en el acto pictórico también hizo honor a sus apellidos, glorioso en nuestros días.*

*Entraron todos en la capilla de la Sacramental, y en presencia de la comisión, fueron abiertas las dos cajas y mostrados los restos del poeta y del pintor. Sobre los de Gustavo, manos piadosas habían extendido rojos claveles.*

*Momentos emocionantes aquéllos. Las cajas fueron sacadas en una carroza fúnebre, tirada por cuatro caballos, que trasladó los restos a la estación de Atocha.*

*A las cinco de la tarde llegaba a Atocha el fúnebre cortejo. En el primer tren de hoy saldrán para Sevilla los restos de los hermanos Bécquer. Irá en el mismo tren el conde de Casa Segovia. Sevilla les rendirá a su llegada los más solemnes honores.*

Juan casi se rio al leer las últimas palabras sobre los honores que habrían de rendirle al día siguiente en Sevilla. Cogió la noticia que había publicado el diario *El Mundo* con motivo del aniversario del regreso de los restos de Bécquer a su ciudad: «Era jueves y en Sevilla llovía torrencialmente. Tanto que hubo que suspender el cortejo fúnebre que devolvía los restos de Gustavo y su hermano Valeriano a su ciudad natal. Una bruma de poema germánico, de puro cuento de terror gótico quedó suspendida en Sevilla. Parecía que Bécquer estuviera escribiendo la leyenda romántica y lúgubre de su propio entierro». Miró a través de la ventana, tratando de conectar los azares del cielo sevillano: el día que muere se apaga el sol, y el día que llegan sus restos cae el diluvio universal. Se limpió las gafas, aunque estaban limpias, era una manía nerviosa. No podía imaginarse una Sevilla lluviosa, pero ya lo decía el refrán, en abril, aguas mil. Así que primero el sol se vestía de luto, y luego descargaba sus lágrimas. A veces la naturaleza se desahogaba con aquellas metáforas. Daba lugar a la interpretación fantástica, pero no dejaba de ser una circunstancia fortuita, como también debió de serlo la muerte de Julia Cabrera, el gran amor de Bécquer, el mismo año que los restos de su amado por fin volvieron a casa; poco después, de hecho, aunque los románticos y amantes de buscarle un sentido místico a todo aseguraban que ella había dicho: «Ya me puedo morir tranquila, pues mi amor por fin volvió a Sevilla». Y lo que no dejaba de tener gracia, aunque fuera macabra, era que Bécquer viajara en la muerte en un vagón fúnebre, recorriendo España de camino al sur, porque en vida se había dedicado a viajar en las nuevas líneas del ferrocarril, de camino al norte, para dar cuenta en el periódico *El Contemporáneo* de sus impresiones literarias. Horas y horas de traqueteo ferroviario, en un camino de ida y vuelta, de norte a sur, de la vida a la muerte.

Un estornino despistado se estrelló contra la ventana de su habitación haciendo que Juan se sobresaltase. Bajó a la cocina a hacerse una infusión de lúpulo y valeriana. Últimamente estaba de los nervios, y algo más... Debía descansar y tirar todos aquellos papeles a la basura. ¿Qué le habían dicho los médicos en Estados Unidos? Que descansara, que no trabajase, que no leyera ni un solo párrafo si el contenido implicaba acumular más y más información en su ya de por sí saturada mollera. Le habían llegado incluso a prohibir leer el *National Geographic*. Ni *Time*, ni *Newsweek*, ni nada. Sólo cómics y libros

de esparcimiento. «Pruebe a ir al cine, y a realizar actividades de recreo, que no impliquen una acumulación de capital profesional o académico», le dijo el terapeuta. No era la primera vez que iba a loqueros. Prácticamente se había pasado la vida de diván en diván, esta vez por culpa de un trabajo de campo antropológico en el Amazonas, donde le dieron *yagé* mezclado con Dios sabía qué. Era un hecho probado que cuando se drogaba su cerebro podía hacer «click». ¡Lo sabía! Ya le había pasado otras veces...

Aún así, ¿es que el maldito psiquiatra no podía entender que a él lo que le entretenía era trabajar, y que si no tenía nada que hacer acabaría arrancándose los pelos? Su carrera había quedado suspendida en una especie de limbo: el trabajo de campo que iba a realizar el próximo verano en Louisiana, el congreso internacional de antropología de la religión que estaba organizando, el libro sobre las teorías de la enfermedad en los distintos sistemas de creencias, el artículo para la revista *American Anthropologist*, las tres tesis doctorales que estaba dirigiendo, las clases... No había terminado de pensar en todo lo que había dejado a mitad cuando los latidos de su corazón se desbocaron.

—¡Juan! —Era la voz de su tía Elvira. Aquella mujer parecía que nunca dormía—. ¿Juan, eres tú?

¿Quién iba a ser? Pues claro que era él.

—Sí, tía, no te preocupes, acuéstate a dormir.

La tía Elvira apareció por la puerta de la cocina envuelta en su bata granate.

—¿Qué tal lo has pasado?

La tía Elvira debía de pensar que Juan tenía todavía seis años, y de un momento a otro le preguntaría también cómo le había ido en el cole, y si había hecho nuevos amigos.

—Bien, hemos estado en el Biruji. —Puso unas flores de lúpulo en el cazo. La tía Elvira torció el gesto.

—A ese bar sólo van porreros.

—Bueno, tía, también van otras personas.

—¿Y qué tal está Bárbara?

—Como siempre: loca de atar.

—Me gusta esa chica para ti.

Juan se puso más tieso que una viga.

—Nosotros sólo somos amigos.

—Ahora se ve que se estila decir eso, que «somos amigos».

La tía Elvira se sirvió una copa de coñac, y le sirvió otra a él.

—Ten. Los hierbajos esos que te estás haciendo no sirven para nada.

Juan cogió la copa, y se la bebió de un trago. Su tía volvió a rellenársela.

—Si te vas a casar con ella, no esperes mucho. —Pegó un sorbito.

—Yo no me voy a casar con ella. —Le dolió decirlo. Vacío la copa.

—Lo que tú digas. —Le dio la razón como a los locos, y le puso más coñac —. ¿No te gusta?

—Sí... —Estaba hablando más de la cuenta—. Digo, no... Creo que estoy borracho—. No debería haber bebido cerveza en el Biruji estando, como estaba, medicándose, pero ya era tarde para reproches a sí mismo.

—Mejor así. Bebe un poco más. ¿En qué quedamos? ¿Te gusta o no te gusta?

—Sí... Me gusta... Me gusta tanto que me duele la piel de quererla. Horrible, tía, horrible.

La tía Elvira debía de haberle puesto algún suero de la verdad en el coñac o algo de eso, porque no podía creer lo que estaba diciendo.

—Qué bonito —suspiró la tía Elvira.

—Pero si te acabo de decir que es horrible.

—Disfrútalo todo lo que puedas, hijo, que no todos los días sufre uno una pena así de grande por amor.

—¿Qué puedo hacer...? —Volvió a vaciar la copa de un trago.

—Bebes como tu padre, que Dios lo tenga en su gloria. Mi hermano bebía que daba gusto. —Hizo una pausa y se puso un punto en la boca. No debía haber mencionado al padre de Juan—. Bueno, voy a dormir. Apaga la luz cuando te vayas a acostar.

—¡Tía!

—¿Qué?

—No me has contestado... A eso... ¿Qué hago?

—Sufrir. Todo lo que puedas —Desapareció tras el marco de la puerta.

Estaba claro que la tía Elvira había leído demasiadas novelas de Gabriel García Márquez.

Se metió en la cama con los recortes del *ABC*, jurándose a sí mismo que los tiraría a la basura al día siguiente, la botella de coñac y unas ganas podridas de estar en cualquier otro lugar menos en Espuelas.

—¡No bebas más! —le gritó la tía Elvira desde su habitación—. Es suficiente por hoy.

¿Cómo sabía que se había llevado la botella al catre? Se entretuvo un poco más con los papeles, leyendo los testimonios de los vigilantes de seguridad, que aseguraban haber visto pasar el tren de Bécquer instantes después de que las temperaturas bajasen de forma brusca, el viento se volviera gélido y cortante, y todos los relojes se parasen.

Puso un poco de música *country* muy bajito, y se abandonó a la noche y al sueño. Tuvo pesadillas con cristales rotos y hombres enmascarados, trenes fúnebres y cementerios, y hasta habló con Bécquer. Luego soñó con ella, y era un sueño bonito, como todos en los que aparecía Bárbara. Y eso era lo que le hacía despertarse con más angustia que si hubiera tenido la más horrible de las pesadillas. Si seguía pensando en ella de aquella manera, acabaría volviéndose loco. Tal vez ya lo estaba.

## LA PASIÓN DE BÁRBARA

El cartero se había dignado a pasar por allí después de dos semanas. Por fin había llegado el anuario de la ciencia del Ministerio, pero apenas le prestó atención. Odiaba la sensación de llegar a casa y encontrarla vacía, oscura y fría. Bárbara colgó el corazón desvalido en una percha, porque a veces en la vida, lo mejor era arrancarse los latidos y guardarlos en un cajón.

Estaba demasiado nerviosa como para irse a dormir, y era muy tarde para llamar a Jackson. Había sido un día largo. Se fue a la cocina, y abrió la nevera buscando inspiración. En el fondo no tenía hambre. Pensó en Juan mientras preparaba un poco de achicoria. Justo lo que no debía hacer: pensar en él. No sabría decir si era guapo o era feo. ¡A lo mejor era más bien feo! La belleza no era un atributo que ella le habría otorgado a ningún hombre, pero Juan le parecía el ser más atractivo del mundo. Decían que el amor era ciego, pero el amor era bestia, porque cada vez que escuchaba su voz se le encendían todos los volcanes. Y, sin embargo, Bárbara sólo podía entregarse a él en la madrugada de sus fantasías; en la noche de las sábanas rotas y ventanas abiertas a la luna; en la almohada de sus sueños, donde podía abrirse de tierras, y dejarse atravesar por él como un rayo en mitad de una tormenta de deseo. No, el amor no era ciego; el amor era bestia, y tenía un hambre feroz, pero Bárbara no podía imaginarse viviendo durante el día lo que soñaba por la noche. La mujer que se acostaba con Juan sólo existía en su imaginación, y así debía seguir siendo, porque allí, en el mundo de los inciertos, todo era perfecto, y no había un *después de* que la enfrentara a la realidad de sus miedos.

Puso de comer a los peces, y decidió salir al porche a tender el alma en el cielo, a pesar del frío. Bárbara vivía en una casa solitaria rodeada por un

escuadrón de pinos altos y orgullosos. Le encantaba el olor de la noche deslizándose entre las ramas de aquellos árboles que impregnaban el ambiente con su esencia carrasca. Era el aroma del Mediterráneo, aquel mismo mar que ella había surcado tantas veces.

Se dejó fascinar por la belleza de las estrellas. Si pudiera surcar las galaxias... El universo era tan grande, y Espuelas tan pequeño... ¿Qué era lo que la retenía allí? ¿Por qué se había negado a participar en la expedición Malaspina cuando se lo propusieron? ¿Cuánto tiempo hacía que no subía a un barco? Ella, que soñaba con explorar los océanos... Ella, que no sabía vivir en tierra firme, y caminaba aturdida por el asfalto. Ella, sí, ella, la que pensaba que nadar era lo más parecido a volar, y había navegado junto a las ballenas en Alaska, sorteando glaciares y viendo a los osos pescar con sus zarpas. ¿Cuándo llegó el día en el que cambió todo eso por un trabajo estable en un laboratorio? ¿Y desde cuándo había querido tener una vida tranquila? ¡Si ella siempre había sido «la aventurera»! ¡La que había recorrido el mundo entero!

Al cabo de un rato, cuando sintió que había tragado suficiente noche, regresó a la casa con las alforjas cargadas de aire fresco. Se miró en el espejo del cuarto de baño mientras se quitaba la ropa. No recordaba la última vez que había contemplado su propio cuerpo desnudo, que según su amiga Marian era el cuerpo que toda mujer soñaba tener.

Hacía mucho tiempo que nadie la tocaba, ni le acariciaba el miedo.



## MARIAN Y ROBIN

Roberto Aranda se trajo el café a la mesa. Las luces de los tubos fluorescentes del techo parpadeaban históricamente, arrojando fríos haces blancos. Por lo visto, el ayuntamiento no tenía ni para comprar una bombilla de repuesto. Al final acabaría yendo él mismo a la tienda de suministros eléctricos de Jaime para comprar una nueva. En la comisaría todo el mundo le llamaba Robin, porque su compañera de servicio era Marian, pero lejos de ser la romántica pareja de los bosques de Sherwood, eran más bien como el gordo y el flaco. Él estaba a punto de jubilarse, y ella apenas estaba empezando a escalar en la carrera policial, con sus cien cañones por banda y sus treinta y tantos. El viudo Aranda no tenía hijos, y todos pensaban que ese era el motivo por el que se mostraba siempre tan paternal con Marian; y ella se dejaba aconsejar y proteger, o hacía como si se dejara. Habían estado toda la noche patrullando por los campos.

Roberto trajo una caja de donuts. Seguramente creía que estaba en una comisaría de Estados Unidos, y que de un momento a otro iba a sonar la música de *Canción Triste de Hill Street*.

—Mañana noche libras, ¿no?

—Sí, he quedado con la pandilla. Jackson, Bárbara, Tony...

—¿Maite también?

—No, tenía planes. Pero ¿a qué no sabes quién viene?

—A que me lo vas a decir...

—¡Juan! Casi se me olvidaba. —Nadie podría haberle echado la culpa por ello, porque Juan había hecho todo lo posible por hacerse olvidar.

—¿El antropólogo? —Roberto parecía extrañado.

—Sí, lleva ya unos días en el pueblo.

—¿Ha venido a pasar las fiestas?

—No sé, la verdad, ya sabes cómo es.

—Sí, *ya sé* cómo es —dijo Roberto. Sonó a reproche.

—Es que los billetes de avión desde Estados Unidos deben de ser bastante caros.

—Por lo que yo sé, ese tío cobra un dineral al año, no me cuentes milongas. Si no viene es porque no quiere.

—Tampoco es obligatorio venir a este pueblo de mierda...

—Oye, oye... No me amargues el día, que son las seis de la mañana, y todavía no me he ido a dormir.

Aranda escogió otro donut de la caja, esta vez relleno de mermelada de frutas del bosque.

—¿Qué quieres que te diga? Es Juan, él es así.

—Ya... Tampoco le culpo, el chiquillo no tuvo una vida fácil...

—¿Qué quieres decir? —Marian parecía intrigada.

—Nada. ¿Te vas a comer el de manzana y canela? —señaló. En realidad estaba tratando de evadir la pregunta. Funcionó.

—Estoy muy cansada —bostezó—. Me voy a dormir. —Colgó la gorra y se fue a los vestuarios a cambiarse el uniforme y ponerse la ropa de calle.

Marian vivía en el barrio del Santo Cristo, en el corazón gastado del casco antiguo, donde las mujeres y sólo las mujeres salían a barrer los portales con sus doradas escobas de esparto.

Se sentó en un banco del cementerio viejo, y respiró el aire fresco de la mañana, pensando en lo fantástico que iba a ser volver a estar todos juntos. Bueno, casi todos, porque Maite ya les había dicho que ella pasaba de ir a la Estación de los Muertos, «Qué cague». Pero a Marian le gustaba una buena historia de terror como al que más, y durante muchos años Tony, Bárbara, Juan, Jackson, ella, y a veces Maite también, aunque ahora renegase, se estuvieron reuniendo todos los jueves por la noche en el bosquecillo de La Lomica para contarse cuentos de miedo alrededor del fuego, como hacían los de *El club de la medianoche*, aunque a Marian lo que más la tuvo viciada durante una buena temporada fue la *ouija*, una afición que no podía predicar sin que a la gente le entraran ganas de echarse al monte. Nunca pudo entender

a qué cuento venía tanto tabú y tanta historia de niña muerta. Ella jamás se había encontrado con Satanás, ni las letras se habían unido formando la típica frase «Vas a morir» o cosas así. A la gente se le iba mucho la pinza, claro que ella siempre jugaba a la *ouija* sola, y una vez, un experto en materias parapsicológicas le dijo que cuando uno se sentaba al tablero a solas no estaba haciendo *ouija*, sino otra cosa. Pero no le dijo qué, y en esos momentos tampoco se le ocurrió preguntar, y ahora ya no le importaba, porque hacía muchos años que se había aburrido de jugar con la tabla parlante.

Las campanas de la iglesia tocaron el cuarto. Marian se levantó del banco, y salió del cementerio viejo. Se acordó de su marido. Los otros casi no llegaron a conocerlo. Vicente siempre estaba en alguna misión secreta. Hizo más amigos en Irak y Afganistán de los que le dio tiempo a hacer en Espuelas, pero siempre le había caído bien Bárbara, y hasta le prestaba su equipo de vigilancia cuando organizaba alguna de sus misiones paranormales, a las que hasta Vicente se apuntó alguna vez. Aunque él prefería quedar para jugar a *paintball* y *airsoft*, dos juegos de estrategia militar en los que Juan, insólitamente, destacaba.

Estaba tan cansada que apenas podía pensar que pudiera haber un lugar mejor en el mundo que su cama. Lo único que necesitaba era dormir hasta romper el colchón.

Llegó a casa con los ojos inundados de agua. Le lloraban de puro sueño. Su abuela estaba en la cocina mojando trozos de pan tostado en el tazón del café con leche.

—Ya está aquí la zagalica —dijo la abuela.

Doña Refugio, la abuela de Marian, hablaba siempre en voz alta y como si tuviera audiencia. Su nieta sospechaba que en realidad se dirigía a San Pascual, porque se tiraba todo el día suspirando y diciendo: «Ay, San Pascual, San Pascualico». Era el santo de su devoción.

—Marian —la llamó la abuela—. Tómate un pan *torraíco*, hija, no te vayas a la cama con el estómago vacío, que eso no es bueno.

—Acabo de desayunar antes de venir, abuela. Me voy a dormir —probó a decir.

—Me gustaría saber a mí el almuerzo ese...

—Unos donuts con café.

—¡Te daba un *sarmientaso* que rompía la vara! Los *donatos* esos no alimentan el cuerpo.

Marian estaba demasiado cansada para contestar. Se supone que era ella la que estaba cuidando de su abuela desde hacía unos años, por eso se la había traído a vivir consigo, pero doña Refugio opinaba todo lo contrario. Era ella la que había tenido que ir a vivir a casa de su nieta para cuidarla.

Se dejó acariciar por la penumbra del hogar que apenas amanecía, por el olor a pan tostado a la lumbre, y la canción de Sara Montiel que estaba sonando en el transistor que doña Refugio llevaba consigo a todas partes.

Entró en su cuarto, y bajó la persiana. Un par de grageas de melatonina, un poco de Enya en los auriculares y a dormir.

Antes de cerrar los ojos al sueño, todavía le dio tiempo a pensar en lo estupendo que iba a ser volver a estar con toda la pandilla al completo después de tanto tiempo. La vida les había llevado por laberintos distintos. Eso era lo que pasaba cuando te hacías mayor: que empezabas a cocinar con la Thermomix, engordabas, te tintabas las primeras canas, y olvidabas el primer amor... Tony.

## EL CHICO QUE AMABA LOS TRENES

El cuarto de Tony seguía siendo el mismo, como si todavía tuviera nueve años, con sus playmóvil y su interminable colección de trenes eléctricos. Su última adquisición: un Josfel de los años 50 en su caja original. Venía con las vías, los vagones y la locomotora. Estaba algo viejo pero funcionaba a las mil maravillas. Lo único que fallaba era el transformador de corriente. Se lo había comprado a un tipo de Sant Just Desvern por trescientos cincuenta euros. Ahora andaba detrás de un Bachmann, aunque su tesoro máspreciado era una maqueta valorada en más de veinte mil euros con dos trenes talgo, diez vagones de mercancías, diez vagones de pasajeros, cinco desvíos dobles, diez cambios de vía, catorce desvíos simples, varios transformadores, termostatos de velocidad, máquinas alemanas, y una cuidada decoración a base de túneles, montañas, estaciones, pistas de tenis, puentes, muñecos a escala de personas y animales, coches, y sonido incorporado de campanas a la llegada del tren. Tony había creado, alrededor de aquellos trazados ferroviarios, un paisaje tan bonito, que las más de las veces habría deseado ser uno de aquellos muñecos, y vivir la vida que él les había imaginado en aquel entorno.

El problema de Tony es que la realidad no le gustaba mucho, porque le parecía un plato soso, un cuadro descolorido e insulso, algo que dejaba mucho que desear. Su padre achacaba aquella falta de gusto por la vida al hecho de que se lo habían dado todo, y demasiado pronto. Tony era el hijo del hombre más rico de Espuelas, y no por mérito propio, aunque actuaba como si así fuera. Era dueño de una multinacional de mármol con un nombre muy poco original. Pero él no fue quien levantó el imperio, sólo tuvo que heredarlo. Tampoco tenía muchas luces para los negocios, porque su padre, el abuelo de Tony, nunca le invitó a la mesa de juntas, ni a ponerse corbata. Solo sabía lo que era cortar bloques de piedra con un disco de diamante, llenarse los

pulmones del polvillo de la piedra, y caminar de arriba abajo con el mono blanco y los aires de grandeza, como si fuera el capataz de una hacienda de esclavos, y pudiera arrancarles la piel a tiras cuando se le antojara, aunque él ni siquiera era el encargado de la fábrica, porque el abuelo de Tony también se creía más listo que nadie, pero, sobre todo, más listo que su hijo. Sin embargo, el abuelo tampoco se había ganado el pan de cada día a base de esfuerzo. Más bien, se lo había encontrado todo hecho.

Todo se remontaba a la época en la que la epidemia de fiebre amarilla segaba las almas de los espuelanos. Aquel año de 1804, los haitianos declaraban la independencia ensangrentada, mataban en un duelo a Alexander Hamilton, Napoleón se proclamaba emperador, y España se iba a la guerra contra Gran Bretaña. Todo se podía luchar con armas, brazos y piernas, pero nada se podía hacer contra la picadura del mosquito que se llevaba tu alma. La ictericia, la fiebre, los vómitos, las hemorragias y las convulsiones, pero, sobre todo, el delirio, se cebaron en Emiliano Malverde, un antepasado no muy lejano de Tony. Contaba la leyenda que Emiliano Malverde era bodeguero, y viajaba en carreta a Alicante para comerciar con el fondillón, un vino dulce elaborado con uvas monastrell que llevaba extendiendo su fama desde el siglo XV por todo el mundo, aunque Emiliano Valverde no sabía que el fondillón estaba en las obras de Shakespeare, o que Alejandro Dumas se lo dio a elegir al protagonista de su historia, junto a un jerez y un oporto, y el prota se quedó con el fondillón. Él sólo sabía que el vino estaba bueno. Y vaya si lo sabía, porque en más de una ocasión estuvo a punto de perderlo todo. Y es que muchas veces Emiliano Valverde se bebía más de lo que vendía. De tal palo, tal Tony. Pero aquel año de 1804, con medio Espuelas muriéndose por la fiebre amarilla, y Emiliano Valverde recibiendo los santos óleos de la extremaunción, pasó algo que cambiaría su vida, y hasta le cambió la muerte, retrasándosela un poquito más. En la calle de la Cruz de piedra, donde el cabildo había habilitado lo que de forma demasiado optimista llamaron hospital, la camilla de Malverde estaba junto a la del terrateniente Valentín Zapata, quien antes de morir, confesó que tenía una golondrina de oro vivo. Un marinero que había viajado en las expediciones de las Américas e incluso había llegado a conocer al almirante *Mediohombre* Blas de Lezo en el reino de Nueva Granada, la perdió en una apuesta de juego contra su abuelo.

Todos los espuelanos conocían la historia. Así que Valentín Zapata dijo en su lecho de muerte y delirio que aquella golondrina de oro vivo fabricaba dinero por las noches, y que la tenía guardada en su habitación, en una cajita donde cada amanecer recogía montones de monedas y billetes. Como estaba delirando nadie le creyó, pero Malverde, con un pie más en la tumba que en la tierra, cociéndose en las fiebres de su propio delirio, sí le creyó, porque un loco siempre encuentra cordura en la locura de los demás. La avaricia le dio fuerzas para levantarse, aunque estaba medio muerto, y largarse del hospital. Se bebió media botella de fondillón para templarse el cuerpo y domar las convulsiones.

Al caer la noche, se deslizó como una exhalación en la hacienda del terrateniente, encontró la forma de colarse en la casa, y halló la cajita de los deseos. Se oía ruido dentro. Pensó que el bicho estaría trabajando y lo mejor era no molestarlo, así que se llevó el cofrecito a su casa, y lo guardó a buen recaudo. La muerte se cansó de esperarle sentada, viendo cómo el moribundo revivía de avaricia ante la expectativa de ser rico, porque así sí valía la pena vivir un poco más, y no dejarse morir tan pronto. Se encerró en la bodega a cal y canto, y se tumbó en un camastro en el que solía echarse muchas noches a dormir, abrazado a una frasca de vino. A la mañana siguiente, y a pesar de que se había cascado dos botellas de fondillón, se levantó más fresco que una rosa. Ya no tenía fiebre, ni se sentía al borde del colapso. Parecía que hubiera vuelto a nacer. ¡Y hasta se sentía más ligero!

Se estaba orinando a mares. Malverde salió a la calle a aliviarse en la esquina de los chuchos, mientras respiraba aire fresco, y se hacía la misma pregunta una y otra vez: ¿qué habría dentro de aquella caja? Todavía tuvo la santa paciencia de rasurarse la barba a navajazos. Y después, meado, afeitado y resucitado, se sentó en el camastro con la caja sobre las rodillas. Al abrirla, supo que aquello que sus ojos estaban viendo era algo que jamás había visto, y por partida doble: nunca había visto tanto dinero junto, y tampoco había atisbado jamás un pajarraco tan raro. Desde aquel día, la vida del antepasado borrachín de Tony ya no volvió a ser la misma. El destino de sus descendientes también cambiaría, pues la golondrina de oro vivo iría pasando de padres a hijos a la muerte de los progenitores.

Pasó algo más en aquel año de 1804, en el que Malverde se salvó

milagrosamente de la fiebre amarilla, y encontró la golondrina de oro vivo: en la lejana Gran Bretaña, Richard Trevithick construyó la primera locomotora eficiente. Tony lo sabía, porque sabía bastante de trenes. Después de todo, las maquetas de tren eran su segunda pasión. La primera eran las drogas. Por eso la idea de Bárbara de pasar la noche de las tres noches en la estación abandonada le gustaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Además, también estaría Juan, su mejor amigo. Hacía tiempo que la vida les había separado, pero cuando dos hombres han jugado a las canicas juntos, pocas cosas pueden separarles, ni siquiera Alicia Limiñana, la niña de la que se enamoraron en sexto de EGB, y aunque nunca se pelearon por mujeres, sí que compartieron alguna que otra, porque el padre de Tony los llevó a un burdel para que aprendieran lo que era ser un hombre, no fuera a ser que la primera que llegase los convirtiera en un calzonazos por no haber catado antes un buen jamón de pata negra. Con Tony funcionó, porque ninguna mujer le sorbió la voluntad por el badajo, pero había una puta que era la madre de todas las putas, y con la que su padre no había contado: la droga. Y esa sí que le dejó al primogénito hecho un pingajo.



23 DE DICIEMBRE DE 2016

## LA TÍA ELVIRA

Elvira María Jiménez Lindo se levantó con las gallinas. Preparó café para un regimiento, y se sentó en el borde de un suspiro a comerse unas tostadas de mantequilla con mermelada casera de tomate. La cosecha del huerto había sido abundante. Tenía el sótano lleno de conservas, confituras y encurtidos. Pasaría el invierno, aunque el invierno en Espuelas duraba menos que un paseo. Ella venía del norte, donde los fríos eran eternos, y el sol, una extraña casualidad. Se había criado en las montañas, pero ya no sabía qué habría sido de los árboles, ni del olor de los rebozuelos y las setas de calabaza, o el sueño de las ranas que croaban en la primavera. Lo que más echaba de menos eran los cencerros, esa música del ganado pastando a cielo abierto, a lo lejos, en la pendiente de una ladera. Habría dado cualquier cosa por poder volver, pero eso no era posible. El sur tampoco la había tratado tan mal. Se le había pegado el salitre de la brisa marina, dorado la piel al calor de la bahía, y hasta se le habían llenado los ojos de mar. Lo único que importaba, al final, era Juan, y Espuelas fue un buen sitio para verle crecer. Dios no le había dado una familia, ni un marido, ni hijos, pero tenía otras cosas, y todas estaban en Espuelas, o casi todas, hasta que Juan se marchó a aquel país del que la tía Elvira no sabía mucho salvo por las películas. Ahora Juan estaba de nuevo en casa con ella, y menos mal, porque ¿qué se le podía haber perdido en América, donde la gente estrellaba los aviones contra los rascacielos?

Salió a barrer la calle lo justo, porque el helor no le dejaba concentrarse en la escoba. Arrancó unas hierbas del huerto, y quemó las brozas y ramajes de una poda a destiempo. Cogió unas naranjas del suelo que el airón de los últimos días había tirado, y entró al gallinero para descubrir con cierto asombro que las ponedoras no habían echado el huevo aquel día. Se extrañó, pero a veces a los animales les daba por sus cosas, y pensó que los cohetes y

fuegos artificiales de las fiestas les habían metido el susto en las gallinejas. No echó de menos a Juan, porque tampoco era la primera vez que su sobrino dormía fuera de casa o desaparecía sin previo aviso durante días, hasta que Roberto Aranda llamó a la puerta. Hacía veinte años que aquel hombre no le tocaba la aldaba. Venía vestido de uniforme, y Elvira calculó por el pestazo que se había echado media botella de agua de azahar.

—Elvira. —Roberto se quitó la gorra.

—¿Qué tripa se te ha roto? —le preguntó con acidez, ajustándose el lazo del batín granate.

—Estás muy guapa.

—Y tú más gordo.

A Aranda se le pusieron las orejas rojas. Había amanecido gris, y amenazaba con llover a cántaros, pero Elvira María todavía le encendía los fogones. Habían sido amantes durante años, pero él estaba casado, y ella se cansó de ser la querida, así que después de robarse el corazón, cruzarse mil besos, y encontrarse en las sombras, cuando empezaron a arañarse el alma en lugar de la espalda, decidieron que lo mejor era dejarse marchar y andar cada uno por su acera. Se miraban de lejos en las procesiones del Corpus Christi, la misa del gallo y los días en los que a él le tocaba regular el tráfico a la salida del colegio cuando había mercado. No hacían por evitarse. Podían estar separados; podían resignarse a no volver a tocarse la luna en sus vidas; podían tirar los celos a la basura, echarse de menos o vivir con aquella nostalgia de pasión durante lo que les quedase de vida; cualquier cosa, menos perderse de vista. Él estaba tranquilo si sabía que ella estaba barriendo la calle por las mañanas, y podía pasar por delante de su casa con el coche patrulla sólo para verla escobar; y ella sentía una especie de alivio al bajar por la Plaza los Toros y verlo en las Cuatro Esquinas parando el tráfico para dejar a los niños pasar. A los niños, y a la tía Elvira.

—¿Sabes dónde está Juan?

Elvira se lo quedó mirando con un enojo liviano.

—Cada vez que se funde una bombilla en el pueblo, ¿tiene que ser culpa de Juan? ¿A quién se le ha caído la lámpara ahora?

—Marian no vino al turno, y esa chiquilla no falta nunca al trabajo. Me dijo que iba a reunirse con la pandilla, y que también iba a ir Juan.

—A nosotros nos parecen unos críos porque estamos muy viejos, pero ya son mayorcitos y en edad de haber criado tres veces. —Hizo ademán de cerrar la puerta.

—Elvira... —Roberto la detuvo—. Han encontrado sus coches en la vieja estación. El Jeep de tu sobrino no estaba ni cerrado con llave. ¿No te parece un poco raro?

—Pasa.

Roberto entró en la casa con un sentimiento inédito. Era la primera vez que entraba en aquel lugar como un hombre viudo. Se bebieron dos cafés, y procuraron no mirarse como en realidad se estaban mirando por dentro, tratando de reconocer en aquellos cuerpos castigados por los años a los jóvenes amantes que un día fueron.

Olía a abrótnano en la cocina, porque Elvira siempre quemaba unas ramitas como si fueran incienso. Roberto se sintió como en su propia casa. No se había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta aquel instante. Se fijó en las chinelas de ella. Parecían cómodas. Aquella mujer le seguía pareciendo tan voluptuosa como el primer día, con chinelas o sin ellas.

El café dio paso al jerez, mientras Elvira trataba de llamar, una y otra vez, al teléfono de Juan, que no daba señal. Roberto sacó valor de donde no le quedaba:

—Elvira, dime la verdad. ¿A qué ha vuelto tu sobrino al pueblo?

—A ver a su tía, a qué va a ser. Además, esta es su casa. No necesita motivos para venir.

—No me hagas reír. Conozco a Juan desde que era un mocoso.

Era verdad, y durante los años en los que Roberto y ella se desnudaban como si les fuera la vida en ello, el crío jamás le había pasado desapercibido. Juan se acostumbró a verlo revolotear alrededor de su tía. Le sorprendió varias veces en la casa, y una tarde de tintes leoninos, al volver del colegio porque la maestra lo mandó de regreso a coger una tarea olvidada, los halló tendidos y medio desnudos en la hamaca del porche, junto al huerto de los naranjos. La Tía Elvira no acababa de acostumbrarse a los nuevos tiempos, y aquello de echar el cerrojo a la puerta de la casa no le parecía de necesidad. Le dijo que Aranda había pasado a tomarse una limonada fresca y echar una siesta a la sombra, porque hacía mucho calor. Y Juan hizo como que se lo

creía, e incluso toleraba la presencia ocasional de Aranda, quien siempre le traía dulces de los portales, frutas de los postigos, y algún que otro juguete, pero poco más. A Juan no le gustaba Aranda, y a Aranda no le gustaba Juan. Así de simple.

—¿Me dejas ver su cuarto?

Elvira frunció el ceño.

—¿Qué me estás ocultando, Roberto?

Aranda tragó saliva. Había algo más. Esquivó la respuesta con otra pregunta, como solía.

—¿Su habitación está donde siempre?

La tía asintió sin mediar palabra. Roberto subió las escaleras y entró al cuarto de Juan. Apenas había terminado de deshacer las maletas. Demasiado equipaje para alguien que supuestamente había venido de visita. ¿Pensaba quedarse? Examinó concienzudamente cada rincón: una botella de coñac en la mesilla, unas hojas revueltas en el escritorio sobre trenes y barcos fantasmas, una estantería llena de libros, casi todos de antropología... Nada significativo. Abrió el cajón de la mesilla. Jamás pensó que llegaría el día en el que se encontraría revolviendo los calzoncillos de otro hombre. Encontró un frasco de pastillas. En la etiqueta estaba escrito su nombre, JUAN JIMÉNEZ, y otras cosas en inglés, entre ellas lo que parecía ser la marca: ABILIFY. Le hizo una fotografía con el teléfono móvil y volvió a dejarlo en su sitio.

Regresó a la cocina. Elvira estaba fregando los platos.

—¿Puedo venir esta noche a cenar contigo?

La propuesta la sorprendió, pero sólo un poco. A partir de ese día, cenaron casi todas las noches juntos.

## EL FUNERAL

La lluvia arrancó la tierra con sus garras de agua. Roberto Aranda no recordaba haber visto un entierro así en su vida. Cualquiera diría que la tormenta había excavado la tumba con sus manos de trueno y sus picos de agua. Aun así, el cementerio estaba lleno, y por primera vez parecía que había más vivos que muertos en el camposanto, arrojando la soledad de los nichos. El suicidio de Víctor había estrangulado el corazón de Espuelas, secándole la raíz. Nadie se explicaba el por qué de los porqués. ¿No era Víctor aquel muchacho extrovertido que siempre encontraba un motivo para contarle su vida al primer desconocido, siempre tan expansivo, confiado y alegre? ¿En qué momento se le indigestó la vida?

Víctor se había suicidado arrojándose al tren la noche del 22 de diciembre. Debía de ser el único que sabía que todavía pasaba por allí un tren correo de uvas a peras, y mira que las autoridades ferroviarias se habían esforzado por mantenerlo en secreto para evitar un nuevo brote de suicidios que acabara como «el año del prodigio». El cuerpo estaba tan destrozado que tardaron bastante en poder identificarlo. Roberto Aranda no era de los que le buscaban los tres pies al gato, pero todo aquel asunto estaba empezando a oler a cuerno quemado. Se ajustó el gorro hasta las orejas, y se guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta de paño negro. Miró el ataúd con profundo interés, preguntándose si acaso los de la funeraria podrían haber hecho algo más que juntar pedazos en una bolsa, y cómo diablos se las apañaba uno para despegar la carne aplastada del suelo. La bóveda de paraguas negros de aquella multitud que se había concentrado alrededor del ataúd, le hizo pensar en cuervos. Sintió ganas de graznar.

El Padre Luis dijo algo en voz muy alta, como queriendo destacar una palabra

por encima de las demás, pero la cortina de agua causaba interferencias en el aire. Los nombres de Marian y los muchachos se mezclaron en su mente con renovados ánimos de infortunio. ¿Qué estaban haciendo en la estación? ¿Nadie iba nunca allí, y menos la noche de las tres noches! Marian le dijo que iba a reencontrarse con sus amigos, pero en ningún momento mencionó el lugar, ni cuáles eran sus planes. Los coches abandonados junto a las vías delataban su presencia. ¿Vieron a Víctor? ¿Conocían sus intenciones de antemano y trataron de impedirselo? No era la única pregunta que le estaba carcomiendo la sesera, pero los muchachos no estaban allí para poder ser interrogados.

Aranda suspiró. Sintió como si la lluvia se hubiera instalado en sus entrañas, mojándolo todo con sus refrescantes perfumes de tierra mojada. Deseó que el responso terminara cuanto antes, que la corte de enlutadas deambulara frente a los padres para darles el pésame de una vez por todas, y que él pudiera darles la mano y decirles que lo sentía, porque de verdad lo sentía... Un destello blanco y cegador eclipsó durante unos instantes la imagen de los padres que lloraban por su hijo, confundiendo sus lágrimas con las gotas de lluvia; después vino un trueno despiadado a rugir en las alturas, ángeles arrastrando enormes bolas de piedra por los pasillos del cielo. Roberto se permitió una pequeña alegría, porque sabía que aquello marcaría el fin del sepelio. El párroco, visiblemente aturdido y confuso, hilvanó unas palabras resabidas, y dio por terminado el ritual. La lluvia se creció, ufana y espléndida, descargando su vanidad con más fuerza. El clérigo hizo entonces un gesto a los enterradores, y enseguida se pusieron manos a la obra. Había algo romántico en aquella escena, algo innombrable que logró hacer que Roberto se sintiera conectado con un hilo mágico y ancestral. La muerte le estaba conectando con la vida.

Los pésames se precipitaron ante la amenaza de que el camposanto se inundara. Aranda recordó el año en el que los cadáveres salieron flotando durante la riada del 87. El césped del cementerio comenzó a inundarse, y Aranda temió que el agujero se llenara de agua antes de que los enterradores pudieran echarle la tierra encima y el ataúd saliera ondulando como una pira vikinga en mitad del océano. Los sepultureros le echaron la última paletada de tierra, y todos los presentes parecieron aliviados. Se marcharon con las nieblas de la prisa pisándoles los talones, dejando al finado a solas con sus

gusanos por las malvas de las malvas, amén.

Aranda se quedó rezagado, y tragó lluvia. No tenía ganas de volver a casa. Lo único que quería era encontrar a Marian.

Llegó al restaurante La perra chica con los zapatos encharcados, y se sentó en la barra. Consuelo le sirvió un rebujito sin hacer preguntas. Conocía bien las caras de Aranda, aunque no había vuelto a ver aquella cara de «quiero beber hasta reventar» desde que murió su mujer. Aranda pensaba hartarse de manzanillas hasta que se le ahogara el secreto en el hígado, porque en la vida había verdades que siempre te acababan enfrentando a las mentiras.

Aranda era un mentiroso. Les había mentido a todos, y se había mentido a sí mismo, pero lo que más le dolía era haberle mentido a Marian, y a lo mejor ya era tarde para remediarlo.



TREN

## VIAJE A NINGUNA PARTE

Tony había hecho muchos viajes en su vida. Había visto músicas vivientes, probado el sabor de los colores, tocado la aspereza de un efluvio, y oído el latido de las cosas. Las drogas le habían dado todo eso y más, pero nunca había visto un tren como aquel, ni en las enciclopedias ilustradas de ferrocarriles, ni en sus sueños más psicodélicos. Los vagones eran diáfanos, dotados con toda clase de lujos, asientos de tapices aterciopelados, mesas finamente cubiertas con encajes, cortinillas violáceas anudadas con hermosos crespones rubíes, quinqués de cristal esmeralda pintando el ambiente de siles con sus llamas, cuberterías de plata y... Tony prestó atención y afinó el oído. Aquella máquina debía de funcionar a vapor, soltando una cresta de humo negro de las que ya sólo presumían los pocos trenes históricos que quedaban en el mundo.

El revisor les dio la bienvenida. Tony no contestó. Todavía no podía articular palabra. Se dirigió a Jackson:

—¿Es usted quien lleva los pasajes?

Jackson se metió la mano en el bolsillo, como si fuera a buscar algo, pero luego se encogió de hombros.

—Perdone, es que nosotros nos hemos subido por error, creo... —intervino Juan, mirando todavía a su alrededor en busca de una explicación. Tal vez Bárbara no se había equivocado cuando acusó a Tony de aviarle la bebida con algún ingrediente extra, y todos estaban desvariando, porque él estaba flipando en tricolor.

—No se preocupen —dijo el revisor—. Les estábamos esperando. Me alegra ver que han conseguido llegar a tiempo. Sígueme, por favor. Les enseñaré sus vagones. Les ruego que se acomoden discretamente. Es tarde, y el resto de pasajeros está durmiendo. Intentemos no interrumpir su descanso —

les pidió, bajando el tono de voz y poniéndose un dedo en la boca en señal de silencio.

Juan se quedó mirándole sin saber qué pensar. ¿En qué tienda de disfraces había conseguido aquel traje? ¿Y ese bigote a lo Dalí? Era la primera vez que veía a un hombre con semejantes antiparras perfectamente colocadas sobre la nariz. Llevaba unos manguitos negros en ambos brazos, tan negros como sus cabellos repeinados hacia atrás, y los zapatos de charol lustrosos e impolutos. Todo en aquel lugar era... Fascinante. Sus amigos siguieron al revisor sin rechistar, y él siguió a Bárbara.

—Esto es el paraíso terrenal —susurró Tony al oído de Marian, que si había algo a lo que jamás había podido resistirse, era a esa parte infantil de Tony que todavía jugaba con trenes. Sólo por verle la cara merecía la pena estar allí.

Avanzaban por el pasillo, y Marian lo tocaba todo como cuando manoseaba los instrumentos de tortura del Palacio de la Inquisición de Cartagena de Indias, porque no podía creer que fueran auténticos. Vicente la llevó a pasar la luna de miel en la ciudad amurallada, porque, según él, no había un lugar más romántico en el mundo para pasear cogidos de la mano. Sin embargo, Vicente no entendía una caca de búfalo, ni aunque le hubieran regalado un rancho, porque si los hombres conocieran algo a las mujeres, no harían las cosas que hacían. Por eso Vicente la llevó a Cartagena de Indias, donde Marian pasó algunas noches terribles, oyendo a Blas de Lezo renquear por el Castillo de San Felipe y gritarle al capitán Vernon: «Para venir a Cartagena es necesario que el rey de Inglaterra construya otra escuadra, porque ésta sólo ha quedado para conducir carbón de Irlanda a Londres», mientras éste se alejaba maldiciéndole: «*God damn you, Lezo!*». Marian no dejó de ver ahogados, corsarios y espíritus sufrientes en cada rincón, aunque quizás lo peor de todo fue dormir en aquel hotelito situado frente a la Catedral de Santa Catalina de Alejandría; no recordaba haber visto unos fantasmas más pesados que aquellos. Por aquellos entonces Marian todavía distinguía bien a los vivos de los muertos, pero con el tiempo todo se fue volviendo más confuso. Carnes y espíritus empezaron a parecerle lo mismo. Los vivos ya no se le aparecían tan nítidos, y los muertos ya no parecían muertos, ni difuminados, ni la sombra de la sombra, sino bastante perfilados. Ella achacaba aquel aturdimiento al sexo,

porque fue nada más perder la virginidad y empezar a probar los placeres del cuerpo, cuando empezó a notar el mundo al revés, y es que tanto éxtasis y tanto gozo por el gozo no podían ser buenos. Y así fue como cada vez que añadía un nuevo pecado a la lista, se iba sintiendo más rara por dentro y por fuera, hasta el punto de que ya no sabía si el fantasma era ella.

El revisor sacó a Marian de sus sueños:

—Señorita. Este es su vagón dormitorio. Espero que todo sea de su agrado. Como el comedor y las cocinas ya están cerrados, nos hemos permitido dejarles un pequeño aperitivo y unas bebidas calientes en la mesita de noche.

Marian se asomó al interior.

—Pero nosotros no podemos quedarnos, ¿no? —Marian miró a Jackson, como si él pudiera darle una respuesta.

—¿Y por qué no? —dijo Jackson.

—¡Eso digo yo! —exclamó Tony.

Bárbara había pasado meses en alta mar, había dormido en los campamentos más inhóspitos de la Antártida, y se había sumergido con su traje de buzo en las profundidades de las aguas. No podía decir que tuviera miedo a quedarse a dormir en aquel lugar, pero...

—No será necesario, señor. Nos bajaremos en la próxima parada —sentenció Juan.

—Me parece muy bien —dijo el revisor—. Ustedes dos —refiriéndose a Tony y a Juan—, compartirán el vagón de al lado.

Les abrió la puerta y procedió del mismo modo con Bárbara y Jackson, aunque a ellos les acomodó en vagones individuales, al igual que a Marian.

Juan empezó a perder la paciencia y abordó al revisor.

—Disculpe, ¿adónde va este tren?

El revisor no parecía entender a qué venía aquella pregunta.

—Señor, ¿tiene usted por costumbre montar en los trenes sin saber adónde van?

Bárbara le pegó un codazo, y se lo llevó aparte.

—Juan, sé que este sitio es un poco extraño, pero precisamente por eso, creo que no deberíamos llamar la atención. ¿Por qué no intentamos pasar desapercibidos y aprovechar la ocasión para averiguar si este es el tren de las almas?

—Tú no estás bien de la cabeza, Bárbara.

—Perdona, pero anoche, cuando estuve contigo en el Biruji, me dio la impresión de que también formabas parte de esta investigación. ¿O sólo has venido a tomar unas copas antes de regresar a Estados Unidos y dejarnos más tirados que una mierda sin responder a nuestras llamadas, ni a nuestros mensajes, como hiciste la última vez?

—¿Pero qué investigación ni qué ocho cuartos! La única que ha venido aquí con esas fantasías en la cabeza eres tú... Los demás sólo te hemos seguido la corriente, como siempre. —No pudo contenerse, pero luego decidió cambiar de estrategia—. Perdona, a lo mejor estoy un poco nervioso... —dijo finalmente—. Pero es que no contaba con pasar la noche fuera... —Lo que acababa de decir era poco convincente. Su mente le ofreció otra excusa más ágil—. Lo que quiero decir... Mira, Bárbara, si nos quedamos a pasar la noche aquí, nos vamos a despertar en Portugal, que te lo digo yo. ¡Estamos metidos dentro de un tren! ¡En marcha!

El revisor les llamó la atención. Se habían alejado del grupo, pero no lo suficiente, y estaba estrictamente prohibido armar jaleo por los pasillos.

—Escucha... —resopló Bárbara finalmente, agarrando a Juan del brazo—. Seguramente estamos más drogados que Kurt Cobain, y mañana, en vez de despertarnos en Portugal, lo haremos sobre los bancos de la estación, con un resacón de la hostia. Entonces nos iremos a desayunar chocolate con churros a casa de tu tía Elvira o de la abuela Refugio. ¿No puedes relajarte y dejarme disfrutar de esto? Para una vez que me coloco y no me da un amarillo...

Juan suspiró. Estaría más relajado si se hubiera acordado de traerse el Abilify. De hecho, estaba seguro de que estaba volviendo a tener un brote psicótico.

—Si de verdad quieres investigar esto, sea lo que sea, realidad, delirio, locura o sueño —le susurró al oído—, no podemos pasarnos la noche durmiendo. Lo sabes, ¿no? —Juan se sorprendió a sí mismo por lo que acababa de decir.

—Tienes razón. Te espero dentro de una hora en mi dormitorio —accedió Bárbara—. ¿Qué hacemos con los otros?

—¿Los otros? ¿No decías que no querías llamar la atención?

—Es verdad, lo mejor es que no les digamos nada —reconoció Bárbara.

Por una vez estaban de acuerdo en algo. Aquello sí que era insólito.

## LOS RAÍLES DEL SILENCIO

Juan inspeccionó el vagón con ojos de maravilla, que ya era decir para un antropólogo de campo que había sobrevivido a los rituales amazónicos con *yagé*. Aquella vez el chamán de turno le había preguntado delante de todos los otros por qué quería tomar *yagé*. Vaya pregunta, ¿por qué iba a ser? Todo el mundo sabía que un antropólogo que se preciara debía llevar a cabo un trabajo de observación participante si quería consagrarse. Pero el ritual de iniciación obligaba a tragarse aquella mierda en cantidades ingentes. El chamán hizo sonar repetidamente una especie de campanilla. Juan recordaba a la perfección aquel sonido luciferino. «Busco conocer; busco la visión de la sabiduría». Eso fue lo que él respondió aquel día con su impostada seguridad, imaginándose el orgullo que el profesor Aranzadi, su director de tesis doctoral por aquella época, sentiría cuando volviera al campus. Por fin iba a pasar de las muestras al teatro. «Busco conocer», eso era lo que les había dicho, o más bien, lo que debía decirles, aunque su intención no era adquirir la sagrada sabiduría, ni contactar con los ancestros, ni morir para volver a renacer transformado. Lo único que él quería era estudiarles desde dentro, pero les había mentido, y se había mentido a sí mismo. «Es bueno aspirar a las visiones del *yagé* y ver a Dios, pero antes de decidirte debes saber que el camino del *yagé* es duro y difícil. Comer *yagé* es una cosa muy seria», le había advertido el chamán. A Juan se le olvidó decirle que él no creía en ningún Dios y que, puestos a hablar del tema, tendría muchas objeciones que hacer a aquella formulación teológica. Pero no le dijo nada, y se reafirmó en lo dicho: «Quiero tomar *yagé*. Quiero alcanzar la sabiduría». Qué mentiroso.

—¿En qué piensas? —Tony se encendió un cigarrillo.

—¿Qué haces? ¿Se puede fumar aquí?

—Ahí hay un cenicero. —Señaló la mesilla.

Juan se fijó en el cenicero elaborado en mármol rojo. Conocía bien esa piedra. La había visto cientos de veces en la fábrica de mármol del padre de Tony, e incluso tenía unos pisapapeles y sujetalibros que él mismo le había regalado el día de su primera comunión. En la misma mesilla había una tetera humeante, dos tazas y un platillo con pastas. Lo último que sentía era hambre, pero pocas veces le decía que no a una tisana, por mucho que su tía Elvira dijera que los hierbajos no servían para nada. Se sirvió un poco en la taza, y la dejó reposar. Parecía hecha de porcelana fina, tan fina que casi le pareció irreal, y temió que el calor la hiciera estallar en mil pedazos.

—¿Sabes en qué estaba pensando?

—¿En qué? —Exhaló una bocanada de humo de color azul eléctrico. Así era como Tony veía las cosas la mayor parte del tiempo.

—Me estaba acordando de cuando estuve en el Amazonas.

—¿De la vez aquella que por poco te mueres? —preguntó Tony.

—Sí, algo así...

—¿Qué se siente cuando tomas ayahuasca?

—Para los indígenas lo esencial es provocar un tránsito agónico al país de los muertos. Si todo va como tiene que ir, te encuentras a los antepasados y espíritus, contemplas el rostro de la divinidad, la visión del saber, y vuelves renacido, con un nombre, unos padres y unos poderes nuevos contra las fuerzas maléficas.

—Cómo me gustaría probar la mierda esa un día.

—No te la recomiendo.

—Ya, tú tuviste un mal viaje, ¿no? ¿O se les fue la mano con la dosis?

—Ya me habría gustado a mí tener un mal viaje y nada más... Me vi fuera de mi cuerpo y todo... No tenía que haberlo hecho. No estoy nada bien desde entonces.

—Bah —resopló Tony—. Yo me he visto fuera del cuerpo decenas de veces con la ketamina. Tu problema es que le das muchas vueltas al tarro, Juan. Tienes que intentar pensar menos.

Juan se quedó mirándole unos instantes. La luz tenue del vagón dibujaba extrañas sombras en el rostro de su amigo. ¿Era su amigo o era un demonio? Sintió un escalofrío.

—Tony.



—¿Qué?

No quería nada, en realidad sólo quería escuchar su voz, reconocerla, convencerse de que aquel que estaba allí era su amigo.

—Tú sabes que acabé en el psiquiátrico, ¿no?

Tony no se inmutó. Su amigo Juan había estado entrando y saliendo de la consulta de los loqueros desde que tenía uso de razón. No sabía exactamente por qué, pero intuía que se debía a esa manía que su amigo tenía de darles tantas vueltas a las cosas. Se hacía más preguntas de las que se hacían el resto de los mortales, y rumiaba los asuntos hasta el infinito.

—Lo que quiero decir —continuó el antropólogo— es: ¿y si estoy volviendo a caer en aquello?

—¿En qué?

—En las alucinaciones, Tony, ¡en las alucinaciones! Las paranoias...

Tony le miró con expectación.

—Macho, ¿qué te pasa? Estás un poco hipocondrías.

—Tony, es que si tengo que volver a pasar por aquel infierno otra vez, te juro que... Y este tren... —Miró a su alrededor antes de proseguir—. No es normal —susurró—, aquí está pasando algo muy raro.

—Juan, te comes mucho el tarro. Mírame a mí: ¡paso de todo!

—A ti lo que no te van a quedar son neuronas como sigas así. ¿O crees que no he me dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—¿Desde cuándo te estás metiendo heroína, aparte de todas las otras mierdas que te metes?

—¿Has venido a preocuparte por mí, a la vejez viruelas? Tampoco es que los últimos años que viviste en Espuelas me llamas mucho. Pero, claro, el señorito estaba demasiado ocupado consigo mismo, demasiado ocupado con sus estudios, demasiado ocupado con su carrera, demasiado ocupado con su tesis de mierda, demasiado ocupado con su trabajo, ¡demasiado ocupado para decir adiós antes de irse a Estados Unidos!

Juan aguantó la estocada. El señor «Paso de todo» pareció molestarse con la pregunta. A lo mejor no pasaba tanto.

—Soy yo el que debe pedirte explicaciones. ¿A qué has venido tú a Espuelas después de todos estos años? ¡Y no me vengas con que echabas de

menos a la Tía Elvira, porque te conozco bien! Te fuiste de aquí cagando hostias. ¡Lo estabas deseando! Te habrías cortado un brazo antes de volver, a no ser que...

—¿A no ser qué, Tony?

—Dímelo tú. —Cogió el cenicero de mármol rojo, y se lo puso en la cama, junto a él.

—¡Dios, qué nos ha pasado! —Juan hundió el rostro entre las manos con desesperación.

—Que nos hemos hecho mayores —respondió Tony tranquilamente mientras moldeaba la punta de ceniza del cigarro contra la superficie alisada del cenicero, como si estuviera torneando una obra de arte.

Acababa de decir algo lúcido. Por algo le llamaban El Profeta sus compañeros de chute.

—Bueno, qué —insistió—. ¿Me lo vas a contar, o te lo tengo que sacar a puñetazos?

Tony no había pegado un puñetazo en su vida, pero Juan no se resistió. En realidad, estaba deseando confesarse con él. No podría haberlo hecho con nadie más. Sólo con Tony, o con la sombra de Tony, o con su demonio, o con lo que fuera aquella carcasa humana de rostro demacrado que tenía delante.

—Había logrado el equilibrio, de verdad. Iba todo tan bien... La universidad, los compañeros, los nuevos proyectos de investigación, el trabajo de campo... Llevaba una vida completamente normal. Y de repente un día, dando clases, el aula empezó a cambiar de forma, a comprimirse, como si las paredes fueran a engullirme y dejarme sepultado allí, constriñéndome el corazón. No podía respirar, se me escapaban los latidos del pecho, me sentía mareado... Y empezaron a entrarme las neuras, pero por la puerta grande Tony, no sabes...

—Hace mucho tiempo que no nos vamos de putas, Juan, ese es el problema. Cuando éramos jóvenes follábamos más, y no teníamos estos problemas. ¿Te das cuenta?

—¡Tony, te lo estoy diciendo en serio! Estoy mal, muy mal. No me fio de mí mismo. ¡Lo estoy perdiendo! No puedo trabajar, ni concentrarme en nada, ni pasar sin el puto Abilify.

—Yo también te lo estoy diciendo en serio, joder. A mí hace siglos que ya

ni se me levanta. —Estalló en un rosario de carcajadas.

Juan no se atrevía a decirlo, pero a final habló.

—Este sitio... —dijo, levantando la cabeza y mirando a su alrededor con recelo.

Tony parecía no entender.

—Esto, Tony, ¡esto! —Señaló el vagón con la mirada.

—¿El tren? —preguntó Tony.

—Sí, el tren. Este vagón. Este lugar, ¡nosotros!

—¡Juan! ¡Juan! ¡Para! ¡Lo estás haciendo otra vez! —exclamó Tony. Apagó el cigarrillo y puso el cenicero de nuevo en la mesilla.

—¿El qué?

—Pensar demasiado. Mira. Si estamos alucinando, bendita alucinación, porque este lugar es lo más parecido al tren de mis sueños, y tú ya sabes lo que me gustan a mí los trenes.

—¿Podemos estar teniendo los dos la misma alucinación, o tú también eres una alucinación producto de mi cerebro?

—Podemos estar alucinando los dos con lo mismo. ¿No te acuerdas de la última Nochevieja que pasamos juntos? Relájate. —Tony le puso una mano en el hombro.

Juan se acordaba perfectamente de aquella nochevieja. Bárbara armó un espectáculo de padre y muy señor mío con sus monstruos. La cuestión es que Tony dibujó tiempo después unos endriagos que, según él, eran los que habían estado agobiando a Bárbara toda la noche. Cuando se los mostró a su amiga, aseguró que eran los mismos que ella había visto bajo los efectos del ácido. Juan no lo creía posible, y achacaba aquellas sincronicidades, a las que Jung habría sacado algo de punta, a la sugestión. Pero el antropólogo se acordó también, evocando el pasado, de la explicación que Tony dio a Bárbara al porqué de aquellos seres deformes: «Piensas demasiado». Tal vez tenía razón. No era una idea absurda. A lo mejor por eso unos tenían buenas sensaciones con las drogas, como Tony, y otros lo pasaban fatal, como le pasó a Bárbara aquella noche con el ácido: porque tenía los miedos a flor de piel. Cualquiera que la conociera sabía que podía tirarse de cabeza al pozo de las congojas sin necesidad de que nadie la empujara. Bárbara era valiente, inteligente, fuerte, guapa, luchadora, y... terriblemente insegura, por contradictorio que pudiera

parecer. ¿Y quién no le decía a él que no le estaba pasando lo mismo que le pasó a ella aquella nochevieja, llevado por su temor a recaer y no tener el Abilify a la mano? Lo mejor era hacerle caso a Tony. Cogió la taza humeante, y se la llevó a los labios. Olía a delicia. Pegó un sorbo lento y prolongado. Tuvo la sensación de que si la tranquilidad pudiera describirse con un sabor, sería el de aquella tisana.

—Tienes razón —Juan respiró profundamente.

Tony se recostó con las manos detrás de la cabeza, y cerró los ojos.

—¿Oyes eso?

Juan prestó atención, pero no oyó nada.

—Es el sonido del silencio —aclaró Tony.

Juan afinó el oído. No era precisamente silencio lo que él estaba oyendo, sino un aparatoso traqueteo, que de tan continuo acabó convirtiéndose en un arrullo... Se dejó engullir por el runrún de la máquina; dos sorbos más tarde, durmió como hacía meses que no había dormido, y sin Abilify.

## NO ERA ÉL

**B**árbara se miró las manos. Parecían normales. Hacía tantos años desde la última vez que se había metido un alucinógeno en el cuerpo, que probablemente ahora habían inventado drogas más potentes y sofisticadas. Tocó los objetos de su coche cama rozando con la yema de los dedos las sábanas suaves y frescas. Era agradable, pero no tanto como para ser algo extraordinario, y, sin embargo, aquel lugar no podía ser real, aunque lo pareciera, pero... trató de no adelantar acontecimientos. «A ver, céntrate», se dijo. Fuera lo que fuera, estaba dispuesta a llegar hasta el fondo de aquel misterio con Juan. Seguía siendo el mismo imbécil de siempre; tal vez, un poco más imbécil que antes de largarse a Estados Unidos, pero era un imbécil condenadamente inteligente, y a veces también le parecía guapo, aunque todavía no lograba explicárselo. Intentó recordar el momento en el que empezó a sentirse atraída por él sin poder rastrear el fatídico instante. Sólo sabía con certeza que fue antes de que se marchara de Espuelas. Jamás se había sentido así con él, y eso que se conocían desde pequeños, pero un buen día, sin saber cómo ni por qué, empezó a echarle de menos más que de costumbre; porque ser amigo de Juan era echarle de menos. Podías pasar la noche entera hablando con él como si no existieran las horas, compartiendo confidencias y anhelos hasta el amanecer, y al día siguiente, al despedirte, no saber cuándo ibas a volver a verle. Daba igual que le llamaras casi a diario o le mandaras una lluvia de mensajes. Con él no funcionaban aquellas cosas. Ni mandándole una paloma mensajera habría conseguido hacerle bajar de su pedestal de soledad. A veces había recibido algún mensaje suyo, esporádico, inesperado, como si, de hecho, lo hubiera enviado una persona normal, sólo que Juan no era normal. Juan vivía en una burbuja en la que Bárbara nunca había querido entrar; tampoco él la había invitado. Siempre le había visto a través del

cristal, hasta que empezó a soñarle con el alma desnuda. Y sí, deseaba acostarse con él, pero no deseaba que sucediera. Ella y sus contradicciones... ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? ¿Cómo era posible? De súbito, se coló en su mente una de aquellas frases que su madre le había repetido en más de una ocasión: «El amor está a la vuelta de la esquina; el que menos te esperas, ése es». Si era verdad que el amor estaba a la vuelta de la esquina, el suyo debía de estar dando vueltas a la manzana, porque nunca lo veía. Y sí, aquello que sentía por Juan se parecía mucho al amor. Pero no podía ser, y punto.

Miró la hora en su reloj de pulsera. Marcaban las doce. ¿En serio? Dio un par de golpecitos en la carcasa. Debía de haberse quedado sin pilas. En ese preciso instante, llamaron a la puerta y la sobresaltó. «¡Es él!», pensó. Estaba feliz, estaba radiante, ¡estaba en las nubes! Así era cómo él la hacía sentir cuando iba a buscarla: enamorada. Qué peligroso es el amor. Qué peligroso.

Bárbara abrió la puerta. El pinchazo de la decepción inoculó unas cuantas rutinas de tristeza en su corazón. No era él. Era Jackson, y ahora que lo pensaba, no sabía de qué se sorprendía. Cada vez que se iban de viaje juntos y pernoctaban en algún hotel, Jackson siempre llamaba a la puerta para hablar un rato con ella antes de irse a dormir. Cuántas noches habían pasado juntos bajo las estrellas, oyendo aullar a los lobos, acechando el paso de un zorrillo en la serranía, atisbando luciérnagas del bosque, huyendo del tufo de las mofetas, flirteando con las focas en algún lugar del mundo. Daba igual dónde, pero siempre con las estrellas.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas a otra persona? —preguntó Jackson. A veces parecía brujo.

Bárbara lo meditó un segundo: lo malo de pasar tanto tiempo con un hombre bajo las estrellas es que acaba conociendo todas las constelaciones de tu alma.

—Estaba esperando a Juan. Íbamos a salir a husmear un rato.

Jackson no era de los que se perdían un garbeo, y Bárbara podía adivinar, a juzgar por el gesto de su amigo, que la idea de quedarse fuera del club de los exploradores no le hacía ninguna gracia.

—¿Cuándo viene? —Se encendió un Marlboro.

—Ahora... Supongo.

—Bárbara vaciló durante unos instantes. Era difícil quedar con Juan, no

podía negarlo, pero cada vez que habían acordado verse, él siempre había aparecido. O casi siempre. Se merecía el beneficio de la duda.

—¿Quieres uno? —Jackson le tendió la pitillera.

—No, que luego me duele el pecho. —Había dejado el tabaco hacía diez años y opinaba que Jackson debía hacer lo mismo. Fumaba demasiado.

—Bárbara, eso son sugerencias tuyas. Qué pecho ni qué pecho. Venga mujer, que estamos de fiesta.

—Querrás decir que estamos de investigación —le corrigió—. ¡O de colocón! ¡Mira! ¡Yo qué sé! Dame uno, anda... —refunfuñó cambiando de opinión.

—Esa es mi chica.

—Jackson, ¿dónde coño estamos?

—Alcánzame el cenicero. —Jackson señaló la mesilla.

—¿Ves a lo que me refiero? —preguntó Bárbara, cogiendo el cenicero—. ¡Un cenicero de mármol! Pesa lo que pesa el mármol —añadió, sopesando—, tiene el tacto frío y suave de la piedra pulida, ¡y que me ahorquen, pero parece un cenicero de mármol de verdad!

—¿Y qué tiene de raro que un cenicero de mármol tenga toda la pinta de ser un cenicero de mármol?

—Es que estaba pensando que si Tony nos ha aliñado la bebida, cosa que no sería la primera vez que hace, porque... —Se interrumpió. Necesitaba pensar, pero no se le ocurría nada con sentido—. De verdad que ahora las drogas se ve que son tan sofisticadas, que parece que lo que estás viviendo es real, como los videojuegos. Cuando nosotros íbamos a los recreativos te ponían dos rayas y un punto, ¡y hala!, ya tenías donde echar las veinticinco pesetas.

Jackson estalló en carcajadas. Bárbara le conocía lo suficiente como para saber que se estaba burlando de ella.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Cómo se nota que ya no te drogas, hija mía. Pero ¿tú te crees que cuando Tony se mete un latigazo de los suyos es para tener una experiencia lo más parecida a la realidad? ¡Si se droga es, precisamente, para evadirse de ella! Anda, dame el cenicero. —Alargó la mano.

Bárbara le pasó el pedrusco. No estaba del todo de acuerdo con Jackson,

pero hacía años que no se drogaba, a lo mejor era verdad que se le había olvidado lo que era. Había tenido sus cuelgues durante la adolescencia, como los demás, pero nunca se quedó ahí, al contrario que Tony. Ahora el único vicio que tenía eran los videojuegos y poco más.

—¿Tú no nos habías convencido a todos de pasar la noche de las tres noches en la Estación de los Muertos, para ver si era verdad que pasaba el tren de las almas? —preguntó Jackson, sacándola de sus pensamientos.

—¿Crees que...? —vaciló Bárbara.

—Creo que deberíamos averiguar si este es el tren que estábamos esperando, porque, sinceramente, yo nunca me había llegado a imaginar siquiera cómo podría ser, pero diría que este trasto tiene toda la pinta. Jamás había visto un tren tan antiguo, por lo menos no uno de verdad.

—¡A eso me refiero! Es todo tan surrealista... Pero si este es el tren de las almas, se supone que es un tren fantasma. ¿Te puedes montar en un tren así y no estar muerto? —Las palabras resonaron como un eco en la recámara de su mente.

—Voy a avisar a los otros —dijo Jackson, y desapareció tras la puerta.

Bárbara estuvo a punto de decirle que tal vez no era una buena idea. Si salían todos en manada, el revisor acabaría llamándoles la atención, pero, por otro lado, tampoco creía que sus amigos se fueran a quedar en la habitación durmiendo tan tranquilos con lo que estaba pasando.

Sacó de la mochila el kit de investigación paranormal. No haría falta coger la linterna. Los pasillos estaban alumbrados con una tenue luz pajiza; ofrecían un aspecto lúgubre, pero bastaría así. Cogió un par de artilugios ligeros, y esperó. Al cabo de unos minutos tocaron a la puerta. A lo mejor esta vez *sí* era él. Abrió con la esperanza de encontrarse con el rostro de Juan.

Jackson.

Otra vez.

—¿Y los demás? —preguntó Bárbara.

—No te lo vas a creer.

—Algo me dice que esta noche me voy a creer lo que me cuentes.

—Marian y Juan están durmiendo como un tronco. Y Tony está entrando en estado comatoso.



—Estás de broma. Pero ¿cómo se han podido quedar durmiendo tan tranquilos? ¿Qué tienen? ¿Horchata en las venas? —Se irritó. En realidad, lo único que le dolía era que Juan hubiera faltado a su promesa—. No puedo con Juan —resopló.

—Cualquiera diría que te gusta —dijo Jackson con tono sibilino.

Bárbara le lanzó una mirada iracunda, y Jackson supo que había metido las zarpas en un cenagal. Tal vez no era el mejor momento para hablar de amor.

—Estamos tú y yo, ¿no? No necesitamos a nadie más para descubrir si este es o no el tren de las almas. Vamos, sígueme.

Bárbara le siguió por el lóbrego pasillo, iluminado por las llamas de unos quinqués con la potencia de la mecha al mínimo. Olía a tapices polvorientos, a historia y a romance, si es que esas cosas se podían oler, y aquella noche, además, también olía a decepción: el mismo perfume que gustaba Juan. Delante de ella, Jackson se iba deslizado con ágil sigilo. Sus ojos se acostumbraron rápidamente al juego de luces y sombras, y sus oídos acotaron el espacio del silencio afinando el volumen de un ruido apenas perceptible, pero certero. No tardaron en oír los engranajes de las ruedas sobre los raíles: sonaban a llantos y lamentos de niños.

—¿Oyes eso? —preguntó Jackson acercando su oreja al flanco de las ventanas.

—¿Son los raíles...? Suenan como a...

—¡Shhhst! —Jackson se puso el dedo en la boca en señal de silencio y trató de aguzar todavía más el oído—. Son como niños llorando.

—Son los raíles —trató de convencerse Bárbara.

—Parecen los chirridos del infierno. ¡Mierda! ¡Qué mal rollo me está entrando!

—Te voy a decir una cosa, tío: no me lo estás poniendo fácil.

Los alaridos fueron ganando intensidad, acorralando los sentidos, retando los músculos tensos, dejando las pupilas dilatadas y el corazón listo para escaparse de la jaula. Jackson y Bárbara retrocedieron. El miedo les estaba ganando terreno. No lo acordaron, ni hablaron, ni se hicieron un gesto que anunciara la retirada, pero salieron corriendo.

Se encerraron en el vagón de Bárbara con la respiración entrecortada.

—¿Qué es lo que acaba de pasarnos?

—No lo sé —contestó Bárbara—. Creo que nos hemos cagado de miedo. —Se mordió las uñas con ahínco. No se las mordía desde los exámenes de la universidad.

—Vale, vale...

—Qué chungo, tío.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana? —propuso Jackson.

—¿Sabes qué? En realidad, ya no quiero saber si estamos en el tren de las almas o en la campana que me parió. No me gusta esto. ¡Me quiero ir de aquí!

—Tranquilízate. Vamos a esperar a que amanezca. Mañana nos bajamos en la primera parada, que será donde Jesucristo perdió el poncho, porque vamos... —Se asomó a la ventana tratando de escudriñar el paisaje entre las formas negras que se perfilaban en la oscuridad.

—No quiero que pienses que yo tengo... —Ante todo, chulería, aunque todo fuera fachada.

—¿Miedo? —Jackson acabó la frase volviéndose hacia ella—. Pues ahora que lo dices... ¡Sí! Creo que te estás meando por la pata abajo.

—¡Jackson! ¡Tú también has salido corriendo! ¡Te he visto!

—Co-co-co-co. Co-co-co-co —Jackson empezó a mover los brazos y a caminar como si fuera una gallina.

—¡Tú también estabas cagado, Jackson!

—Puede ser... Pero estoy dispuesto a volver a echar otro vistazo.

Bárbara trató de descifrar cuántos kilos de verdad había en aquel saco que acababa de lanzarle a los pies. Se estaba marcando un farol. Jackson era experto en eso: en Michael Jackson y en marcarse faroles.

—A mí no me vas a liar con tus paparruchas de psicología inversa.

—Qué malo es conocerse... —dijo Jackson.

Vaya si le conocía. Cuando era pequeño, Jackson sólo tenía miedo a dos cosas: a la oscuridad y a las alturas. Tenía siete años, tal vez menos, y entonces Jackson hizo aquellas cosas horribles que ningún niño de su edad habría hecho. Un día, se subió al balcón de su casa, y se lanzó al vacío. Por algún motivo, pensó que aquella era la mejor forma de superar el vértigo. Se rompió un dedo, pero podría haberse partido el alma. Otro día, se encerró toda la noche en un sótano oscuro, dejándose consumir por la negrura. Bárbara no sabía si podría haberlo hecho. Ella era experta en poner los pies en

polvorosa frente al miedo, como esos que corrían delante del toro en los Sanfermines. «¿A que no me pillas?». Era una auténtica corredora de fondo. Pero Jackson corría tras él, y no descansaba hasta agarrarlo por el rabo, subirse al lomo y dominarlo por los cuernos.

Jackson era uno de esos ejemplares que la vida paría de Pascuas a Ramos, y ella tenía la inmensa suerte de ser su mejor amiga. Lo que no sabía era qué pretendía Jackson proponiéndole volver a salir al pasillo. Jamás podría saberlo, porque él era el hombre de la sala de los espejos. ¿Cuál de todos era el verdadero Jackson? Nadie podía dar con él, porque Jackson era como el sol, nadie le podía atrapar. Era libre por todos los costados. Había conseguido ir rompiendo todos los eslabones de esas cadenas que normalmente acaban esclavizando a los hombres. Ni siquiera el miedo había podido con un niño de siete años, y Bárbara le envidiaba porque ella vivía con el miedo cosido a las entrañas. Todos pensaban que era valiente, y probablemente se había ganado a pulso las papeletas para parecerlo, dando respaldos aquí y allá, remendando el roto que abría en su pecho ese miedo inefable y desconocido, al que jamás podía poner nombre. Le agrietaba el bajo vientre abriéndose en un agujero de oscuridad insondable tragando atisbos de luz. A veces Bárbara se inmolaba, se abrazaba al horror, ofrendaba la flor de su angustia dejándose violar por aquella sombra extraña.

—*Thriller, thriller night...*

Jackson empezó a canturrear la canción de Michael Jackson imitando el paso de los muertos vivientes que salían en el vídeo. Por algo le llamaban Jackson. Se estaba burlando de Bárbara... otra vez.

—¡Para! —se quejó, con la boca pequeña y a punto de la carcajada. En el fondo le gustaba verle hacer el tonto.

Acabaron revolcándose de risa en la cama. Era lo que Jackson quería: hacerla sonreír, darle esquinazo al miedo, cantarle la nana del «No pasa nada y todo irá bien».

Bárbara se quedó durmiendo, arrullada por el murmullo de los cuentos de Jackson. Le estaba contando algo sobre Puerto Rico, y sobre una playa cuyas aguas brillaban con una luz interior fluorescente, y lo bonito que fue pasar la noche en aquellas orillas calmas alumbradas por algún tipo de alga marina, de

la que, seguramente, Bárbara tenía noticia, porque ella conocía todos los bichos de los océanos.

—Algún día, Bárbara, tienes que ir a esa playa —le dijo.

Pero Bárbara ya no le escuchaba.

Estaba dormida.

## EL DORADO AMANECER

Tony ya se había levantado cuando Juan se despertó. Se estaba afeitando a golpe de navaja frente a una jofaina de cerámica y un espejo en el que apenas podía verse media cara. El olor del jabón de afeitar rezumaba escaramujos y rosas silvestres. Estaba canturreando una canción que decía algo así como: «Haces que se me pasen las horas, y salga el sol, siempre antes de tiempo». Nunca la había oído, ni sabría decir qué vino después del *Get a grip* de Aerosmith. Cuando era más joven, vivía pegado al radiocasete, se grababa decenas de cintas con sus canciones favoritas, compraba discos en Merlín, y no se perdía un concierto de Héroes del Silencio o de cualquier otra banda de las que traían al Festival de Rock de Espuelas los de la concejalía de fiestas del ayuntamiento. No era ningún fanático ni tenía un ídolo al que agarrarse, como le pasaba a Jackson con Michael, pero le gustaba la música, ¡vaya si le gustaba! Y un buen día, se olvidó de encender la radio, y jamás volvió a ponerla en marcha. Qué cosas más raras le pasan a uno cuando se hace mayor.

«Creces siempre en lugares secretos, buscando el sol...». Juan vio reflejada en el espejo la mirada exultante de Tony. Parecía otro. Tenía el rostro lleno de luz. Le habían desaparecido las llagas que las drogas habían dibujado en su piel, confiriéndole el aspecto de Kurt Cobain en su peor día. En lugar de eso, sus pómulos refulgían con alardes de tersura.

Se desperezó como si fuera domingo y la tía Elvira le tuviera preparada una taza de chocolate en la cocina, como cuando era pequeño, y después le daba algunas monedas con las que iba al quiosco de Baldomero a comprarse un cómic. Hacía meses que no había dormido tan bien, y sin pastillas, ni sentir que el estómago le jugaba una mala pasada. Había pasado unas fiebres mortales, y volvía a nacer con más temple que antes. Alguien había abierto los ventanucos de su casa dejando entrar el aire fresco. Los rayos del sol

inundaban su esperanza.

—¡Buenos días! —El saludo de Tony resonaba pletórico entre las paredes del vagón.

—¿Qué cantarín te has levantado, ¿no?

—Lo que se me ha levantado ha sido la polla —le respondió, mirándole desde el espejo.

—¿Cómo?

—¡Que esta mañana me he despertado empalmado!

—Pues ya ves tú qué cosa... —replicó Juan en voz baja.

—¡Tú no lo entiendes, Juan! Hacía años que no me pasaba.

No, Juan no lo entendía, y menos desde que había vuelto a Espuelas y sólo pensaba en Bárbara. Vivía consumido por la idea de arrancarle la ropa y hacerla suya.

—Yo de lo que tengo ganas es de cortarme la picha —dijo Juan.

Tony miró por las ventanillas pegando su nariz contra el cristal.

Juan echó un vistazo. Estaban atravesando un campo de girasoles.

—¿Dónde crees que estamos? —preguntó Tony.

—Ni idea.

Juan se enjuagó la cara con afán. Fue justo entonces, al azote del agua contra las mejillas, cuando se acordó de que había quedado con ella. ¿Cómo había podido quedarse dormido?

—¡Mierda!

—¿Qué?

—Nada. Oye, Tony —dijo, saliendo por la puerta—, te veo en el vagón comedor.

Juan se fue derecho al vagón de Bárbara, dispuesto a entrar sin llamar, pero justo al ir a abrir la puerta, Jackson tiró de ella para salir.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Juan.

—Estaba con Bárbara. Precisamente íbamos a buscaros para ir a desayunar...

—No me refiero a eso, ¡cojones! ¿Que qué haces aquí? —insistió Juan, entre dientes.

—Oye, macho —le susurró al oído para que Bárbara no le oyera—. Cualquiera diría que estás celoso... —Jackson le dio unas palmaditas en el hombro y cruzó el pasillo en dirección al vagón comedor.

Bárbara le siguió sin detenerse a mirar a Juan más de lo necesario. Aquella noche la había dejado plantada y eso tenía un precio. Juan captó el mensaje en el donaire de rencor que sus cabellos imprimieron al pasar delante de él. Decían: «Hemos terminado». Y ni si quiera habían empezado.

«Mierda». Otra vez.

Cuando entraron en el comedor ya estaban todos allí. Juan se quedó mirando la escena que se abría ante sus ojos con asombro: Marian tenía delante de sí una bandeja de plata rebosante de donuts de todas clases, sabores y colores, bollos de aspecto delicioso y dulces engalanados; Tony se estaba comiendo unos huevos revueltos con beicon como si no hubiera un mañana, con tanto apetito por la vida como desprecio por la muerte. Los ojos mortecinos que las drogas le habían estado pintando durante los últimos años se habían transformado en una mirada radiante y atractiva. Juan, Jackson y Bárbara se sentaron frente a ellos.

Jackson llamó al camarero, un joven apuesto de pelo recortado y chaleco carmesí.

—Póngame lo mismo que a él —dijo, señalando el plato de Tony.

—¿Huevos revueltos con beicon, zumo de naranja natural y café americano?

—Sí, por favor —confirmó Jackson.

El asombro inicial con el que Juan había observado todo aquello se fue esfumando ante la idea de pedir frijoles con tomate, los *baked beans* que solía pedirse muchas mañanas en la cantina del campus. Algo en su interior le decía que podía pedirlos, que estaba bien si lo hacía. Es más, *debía* hacerlo.

—A mí tráigame unos *baked beans* y una Coca Cola con vainilla.

Se le hizo la boca agua sólo de pensarlo. A nadie pareció llamarle la atención lo exótico del pedido, a pesar de que en España nadie sabía lo que era una Coca Cola con vainilla, ni servían frijoles con tomate para desayunar, y menos si los pedías en inglés, a no ser que estuvieras en Benidorm.

Juan y Jackson se quedaron mirando a Bárbara con gesto de interrogación.

Estaba sentada en medio de los dos.

—¿Tú qué quieres, Bárbara? —le preguntó Jackson.

—Ella quiere una tostada con tomate y aceite de oliva, un zumo de naranja y un té verde —se adelantó Juan.

Bárbara no alcanzó a percatarse del descaro con que Juan había interferido en sus deseos, porque había pedido exactamente lo que ella quería, aun antes de que le diera tiempo a pensarlo. La bióloga asintió con docilidad. El camarero anotó mentalmente las comandas, y se despidió con gesto servicial, para volver al cabo de un rato con las comandas. Juan devoró su plato con ansia. Se lo habían servido en la misma vajilla del campus universitario. ¿Cómo era posible? Aquella pregunta se detuvo en su mente durante un segundo, no más. Lo siguiente que le vino a la cabeza fue: ¿a quien le importa?



## TONY Y LAS TRES GRACIAS

Tony terminó su desayuno, se excusó, y se fue al bar. Se encendió un Marlboro, y respiró con el humo en un suspiro de satisfacción. El *barman* le sirvió una cerveza bien fría sin demorarse ni preguntar. Tony la recibió levantándola en el aire, brindando a la salud de tanta amabilidad. El *barman* asintió con la cabeza, y le dio lustre a la barra. En la esquina, tres mujeres se entretenían en una conversación llena de susurros y miradas de complicidad. El *barman* se acercó a servirles unos Martinis.

—De parte del caballero de la barra —les dijo el *barman* señalando a Tony. Lo oyó claramente, aunque no le había pedido que las invitara a nada, o tal vez sí...

Las tres Gracias le miraron con ojos de deseo. Tony quedó atrapado por el brillo palpitante de aquellos ojos líquidos que le devoraban por dentro. No sabría decir cuál de ellas era más hermosa, si la rubia, la morena o la pelirroja, pero más allá de la belleza de sus rasgos, irradiaban un aroma de lujuria que las hacía irresistibles. Tony cogió la cerveza de la barra, y se dirigió a la mesa de las Moiras dispuesto a dejarse hilar el destino. Nada más sentarse a su lado, se sintió embriagado por el olor del deseo que despedían sus cuerpos tan imposibles como apetecibles, rajándose de ganas. Todo sucedió muy rápido, como en un sueño, y antes de que el alcohol se esfumara de sus copas, ya estaban desnudándose en un vagón de lienzos blancos. La morena le ofreció los pechos tímidos. Él jugó con sus pezones de caramelo. Ya hacía un rato que había decidido que era la primera a la que se iba a tirar. Mientras tanto, la pelirroja, que no había dejado de hurgarle en los pantalones, le desabrochó la cremallera. Tenía una lengua de torbellino. La rubia le ofreció sus labios. Se besaron locamente.

El día acababa de empezar.

## LA TABLA PARLANTE

**B**árbara salió en busca de sus amigos, dispuesta a bajarse del tren en la próxima estación. Marian estaba ensimismada con la panorámica púrpura que se divisaba a través del vidrio. El campo de girasoles había dado paso a un manto de tulipanes violetas. Los altavoces de los equipos radiofónicos de los años veinte empezaron a susurrar canciones de otros tiempos.

Juan deambulaba por el vagón comedor examinando cada rincón. De vez en cuando acechaba discretamente a Jackson, quien se encontraba sentado frente a las chicas. Acababa de abrir un cuadernillo de pasatiempos, y estaba completando un crucigrama, como si estuviese estrenando una ansiada jubilación, y no tuviera nada más que hacer en la vida salvo viajar y pasar el rato.

—¿Habéis visto a Tony? No le encuentro por ninguna parte —dijo Bárbara.

—Estará en el bar —sugirió Marian.

Juan se quedó pensándolo: ¿en qué otro sitio aparte de un bar o una exposición ferroviaria podías encontrar a Tony? En un burdel.

—Ya le he buscado allí. No está. Tenemos que encontrarle si queremos bajarnos en la próxima parada. Jackson y yo iremos por este lado. Juan, tú ve por el otro extremo. Marian, tú quédate aquí, por si vuelve.

La bióloga se crecía organizando planes y dando órdenes. Chula hasta la sepultura, «¿a que no me pillas?». Si ellos supieran la incertidumbre que tenía por dentro...

Bárbara estaba convencida de que si conseguía controlar la situación, y se bajaba en la próxima parada, lograría salir de aquel maldito bucle. Entonces la asaltó un pensamiento terrible, una lógica de consternación que corrió por las galerías de su cerebro sin piedad: si todo aquello era producto de su cerebro, ¿cómo iba a bajarse del tren? «¿Te vas a bajar de tu propia mente?»,

se preguntó a sí misma. Sacudió la cabeza: «No-no-no-no. No empieces a emparrarte, que es peor. La regla número uno para que no te dé un amarillo cuando vas drogado es NO PENSAR». Ya lo decía Tony.

Jackson dobló el cuadernillo de autodefinidos, y se lo guardó en el bolsillo de atrás. Se perdieron por el flanco izquierdo del tren. Juan se fue por el derecho.

Marian permaneció en el vagón comedor, a solas con el precioso paisaje de las ventanas, el traqueteo arrullador del ferrocarril, y el viejo tablero *ouija*. Sus amigos conocían sus escauceos con el Más Allá. No cabía duda de que tenía cierta sensibilidad extrasensorial que únicamente Juan achacaba a una mera expresión psicológica de su necesidad de vivir aquellas experiencias místicas, aunque ella no fuera consciente de eso. Uno veía lo que necesitaba ver, eso era lo que a él le habían enseñado en la universidad y lo creía a pies juntillas. Marian no sabía lo que creer, ¿cómo fiarse de sí misma? Los seres que a veces había visto, ¿estaban ahí realmente? ¿Daban recados fiables? La mitad de las veces, no. Tal vez todo fuera una ruleta, y ella sólo estuviera apostando cada vez a un color. Al final iba a tener razón Vicente, y todo podía reducirse a simples cuestiones de azar, estadística y psicología, y de eso él sabía bastante, porque era psicólogo de carrera militar, y fueron precisamente sus sobresalientes habilidades *mentales* las que le habían cubierto de gloria en el ejército. «Ay, Vicente, Vicente», pensó justo en aquellos instantes, «¿en qué estarías pensando para morirme así, sin despedirme? Qué hijo de puta...».

Vicente se había muerto antes de que le creciera una barba como Dios manda. Si hubiera vivido lo bastante, le habrían salido las muelas del juicio, y habrían tenido tres hijos; bueno, dos, porque el tercero no habría sido legítimo, sino de alguno de esos tipos con los que Marian solía acostarse. No podía saciarse solamente con uno, necesitaba tener siempre a varios rondando, y aun así, jamás pudo deshacerse de aquella horrible sensación de soledad con la que se despertaba cada día, pero desde que Vicente había muerto, ya no había podido meterse en la cama con nadie más.

Marian no tardó en darse cuenta de que aquel trabajito por el que le pagaban tan bien no era el que él trataba de aparentar. Hacía cosas raras, y no como las

que ella solía hacer para que él no descubriera el aroma de otro hombre en su piel. Hacía cosas *raras* de verdad. Vicente nunca se lo dijo, pero estaba claro que lo habían fichado en los servicios de Inteligencia estadounidenses, y siempre había gente a la que le gustaba pescar en aguas revueltas. Su marido acabó como el rosario de la aurora, y ya se sabía, los valientes vivían hasta que los cobardes querían. Cuando los yihadistas descubrieron que se había infiltrado, no tuvieron compasión. En internet todavía podía verse el video que grabaron mientras le evisceraban vivo. Marian no podía quitarse de la cabeza los ojos de Vicente recibiendo el machetazo que lo fue destripando, ni la caída de intestinos al suelo polvoriento.

En todas aquellas podredumbres de la memoria se encontraba Marian pensando cuando el puntero de la *ouija* empezó a arrastrarse solo por el tablero. Llevaba un rastro lento pero decidido, y, poco a poco, fue visitando todas y cada una de las letras que tenía por propósito enunciar: «Hola Marian, soy Vicente».

—¡Ay, no espantes! —gritó ella.

Miró a su alrededor, buscando testigos que pudieran confirmarle que el mensaje que acaba de recibir decía justo aquello que ella había leído. No había nadie más en el comedor.

Volvió a mirar el puntero con atención. El corazón le bailaba a mil revoluciones.

—¿Vicente? ¿Eres tú?

El puntero se desplazó nuevamente: «Estoy en la sala de máquinas, ven, quiero contarte una cosa».

Marian dudó.

—¿Cómo sé que eres tú?

Aguardó respuesta con los ojos puestos en el tablero, esperando a que el puntero visitara las letras, pero no sucedió nada. Debía ir inmediatamente a la sala de máquinas, pero, ¡un momento, un momento! Le había prometido a los otros que se quedaría en el comedor por si Tony regresaba. Además, Bárbara les había dicho que se bajarían en la siguiente parada, y eso podía ser en cualquier momento. Permaneció sentada en el asiento, con las ansias de una

niña que sabe que su regalo está escondido encima del armario pinchándole las nalgas. Supo que acudiría a la llamada. Vicente no era de los que gastaban saliva, ni letras en el tablero de la *ouija*, y si decía que tenía contarle algo, debía ser importante, porque él no era de los que se levantaban de la muerte para poner paños calientes.

Salió del comedor decidida a reunirse con él. En aquel momento no había nada más importante en el mundo que acudir al llamado de Vicente.

Echó a andar por uno de los extremos. Estaba tan aturdida, que no recordaba en qué dirección se encontraba la sala de máquinas, pero estaba dispuesta a encontrarla, aunque le fuera la vida en ello, y tal vez le fuera...

## SOLITARIO

Juan recorrió los pasillos en busca de su amigo Tony, pensando en todo momento en Bárbara. ¿Por qué tenía que acompañarla Jackson? ¡Siempre Jackson! Sabía que eran sólo amigos, pero aun así... Se moría de celos sólo de pensar en cómo la hacía reír; las miles de sonrisas de ventaja que le llevaba; todas las cosas que ella le había contado a él, y *sólo* a él. La suerte que tenía el puto Jackson de poder estar cerca de Bárbara, mirarla, rozarla de vez en cuando, oler sus cabellos... Sintió una opresión de dolor en el pecho. «¡Basta, basta!», rugió, apoyándose contra la pared del pasillo. «Si no es mía, no puede ser de ningún otro hombre», fue el pensamiento que martilleó su mente, porque, ¿y si algún día resulta que ella se dejaba seducir por cualquier imbécil? Podía pasar... Torres más altas habían caído. La idea de que otro pudiera morderle los labios, estremecerla, arrancarle un gemido, le hacía enloquecer. Cómo dolía eso. Tenía que hacérselo mirar. No era normal que el dolor corriera por sus venas de aquella manera tan densa. ¿Qué le estaba pasando? Seguramente, lo peor que le podía ocurrir a una persona: enamorarse de mala manera.

«Bárbara... ¿qué me has hecho?». Desde que había subido al tren, su anhelo por poseerla se había vuelto titánico. La imaginaba de todas las formas posibles, y haciéndole unas cosas que jamás se había imaginado hacer con otra mujer... Juan se atusó los cabellos con fuerza. Estaba empalmado... Su estado natural últimamente. Intentó calmarse, pensar en cosas relajantes, la naturaleza, ramajes al viento, ardillas... «Las ardillas también follan», fue todo lo que le vino a la mente. Se metió en el baño. Si no se aliviaba la calentura, le iba a dar un síncope. Se desabrochó el cinturón con urgencia contenida. Iba a tardar poco. Si seguía así, se iba a quedar en el esqueleto.

Dios, se le estaba yendo la vida por la polla. No tenía tiempo para fantasías elaboradas, así que eligió lo primero que le vino a la mente: se la imaginó desnuda frente a él, aunque le costaba hacerse una idea nítida de cómo era su cuerpo, pues nunca lo había visto. Se concentró en el solitario. Ella se estaba masturbando con la mano derecha mientras él le susurraba cosas al oído. De vez en cuando le pellizcaba los pezones, le ponía la mano en la nuca, le apartaba el cabello... Le daba pequeñas órdenes, la acariciaba... Qué caliente se ponía mirando cómo Bárbara se desataba en busca de su propio placer, activada por el resorte de su mirada, y se corría delante de él, después de gemir su nombre. Juan se dejó desbordar. Aquello conseguiría mantenerle calmado durante un buen rato. No por mucho tiempo, pero sí el suficiente, aunque no consiguió librarse de la desazón que le producía imaginársela con otro.

Tenía que reconocerlo, había algo malo en él; tenía en el corazón un frasco de ponzoña que se derramaba fácilmente si las cosas no deambulaban por los senderos que él quería. Se acordó de todas las veces que Bárbara había tratado de comunicarse con él mientras estuvo en New Haven, y cómo disfrutaba cada vez que ella le mandaba un mensaje. A veces le respondía diciendo: «Estoy en una tutoría. Luego te llamo». Pero «luego» nunca llegaba. Y lo peor de todo es que él sabía que no iba a llegar jamás cuando se lo decía. No tenía la más remota intención de llamarla. Sólo quería seguir castigándola, y sabía que la única forma de hacerlo era asegurándose de que ella estaría ahí, al otro lado, insistiendo, porque si dejaba de hacerlo ya no podría seguir haciéndola sufrir con su desprecio. Por eso, a pesar de herirla como lo hacía, le arrojaba alguna esperanza de vez en cuando, para que el burro no dejara de andar tras la zanahoria. Hasta que un día Bárbara se cansó de comer dulces amargos, y Juan volvió a su rutina de soledad.

Así fue como Juan se olvidó de Bárbara.

Así fue como Bárbara se olvidó de Juan.

Pero sólo aparentemente.

New Haven engulló a Juan; Espuelas se tragó a Bárbara; y un día la vida los vomitó en una esquina sucia y apestosa para que volvieran a verse las caras en toda su miseria y esplendor.

Qué perra era la vida.



## PRÓXIMA PARADA

Jackson observó a Bárbara avanzar por los pasillos como si algo anduviera mal.

—No aparece por ninguna parte... —dijo Bárbara escudriñando las portezuelas—. ¡Ay, qué pesadilla! Qué ganas tengo de largarme de aquí.

—Primero dices que quieres ver el tren de las almas, y ahora quieres bajarte. ¡No hay quien te entienda!

Bárbara se quedó mirando a Jackson. Parecía realmente molesto, y eso sí que era una novedad, porque él jamás se enfadaba con ella.

—En realidad os parecéis más de lo que creéis... —añadió él—. Juan y tú.

—No sé a qué viene eso ahora... —comentó Bárbara tranquilamente.

—A que los pájaros que sólo tienen un ala siempre vuelan juntos —dijo Jackson, como si sus palabras tuvieran un sentido inequívoco.

Bárbara quiso solicitar una explicación a la enigmática frase que acababa de pronunciar su amigo, pero su propósito se vio truncado por el brusco empujón que la desaceleración del tren le propinó. La chimenea de la locomotora aulló exhalando un alarido de humareda gris.

—Nos estamos parando —advirtió Bárbara—. ¡Tenemos que volver!

Se apresuraron de vuelta al comedor. Juan también había regresado ya.

—¿Y Tony? —preguntó Juan.

—Pensábamos que quizás tú lo habrías encontrado ya. Hemos vuelto en cuanto hemos visto que el tren se estaba parando —dijo Bárbara.

—¿Y Marian? No la he visto al pasar por el comedor —preguntó Juan.

—No me digas que también ha desaparecido —resopló Bárbara.

El tren se detuvo en un coqueto andén. El trío de amigos se dirigió al pasillo. Bárbara giró la palanca que accionaba la apertura de la compuerta, y

ésta se abrió. Los muchachos se asomaron. La parada estaba decorada con maceteros colgantes rebosantes de flores de colores. En el aire flotaban las pelusas aromáticas de algún arbusto exótico.

—Perdonadme, pero la última vez que vimos el mundo exterior, ¿no estábamos en invierno? —observó Bárbara, absorbiendo la brisa primaveral.

Bárbara se dejó besar el rostro por los rayos del sol.

—Venga, vámonos. —Juan hizo un gesto con la cabeza, señalando el andén—. Este jueguito de los trenes ya ha durado bastante —dijo, sin mirar a Bárbara, pero confiando en que ésta le siguiera.

Bárbara le miró con lástima. No había nadie en el mundo con más ganas de apearse, pero no podían marcharse sin los demás.

—Juan... No podemos irnos. —Se maldijo a sí misma por lo que acababa de decir. Ya se estaba arrepintiéndolo—. Tenemos que encontrarlos...

—Ya se bajarán en la próxima estación. Son mayorcitos —dijo él.

A Bárbara no le preocupaba tanto Tony como Marian, porque Tony se había perdido muchas veces antes. Al fin y al cabo, era el que siempre desaparecía en las fiestas. Podía tirarse dos días escondido quién sabe dónde y de pronto, aparecer en el momento y lugar más insospechados. Pero le preocupaba Marian. Se encontraba en un estado muy vulnerable desde la muerte de Vicente. No podía abandonarla. Y además, fue ella la que la convenció a la hora de embarcarse en aquella aventura. Estaría bueno que, después de liarla, la dejara colgada. En realidad, ya le debía muchas a la pobre Marian, siempre dejándose embaucar por ella.

—Bárbara tiene razón —dijo Jackson mirando a Juan con gesto inquisitivo.

Le molestaba profundamente que Juan, a quien Tony siempre había considerado su mejor amigo, y al que, lo sabía muy bien, quería como a un hermano, mostrara absoluta indiferencia ante el hecho de que hubiera desaparecido.

A ti Tony nunca te dejaría tirado.

Bárbara miró a Juan con desencanto. Creía que había alcanzado la cumbre de la decepción con él, pero no, todavía quedaban cosas con las que desilusionarse.

—Baja tú si quieres. Nosotros lo haremos en la siguiente estación —le dijo.

Juan la miró, y después miró a Jackson fugazmente, tratando de adivinar de qué lado mascaba la iguana. No pensaba dejarla allí sola con él.

12 DE ABRIL DE 2017

## CONFIDENCIAS A MEDIA LUZ

Aquella noche, Aranda entró en el huerto de los naranjos buscando el olor de azahar. Elvira estaba regando. Soltó la manguera al verle entrar, y se amansó un par de greñas rebeldes.

—¿Te quedarás a cenar?

Llevaba cenando todas las noches con ella desde que los muchachos desaparecieron, pero todavía seguía preguntándose.

Encendió una de aquellas velas que ahuyentaban a los mosquitos y le ayudó a poner la mesa. Aranda se echó unas gotas de Anís Tenis en la limonada, y respiró hondo. Tenía que decírselo, pero no sabía cómo. Tomó un par de tragos antes de empezar.

—Elvira, hay algo que tengo que decirte.

—Pues dímelo.

—Es sobre Marian...

—¿Qué pasa con Marian?

—Es mi hija...

—¡Roberto! Me dijiste que yo era la única mujer con la que habías engañado a tu esposa.

—Fue antes de casarme. Tú ni siquiera habías venido a Espuelas todavía.

—¿Lo sabe ella?

—No.

—¿Por qué me lo estás contando ahora?

—Porque pasan los meses, y no sabemos nada de esos chicos. Y necesito que entiendas que no puedo seguir así. Esta incertidumbre de no saber dónde está mi hija me está matando. No sé cómo lo haces, ni por qué no estás llorando por los rincones. No parece preocuparte lo que le haya podido pasar a tu sobrino Juan.

—Vienes a mi casa, y te sientas ahí, ¿para exigirme un par de lágrimas? ¿Me estás llamando mala madre? ¡Porque Juan será mi sobrino, pero lo he criado como si fuera mi propio hijo! ¿Y tú qué, padre pródigo?

—Sólo digo que...

—No es la primera vez que desaparece sin dejar rastro. Lo ha hecho otras veces.

—¡Me cago en Dios, Elvira! No quieres ver la realidad. Juan habrá desaparecido muchas veces, pero los otros no. Bueno, menos el Tony ese... ¡No es el estilo de Marian largarse así, y dejar a su abuela Refugio sola!

—La gente no desaparece por arte de magia... Tienen que estar en alguna parte. Si no han llamado, será porque no habrán podido hacerlo, por algún motivo...

Roberto tenía el semblante sombrío. Se echó más Anís Tenis en la limonada.

—¿Tú también crees que fueron ellos los que mataron a Víctor, y se marcharon para escapar de la cárcel? —preguntó Elvira.

—Fue una de las hipótesis que barajó la Guardia Civil en su día, pero también pudo ser un accidente... Ya sabes, iban de fiesta, estaban borrachos, tal vez incluso drogados, a veces las cosas se desmadran y acaban en tragedia... ¿Te suena de algo?

Elvira sabía a lo que se refería. Qué golpe más rastrero.

—Sé lo que estás pensando. Desde que pasó todo esto, nunca has dejado de señalarle. ¿Qué pasa? ¿Que todas las desgracias de este mundo tienen que ser culpa de mi Juan?

Aranda se bebió toda la limonada. Volvió a servirse anís, esta vez a palo seco.

—Los dos sabemos por qué os vinisteis a vivir a Espuelas.

—Jamás debería habértelo contado. ¡Me arrepiento de haberlo hecho!

—Mató a su hermana. ¿Qué niño hace eso?

—¡Juan no es ningún monstruo!

—Pedí el expediente del caso a un amigo de Oviedo. ¡Hasta sus padres le tenían miedo!

—¡Fue un accidente!

—Lo que tú digas, Elvira...

—Te crees que sabes mucho, Roberto, pero no tú no sabes la verdad...

Aranda supo que había destapado la caja de Pandora. Se estaba armando el arroz con mango. Hubo un silencio hiriente.

—Tienes razón, ¿y sabes qué? Estoy harto de no saber nada. —Aranda se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—Necesito algo más creíble que la verdad.

Elvira le vio atravesar el huerto de los naranjos.

—¡Él sólo quería estar con ella! —le gritó antes de que él desapareciera.

## EL INTERROGATORIO

Maite Richarte seguía viviendo con sus padres y sus hermanas en la casona de la esquina que había a la entrada del pueblo. Era una reputada periodista, y empezaba a despuntar como escritora en el panorama literario. Aranda se fijó en el Seat Ibiza azul que había aparcado en la puerta. Significaba que ella estaba en casa. Tocó el timbre.

—¿Quién?

Aranda reconoció la voz de la madre de Maite, Concha Benito.

—¿Está Maite?

—¿Quién es?

—Soy Roberto Aranda. ¿Está Maite?

—Sí, un momento. ¡Maite! ¡Mira a ver, que están aquí los municipales buscándote!

El portero automático hizo su trabajo. Aranda empujó la puerta, y esperó. Maite bajó las escaleras.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que mover el coche o algo?

—No, no, qué va. Es que... Bueno, ya sabes que mi compañera Marian lleva unos meses desaparecida, y me preguntaba si podía hablar contigo...

—Ya le dije todo lo que sabía a la Guardia Civil.

—Lo sé, lo sé... Pero querría hacerte unas preguntas...

Maite Richarte frunció el ceño. Nunca le había caído bien Aranda, el Robin, como todos le llamaban. Pequeñas rivalidades políticas pesaban todavía entre ellos, y en un pueblo pequeño como Espuelas, las diferencias ideológicas podían cobrar dimensiones épicas. Había dinastías de familias enteras enfrentadas por menos. Todo el mundo sabía que los Aranda y los Richarte era enemigos declarados.

—Que yo sepa, tú no estás autorizado para llevar a cabo ninguna



investigación —le desafió.

—Lo sé... Pero yo conocía a todos esos muchachos, igual que tú, y creo que si me cuentas lo que sabes... A lo mejor, no sé, para mí tus palabras pueden tener un significado especial, mientras que a la Guardia Civil se le ha podido pasar por alto algo importante. Además, sé que has estado siguiendo el caso de cerca. Los periodistas tenéis a veces un olfato especial...

—Entra.

Maite le invitó a pasar al almacén que había debajo de su casa, un lugar donde todavía se encontraban los antiguos aperos agrícolas de su padre, ya jubilado. Olía a mosto. Había unas viejas bicicletas BH colgadas en las vigas del techo. Al fondo había un tractor Barreiros de ruedas ciclópeas.

—¿Todavía funciona? —preguntó Aranda.

—Desde luego.

—Ya no hacen máquinas como las de antes. ¡Anda! Yo tenía una de estas — exclamó Aranda sorprendido, señalando una motocicleta ISO—. ¿Arranca?

—Habría que ponerla a punto, pero sí.

Se sentaron a una antigua mesa giratoria de las que solían usarse para limpiar uva. Había un viejo peso de balanzas sobre ella.

—Bueno... —comenzó Aranda—. A veces en los pueblos nos creemos que nos conocemos de toda la vida sólo porque nos llevamos cruzando por la calle desde que tenemos uso de razón, pero no es verdad. Conozco bien a Marian, pero de los otros no sé mucho... Y creo que tú sí.

—Todo lo bien que se puede conocer a las personas, supongo.

—¿Solías salir con ellos?

—Antes más. Últimamente ya no.

—¿Por algún motivo? —quiso saber Aranda.

—Me muevo con otra gente por otros sitios. Además, nos habíamos ido distanciando todos bastante.

—¿Y eso?

—No sé... Cada uno tiró para un sitio...

—¿Con quién de todos ellos te relacionabas más?

—Con Bárbara.

—¿Sois muy amigas?

—Llegamos a serlo en algún momento de nuestras vidas, sí...

—¿Conoces a alguien que se la tuviera guardada?

—¿A qué te refieres?

—¿Algún novio resentido? —preguntó Aranda.

—Ehhh... —vaciló.

—¿Estaba saliendo con alguien?

—No.

—¿Algún exnovio?

—Tampoco.

—¿Me quieres decir que una mujer tan guapa como ella no ha tenido un novio en treinta años? —Aranda parecía molesto. Odiaba que le tomasen el pelo.

—Así es —respondió Maite entornando los párpados—. Bárbara es lesbiana.

—¿Cómo lo sabes? —Aranda parecía sorprendido.

—Dejando a un lado el hecho de que una noche nos acostamos, creo que todo el mundo en Espuelas sabe que Bárbara y yo somos de la acera de enfrente. Incluso celebramos una fiesta del orgullo gay en su casa hace unos años. Pero ¿en qué mundo vives? Pues vaya un detective que estás hecho...

Aranda se sonrojó.

—¿Fuisteis novias?

—¡No! —contestó enfadada.

—Está bien, está bien... Es que yo creía que...

Aranda intentó reordenar sus pensamientos. Por todas las conversaciones que había tenido con Elvira, habría jurado entender que a Juan le gustaba Bárbara.

—¿Juan sabe, sabe...?

Le daba cierto pudor hablar de aquellas cosas. Él había nacido en una época en la que no existía el bikini, y los homosexuales se suicidaban ahorcándose de una viga, como hizo su primo Carlos a los diecisiete años, con el mismo cinturón con el que el tío Pascual le había dado una paliza después de que lo pillase vestido de mujer. Sabía que las cosas habían cambiado mucho en los últimos años. Ahora los homosexuales podían casarse y todo, pero Aranda todavía tenía miedo de hablar de ciertos temas según con quien, no fuera a ser que hubiera algún tío Pascual escuchando por ahí.

¿Sabía Juan que Bárbara es...?

—¿Lesbiana? —se apresuró a rematar Maite—. ¡Claro! Todo el mundo lo sabe, ya te lo he dicho.

—¿Juan y ella no se gustaban, entonces?

—Qué tontería. Siempre estaban discutiendo.

—¿Por qué?

—Juan era un perro rabioso, y Bárbara, un hueso fácil de morder —dijo Maite, levantando los hombros.

Aranda sabía bien hasta dónde podían llegar los aullidos de ese perro.

—Pero eso era antes... Ahora no sé... Él se fue a Estados Unidos, y todo eso. Tony y Juan eran muy amigos, pero tampoco se veían casi. Sé que Bárbara y Jackson seguían viéndose. Tengo entendido que también estuvieron pendientes de Marian desde que pasó lo que pasó con Vicente. Supongo que no se fiaban. Tenía facilidad para perderse por ciertos ambientes...

Aranda dio un respingo.

—¿Qué ambientes?

—¿He mencionado ya que me pareces un detective de mierda?

—Ya tendrás mi edad algún día, listilla. A ver si cuando entres en la era sexagenaria te sabes al dedillo la vida de los más jóvenes del pueblo.

—La última vez que yo hablé con ella de estas cosas venía de una fiesta privada donde los invitados pagaban cinco mil euros por asistir, y cada botella de champagne costaba otros mil.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has visto la película *Eyes Wide Shut*? Una orgía de alto *standing*. Eso fue antes de casarse con Vicente, pero el perro siempre vuelve a su vómito.

Se dio cuenta de que era la segunda vez que utilizaba la palabra perro en la conversación. Qué falta de ingenio metafórico. Era la clase de cosas a las que una escritora de rango como ella solía prestar atención, pero ya era tarde para arreglarlo. Lo dicho, dicho estaba.

A Marian le iba el mundo *underground* —añadió.

Aranda se frotó los ojos. La idea de imaginarse a su hija Marian, una policía de tomo y lomo como pocas, en bacanales sexuales... Pero Maite Richarte tenía razón: no se enteraba de nada. Su propia hija y compañera de

trabajo, Marian, era una auténtica desconocida para él. Ahora se daba cuenta. Sí, era un poli de mierda, un padre de mierda, un amante de mierda, y un marido de mierda. No había hecho nada bien en la vida, excepto engendrar a aquella muchacha, la única cosa de la que se sentía orgulloso.

Pero todavía tenía tiempo de arreglar las cosas, conocerla mejor, decirle la verdad, preguntarle todas las cosas que nunca le había preguntado, aunque ahora mismo, si la tuviera delante, lo primero que le preguntaría es qué puñetas estaban haciendo la noche de las tres noches en la Estación de los Muertos.

—¿Sabes por qué estaban los muchachos en la estación la noche que Víctor murió? —preguntó Aranda.

—Bárbara tenía ganas de reunir al rebaño.

—¿Y no te parece raro que Víctor acabase entre las vías?

—Yo es que no sabía que por allí seguían pasando trenes... —dudó unos instantes.

—Sí, pasaba un tren correo de uvas a peras, pero no lo sabía prácticamente nadie. Supongo que las autoridades ferroviarias querían evitar otro «año del prodigio». Pero a lo que íbamos. Sabemos que estuvieron bebiendo y drogándose. Estaba todo allí, la bebida, la comida, las drogas, los coches abiertos, los bolsos, las tarjetas de crédito... Como si se hubieran tenido que ir apresuradamente.

—Aranda, hay una cosa que no le dije a la Guardia Civil.

—¿Qué cosa? —Aranda avezó la mirada.

—El auténtico motivo por el que Bárbara propuso ir allí era porque quería saber si era verdad lo del tren de las almas.

A Aranda se le encendió la bombilla. Los papeles y recortes de periódicos que había encontrado en el cuarto de Juan, el día que Elvira le dejó echar un vistazo a sus cosas, hacían referencia a algo sobre trenes fantasma.

—A Bárbara le gustaban los temas paranormales. Solía embarcarnos a todos en sus aventuras sobrenaturales. Fuimos de excursión algunas veces con ella a los lugares más insólitos: el cortijo Jurado, el antiguo sanatorio de tuberculosos de Alfaguara... Sitios así.

—¿Estaba metida en alguna secta? ¿Rituales satánicos?

—¡Eh! ¡No! Por Dios, ¿ves por qué no le conté nada de esto a la Guardia

Civil? ¿Cómo te lo explicaría? Era como una especie de *cazafantasmas* aficionada, una investigadora paranormal, como esos que salen en el programa de Cuarto Milenio.

—¿Lo del Iker Jiménez? —Aranda frunció el ceño. Se dio cuenta de que estaban hablando en pasado de los muchachos, como si ya no existieran.

—¡Justo eso! —asintió Maite—. Le gustaba salir a grabar psicofonías y cosas así. De pequeños nos reuníamos en la Lomica a contar historias de miedo. A Marian también le iba el rollo, era medio sensitiva.

Aranda resopló. ¿Qué otros rollos de Marian desconocía? ¿Y Bárbara? ¿Quién iba a imaginarse que una bióloga marina, una mujer de ciencia, perdía el trasero por esas chorradas?

—¿Y tú cómo sabes que fueron por lo del tren de las almas?

—Me invitó a ir con ellos.

—¿Y por qué no fuiste?

—Juan me cae como el culo.

—¿Y eso?

Maite pensó en una respuesta creíble. Si seguía por ese camino acabaría metiéndose en camisa de once varas.

—Era un capullo integral. La verdad, tampoco entiendo qué hacía él en la estación. Supongo que fue por ver a Tony, y porque no tenía otro plan mejor.

—¿O por ver si pasaba el tren? —Aranda estaba pensando en esos recortes de periódico que había encontrado en la habitación de Juan.

—No creo. Él no creía en esas cosas.

—Entiendo —dijo Aranda, asintiendo—. Muchas gracias por hablar conmigo —empezó a despedirse.

—Aranda —le dijo Maite antes de que cruzara la puerta—. Te parecerá una tontería, pero si te he contado lo del tren fantasma, es porque he llegado a pensar que de verdad pasó algo muy raro aquella noche. ¿Tú crees que estoy loca?

—Yo también creo que pasó algo raro. —Aranda estaba pensando en otro tipo de rarezas—. Adiós, Richarte.

Sí, pensaba que estaba completamente loca. Pero no era la única. Sólo una panda de pirados podía salir en busca del tren de las almas la noche de las tres noches. Personas con estudios y en edad de criar jugando a Scooby Doo...

Qué mal estaba el mundo. Pobre Marian, menudos amigos le habían tocado.

## EL DESCUBRIMIENTO DE ARANDA

Encaminó sus pasos hacia la casa de Elvira. A mitad de trayecto vio pasar a la señora Refugio.

—¡Doña Refugio! —la llamó.

La anciana se detuvo.

—¿Qué tal está?

La abuela Refugio presentaba un aspecto demacrado y triste. La calavera de la muerte se había ido dibujando en su rostro con trazos cada vez más fuertes desde la desaparición de su nieta.

—¿Cómo voy a estar? ¿Sabes algo de mi Marian?

—No, lo siento. —Era la frase más desoladora que le había tocado decir jamás.

La viejecita empezó a sollozar desconsoladamente. Sacó un pañuelo del interior de la manga y trató de borrar las lágrimas. Aranda la dejó proseguir su camino.

Elvira estaba barriendo el portal con la escoba cuando llegó.

—¿Me invitas a un café? —pregunto él, a modo de disculpa.

—No sé si te lo mereces —contestó ella.

Pasaron dentro.

—¿Me dejas entrar en la habitación de Juan un momento? Necesito comprobar una cosa.

—¿Es que nunca te cansas de perseguir a mi sobrino? —Se puso furiosa.

—Perdóname, no es eso. Sólo necesito comprobar una cosa.

Elvira se rindió. Estaba cansada de pelear con Roberto. Subieron juntos al cuarto de Juan. El policía removi6 en busca de los recortes que había visto la primera vez.

—¡Aquí están! —exclamó.

Se sentó en el borde de la cama para leerlos.

—¿Qué es eso? —preguntó Elvira.

—El motivo por el que los chicos fueron a la estación: para ver el tren de las almas.

—A buenas horas, mangas verdes...

—¡Pero bueno!, ¿es que en este pueblo todo el mundo lo sabe todo menos yo?

—Pero, Aranda, no te pongas así, ¿qué mosca te ha picado?

—Que nadie me cuenta nada. ¿Tú sabías lo de Marian?

—¿Te refieres a lo del embarazo?

Aranda creyó que le iba a dar algo. Se levantó del borde de la cama con los papeles todavía en la mano, cruzó la habitación y situó su cara a dos centímetros escasos de la de Elvira.

—¿Embarazo? Ya puedes empezar a contarme todo lo que sabes —susurró entre dientes.

—Verás... Marian y Tony solían venir al huerto de los naranjos cuando eran más jóvenes para... Acostarse —pronunció la última palabra casi en un susurro, y bajando la mirada.

Aranda se quería tirar por la ventana.

—¿Con ese yonqui de mierda? Y encima ahora resulta que eres Madama Elvira, y el huerto de los naranjos, un lupanar. ¡Por Dios, Elvira! ¿Cómo podías consentirlo?

—Conozco a esos chiquillos desde que eran pequeños. Se han criado a mis faldas, tú lo sabes. Juan no era muy sociable, ya le conoces, y seguramente habría crecido sin amigos de no ser porque mi casa siempre estuvo abierta para esos niños. El huerto de los naranjos era como la trastienda de las fantasías para ellos... Aquí se hacían sus casitas en los árboles, jugaban al fútbol, se colgaban de las hamacas, encendían fogatas, se quedaban a pasar la noche con sus sacos de dormir... Juan nunca los invitaba, pero ellos sabían que podían venir, abrir la nevera, y comer lo que quisieran, quedar a ver una película... Y a mí me gustaba tenerlos aquí, porque alegraban la casa. Es más, hice todo lo posible para atraerlos, porque no quería que Juan estuviera solo. Cuando me lo traje a vivir a Espuelas apenas era una sombra andante. Yo sólo



quería que tuviera una vida normal, que tuviera amigos ... —Elvira bajó la mirada durante unos instantes—. Aun así, no ganábamos para psicólogos, pero habría sido mucho peor sin los muchachos.

Aranda recordaba perfectamente a aquellos niños perdidos andorreando por la casa. La mayor parte de las veces le daban ganas de echarlos a patadas, porque cuando se empeñaban podían ser un auténtico incordio, siempre revoloteando por ahí, y dificultando la ocasión de tener un encuentro furtivo con la que por entonces era su amante. No le estaba contando nada nuevo.

—Muy grave tiene que ser lo que me tienes que contar para estar dando tantos rodeos. Todavía no has contestado a mi pregunta.

Elvira prosiguió.

—Los muchachos crecieron. Bárbara y Juan se fueron a la universidad, Jackson se puso a trabajar con Paco el Zahonero, y el que más y el que menos fue haciendo su derrotero, pero Tony era el mejor amigo de mi sobrino, y el que más paraba por casa. Siguió viniendo... Con Marian. Yo pensaba que si estaban en el huerto de los naranjos, no estarían por ahí haciendo otras cosas peores con quién sabe qué. Además, estaban tan enamorados que daba envidia verlos. Pero no los puedes proteger de todo... Tony se fue desmoronando. Siempre fue el más sensible. Tardé bastante en averiguar en qué andaba metido. No supe cómo ayudarle, en mis tiempos los jóvenes no nos metíamos esas guarrerías en el cuerpo. Y luego está lo de Marian. Sé que es tu hija, y no sé si será buena policía, pero desde luego habría sido un mal ladrón, porque se dejaba las bragas en cualquier sitio, no sé si me entiendes. Al cura se le caía la Biblia tres veces al suelo cada vez que iba a confesarse, como luego dicen. Un día encontré un Predictor al vaciar la papelera del baño. Le había dado positivo. Nunca me dijo nada, ni yo pregunté. Supongo que a Tony sí se lo diría. Lo único que sé es que una noche me despertaron unos llantos. Me asomé a la ventana, y la vi allí. Estaba llorando en el huerto de los naranjos. Poco después de aquello ninguno de los dos volvió. Fue hace tantos años, que ya se me había olvidado.

Aranda había estado escuchándola atentamente. Permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó finalmente.

—No lo sé, nunca la llegué a ver encinta. Supongo que abortó.

Hubo otro silencio, esta vez mucho más sucio y espeso.

—Hay que ver lo guardado que lo tenías...

A Elvira le entraron ganas de decirle: «¿Y tú, que te has guardado una hija más de treinta años?», pero ya se habían calentado la boca bastante en lo que llevaban de jornada.

Roberto dio un largo suspiro.

—Seguimos estando como al principio...

—¿Qué quieres decir?

—El móvil... No encuentro un móvil que tenga sentido... Los muchachos, el reencuentro, el tren fantasmagórico ese... No me lo trago...

—Es que Juan no fue a la estación para ver el tren de las almas. ¡Él no creía en esas cosas!

—¡No creía en esas cosas pero bien que leía sobre ellas! —Levantó los papeles.

Elvira se fijó en los recortes de periódico que Aranda sostenía en las manos.

—¿Eso? Eso fue por ella, ¡él fue a la estación para estar con Bárbara! Me dijo que la quería la noche antes... Yo ya lo sabía...

Aranda estalló en carcajadas.

—Anda que para una de la que va a enamorarse, y resulta que es tortillera... ¿A que eso no lo sabías, doña sabihonda?

—Qué manía tiene la gente con ponerle etiquetas a las cosas. A ver si porque la chica tenga sus tendencias...

—¡Espera, espera! ¿Eso también lo sabías?

—¡Pero si lo sabe todo el pueblo, Roberto! Pero el amor va por sus propias calles, y él... Se enamoró de ella. Y si quieres que te diga la verdad... Yo creo que ella también bebía los vientos por él.

—¿Por qué dices eso?

—No fue hace mucho. Vino a casa. Yo me alegré de verla, siempre me ha caído bien esa chica. Nos sentamos en el jardín de los naranjos, y empezó a hablar de tonterías, hasta que sacó el tema que de verdad le interesaba: Juan.

Que si no le respondía las llamadas, y esas cosas. Ya sabes cómo es Juan cuando se pone borrico. Y la cuestión es que se puso a llorar.

—¿A llorar por qué?

—Por eso, porque Juan no le hablaba ni respondía a sus llamadas, y, por lo visto, actuaba de un modo muy distante con ella desde que se fue a las Américas. Y digo yo una cosa: cuando una mujer le llora un mar de lágrimas a un hombre es que bebe los vientos por él, ¿o no? Vamos, ¡aunque sea de la acera de enfrente, y todo lo que tú quieras!

—Pues anda que no sé quién de los dos es más tonto. Si él por enamorarse de una tortillera, o ella por enamorarse de un cabrón.

—¡Roberto! —Elvira estaba furiosa.

—¡Tu ceguera con ese chico no te deja ver la realidad!

—Si eso es lo que piensas, creo que es mejor que te vayas —le dijo ella, luchando por contener las lágrimas.

Roberto salió del cuarto sin mediar palabra. Habían hablado de más, y cuando uno habla de más, se le queda un regusto amargo en la garganta, como después de vomitar. Pasó por el quiosco del Parador a comprarse unas mentas con las que airearse la pesadumbre. Echó un vistazo a las primeras planas de los periódicos sin molestarse en coger ningún ejemplar. Los noticieros dejaron de hablar de lo que había sucedido en la Estación de los Muertos en cuanto encontraron otra piedra con más filón. Encaminó sus pasos hacia la Glorieta, y se sentó en un banco. Necesitaba pensar con claridad, pero no podía, porque sólo era capaz de pensar en él, en él, ¡en él! ¡El maldito Juan! Él tenía la culpa de todo, siempre la había tenido. Juan había sido el motivo por el que Elvira y él se habían separado la primera vez; pasaban los años, y el muy hijo de puta seguía estando de por medio. Aunque Elvira no sabía lo de aquella vez, cuando Juan, que entonces tenía dieciséis años, se acercó a él y le susurró al oído: «Como vuelvas a ver a mi tía Elvira te hundo». Supo que lo decía en serio. Lo vio en sus ojos teñidos de odio. No pudo hacer nada. Tenía unas fotos demasiado comprometidas, y le amenazó con mandárselas a su mujer, y hacerlas públicas si volvía a verla o se le ocurría contarle algo de aquello.

# EL TREN

## EL MENSAJE

Marian se dejó llevar por su maltrecha intuición. Vicente nunca fue el hombre de su vida, pero sí con el que eligió casarse, aunque sólo fuera para engañarle, y eso le daba cierto *status* sentimental. Además, era militar, como su padre, cosa que añadía autoridad al guiso de sentimientos que iba cocinándose en su interior conforme iba cruzando los vagones. Papá, al que jamás pudo agradar porque nunca fue ni lo suficientemente bonita, ni lo suficientemente lista, ni lo suficientemente nada para él. Y encima se murió antes de poder demostrarle algo. Militares... Qué manía con palmarla.

No le fue difícil encontrar la sala de máquinas. Algo le decía que sólo debía seguir el rastro del olor a carbón y carne quemada. El trasiego de vapores y silbidos fue en aumento. Hubo un momento en el que el escándalo se hizo insoportable, pero el estruendo quedó eclipsado por la visión de Vicente. ¡Realmente estaba allí! Iba vestido con el uniforme blanco de gala, y no estaba solo. Llevaba a una niña de la mano, una hermosa princesita vestida con uno de esos preciosos trajes de comunión. Le resultaba familiar. Por su parte, Vicente, ¿cómo decirlo? ¡Brillaba! Tenía un aspecto holográfico. Las lágrimas brotaron a discreción.

—Marian.

¡Podía hablar! ¡Había dicho su nombre!

—No tenemos mucho tiempo. Escúchame, porque lo que te voy a decir es muy importante —dijo. Parecía preocupado.

Marian seguía sorprendida por la forma en la que las palabras se metían directamente en su cabeza. Hablaba sin hablar, pero hablaba, de eso no había duda.

Seguía brillando, pero la imagen se distorsionaba cuando él torcía el gesto.

La esencia de Vicente, aquello de lo que realmente estaba hecho, le recorrió los órganos internos con su agradable brisa fresca, tonificando cada célula. El sentimiento de vergüenza no se hizo esperar. La estaba viendo por dentro, lo sabía *todo*, incluido el tema de los amantes. Se le bajaron las lágrimas a los pies.

—No te preocupes, Marian —adivinó él—. Nada de eso importa. No existe nada de lo que tú crees que existe.

—¿A qué te refieres?

—No existe el pecado. Nada es real, ni siquiera la muerte. Sólo existen dos cosas.

—¿Qué cosas? —Marian sintió curiosidad

—El miedo y el amor.

Marian se quedó pensando. ¿Se suponía que aquello tenía que significar algo?

—¿Has venido para decirme eso? —preguntó, finalmente.

—No, tengo que darte un mensaje importante. —A juzgar por su expresión, también debía de ser urgente.

—¿Cuál?

—Tienes que bajar de este tren, ¡antes de que sea demasiado tarde! —exclamó.

Marian empezó a dudar de sí misma. ¿Estaba hablando con Vicente o con su propia imaginación? Porque si aquel era Vicente, había tenido ocasiones más relevantes para presentarse, y, desde luego, mensajes más importantes que transmitirle. ¿Por qué se estaba haciendo eso a sí misma? Empezó a dar vueltas, y a mirar alrededor sacudiendo la cabeza. «Maldito Tony», se dijo, «es que siempre tiene que liarla, o te deja embarazada o pone un ácido en la cerveza. Qué imbécil de mierda». Justo en aquel instante se encendió algo en su mente. Se giró hacia la niña. Era la hija que nunca había tenido, y tenía los ojos de Tony. Se arrodilló ante ella, agarrándola de las mejillas y mirándola como si supiera que a partir de aquel instante la iba a echar de menos toda la vida. Las lágrimas volvieron a nacer.

—Tienes que bajar del tren antes de la quinta parada —dijo Vicente, interrumpiendo aquel cruce de miradas.

La niña alzó la vista hacia Vicente sin soltarse de su mano ni un solo

instante. Después volvió a mirar a Marian, y asintió, confirmando lo que él acababa de decirle.

—Si no lo haces, te quedarás aquí, encerrada para siempre. Tu alma arderá. —Señaló el horno donde ardían las brasas de carbón que alimentaban la máquina.

Marian se asomó a través del cristal, y lo que vio fue horrible. ¡Allí dentro había decenas, cientos de almas ardiendo, retorciéndose entre las llamas!

Se pegó unos golpes con la mano en la cabeza, intentando recordarse a sí misma algo importante: que aquello no podía ser real. ¿Por qué seguía castigándose?

—¿Sabes qué, Vicente? —Sintió deseos de pegarle una buena tunda—. ¡Te podías haber presentado antes! ¡Cuando me metí el revólver en la boca, por ejemplo! Todas las veces que te supliqué que me dieras una señal, te aparecieras en sueños, hicieras que se fundiera una bombilla, ¡yo qué sé!

—Nos tenemos que ir —dijo él.

Y encima se iba nada más llegar. Marian estaba colérica.

Ambos tenían cara de tristeza, la niña y él.

Entonces, a pesar de que aquella visión no fuera más que una ilusión, un engaño de su mente, sintió la necesidad de retenerla, mirarla un poco más, ¡sobre todo a la niña!

—¡No! ¡No os vayáis! —le suplicó—. ¡No te vayas! —Miró a la pequeña fijamente, sosteniéndola de las mejillas.

—Este no es nuestro sitio —le explicó—. Ni el suyo —dijo, señalando a la niña sin soltarla de la mano—. Esto es el tren de las almas. Te queremos. Adiós.

La imagen empezó a emborronarse y, poco a poco, fue desvaneciéndose.

—¡Vuelve, vuelve! —gritó Marian.

Cerró los ojos durante unos instantes. Podía volver a hacer que aparecieran delante de ella; eran un producto de su mente; ¡podía controlar su mente! Abrió los ojos. ¡Nada! Volvió a cerrarlos, esta vez apretando con más fuerza e imaginando que estarían delante de ella cuando volviera a abrirlos. Seguía arrodillada.

El tren estaba frenando.

Abrió los ojos.

Nada.

Al cabo de unos instantes, el tren se detuvo.

Se puso en pie. Tenía que encontrar a sus amigos.



## CUATRO MENOS UNA

Marian corrió desesperadamente por los interminables pasillos estrechos del tren, mirando a ambos lados. Aquí no, aquí tampoco. No sabría decirlo, pero calculó que el tren no había llegado a estar parado ni un minuto. La maquinaria volvió a ponerse en marcha con el silbido infernal de la chimenea, y eso sólo significaba que las puertas se habían cerrado, y era demasiado tarde para apearse. Tras cruzar varios vagones, por fin reconoció a sus amigos. La cara de Bárbara no podía ocultar su desazón.

—¡Marian! ¿Dónde te habías metido? —le preguntó su amiga—. ¿Por qué no te quedaste en el comedor?

La policía echó un vistazo a su alrededor.

—¿Todavía no habéis encontrado a Tony?

Juan la encaró sin contemplaciones:

—¿Que por qué no estabas donde te dijimos? —vociferó.

Marian dudó sobre si debía decir la verdad. Si les contaba que Vicente la había citado en la sala de máquinas a través de la *ouija* para entregarle un mensaje, iban a pensar que se le había ido la pinza y el pinzón. Decidió no decir nada, por temor a lo que pudieran pensar. Era un temor absurdo, dadas las circunstancias, pero le dio por ahí. Si Juan no la hubiera reprendido, quizás...

—Tenía que ir al baño —mintió.

Juan supo que no era verdad. Por Dios Santo, ¿qué se había creído, que había nacido ayer? ¡Él fue el primero en inventarse la excusa de los meados!

—¿Creéis que Tony se ha bajado sin nosotros? —preguntó Marian.

A nadie se le había ocurrido pensar en aquella posibilidad.

—No me extrañaría. Hace tiempo que Tony no sabe ni dónde tiene los cojones. Seguro que mañana no se acuerda de nada —dijo Juan, sacando el

móvil del bolsillo—. Qué raro...

—¿Qué? —preguntó Jackson.

—No hay cobertura —dijo Juan.

—Ya, estamos todos igual —comentó Bárbara.

—Sí, pero es que además se ha parado el reloj; y tampoco funciona el calendario. Pero nosotros hemos pasado la noche ya... Hemos dormido, y ha amanecido, ¿no? —dudó el antropólogo. Buscó la mirada de Bárbara, ansiando una respuesta que no hiciera tambalear su cordura.

—Eso creo... —Sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta—. Pero el mío también está parado.

Jackson y Bárbara les imitaron. Todos los relojes, todos los móviles, parecían haber entrado en una especie de lapsus temporal. Ninguno de ellos tenía forma de saber qué hora era, ni en qué día estaban. Juan pensó que iba a acabar con una camisa de fuerza en un psiquiátrico. Necesitaba un Alibify *ya*. ¡Necesitaba el tarro entero! Jackson miró a su alrededor con interés inusitado. Aquello estaba resultando más emocionante de lo que habría imaginado. Bárbara pensó que todo era una alucinación, hasta sus amigos: ese no era Juan, ni ese era tampoco Jackson, ni aquella, Marian. Y probablemente ella tampoco era ella, y se estaba soñando a sí misma. Se había desmayado, y estaba soñando. Tenía que ser eso. ¡O a lo mejor le había sentado mal el ácido, y estaba en coma!

Marian, sencillamente, empezó a considerar que tal vez, sólo tal vez, el espíritu de Vicente se le había aparecido realmente y era cierto que estaban en el tren de las almas.

—Ay, Dios —susurró Marian.

—¿Qué? —preguntó Jackson.

—Nada —volvió a mentir. Ella no lo sabía, pero tenía a quién parecerse en lo de las mentiras, los amantes, y otras cosas...

Una pareja de pasajeros cruzó entre ellos. Probablemente se dirigían al bar. El caballero les saludó con un gesto amable de cabeza, y la dama les brindó una sonrisa. Marian tuvo una idea.

—Disculpe, disculpe —llamó a la señora de sonrisa afable.

—¿Sí?

—¿Sabe usted adónde vamos? —la interrogó igual que si estuviera interrogando a un sospechoso. Deformación profesional.

La pregunta sorprendió a la mujer. Su rostro, atónito, dio paso a la tímida carcajada. Parecía querer decir: «¿Lo dices en serio?». ¡Pues claro que lo decía en serio! El cabreo le subió a las mejillas. La mujer lo notó. Empezaba a sentirse incómoda con Marian. Trató de forzar una sonrisa:

—¿Es una broma, no?

El caballero que la acompañaba la salvó de la incómoda situación tirando de su brazo levemente y sacándola de allí.

—¡Eh! ¡Eh! —empezó a gritar Marian, llevada por la histeria. ¿Que adónde vamos? ¡Dígame adónde vamos! —Marian agarró del brazo a otra mujer que pasaba por allí—. ¿Usted lo sabe?

El revisor la interceptó antes de que abordara a más víctimas.

—¡Señorita, por favor! Este es un tren respetable. —El bigote a lo Dalí se le puso más tieso que de costumbre.

—¡Dígame adonde vamos o le juro que incendio esta chatarra! —amenazó Marian.

—Les sugiero que vigilen a su amiga y mantengan el decoro o esta noche se quedarán ustedes castigados en sus vagones sin cenar —amenazó el revisor.

—¿Cómo? —gritó Marian. Una eclosión de carcajadas trastornadas inundó la estancia— ¿Habéis oído lo que dice este tío? ¡Que nos va a castigar sin cenar, como si tuviéramos seis años y él fuera nuestro padre! —De hecho, aquel tipo de correctivos basados en la privación de alimentos eran tan típicos de papá...

—Ya está bien. —El revisor perdió la paciencia. Sacó un silbato que llevaba en el bolsillo de su pantalón y emitió un sonido imperceptible.

Cinco segundos más tarde, una pandilla de matones con cara de orangután acudieron a zanjar la situación. Jackson, Bárbara y Juan todavía no podían dar crédito a lo que estaba pasando. ¿Estaban cogiendo a su amiga Marian por los brazos? La policía se resistió, los orangutanes echaron mano de la fuerza bruta; los muchachos trataron de defender a su amiga. Acabaron todos encerrados en sus vagones, como si hubieran participado en una reyerta callejera. Directos al calabozo. Bárbara y Marian compartían celda en el vagón de la derecha; Juan y Jackson, en el de la izquierda. Tony seguía

desaparecido en combate.

Acababan de aprender por las malas la regla número uno del tren: no enfadar al revisor.

## NOCHE DE CHICAS

Marian todavía estaba alterada.

—¿Estás bien? —Bárbara le masajeaba los brazos en un intento por calmarla.

—¡No! —Estalló en sollozos—. He visto, he visto... A mi hija...

¿Qué hija? Bárbara no sabía que Marian había tenido un aborto. Ni siquiera sabía que estuvo embarazada, así que interpretó aquel comentario como un indicio inequívoco de que su amiga estaba más colocada que ella.

—¿Tu hija? ¿Qué hija?

—¡La que tuve con Tony! —respondió Marian. Y lo dijo tan campante.

«Lo que yo te diga», pensó Bárbara, «Desvariando».

—Bueno, la que no llegué a tener con él... —añadió en voz baja—. Tenemos que bajar de este puto tren.

—Es lo malo de las drogas, que no vienen con un control remoto para cambiar de canal cuando la película no te mola, o pulsar el botón de STOP si quieres apagar la experiencia. Vamos a intentar pasarlo lo mejor que podamos porque... —empezó a hablar como lo haría Jackson.

Bárbara siguió parlotando... Era su forma de espantar el miedo, como si se estuviera cantando una nana a sí misma a falta de Jackson, la única persona que podía exorcizar su angustia existencial. Marian se sentó en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas, y las manos cruzadas bajo el mentón. Bárbara se dio cuenta de que su amiga estaba cavilando de lo lindo. «¡Mierda! ¡Está pensando! Justo lo que no se debe hacer cuando uno va drogado si no quiere acabar colgado de un parral».

—¿No te parece un poco raro? —dijo Marian de repente. Acabamos de desayunar, como quien dice, y de golpe y porrazo, ya es de noche, y nos castigan sin cenar encerrados en los vagones. Nos hemos saltado el día entero.

¿Cuándo lo hemos vivido?

«Y dale que te pego con pensar», dijo Bárbara para sus adentros. Pero al mismo tiempo no podía creerlo. ¡Por primera vez era otra y no ella la que se estaba comiendo el tarro!

—A mí me parece de lo más... de lo más... má-má-má... —tartamudeó Bárbara—. De lo mmmmmás normal, porque el tiempo y el espacio... Po-po-po-po... Y de repente, tu mente se va a por un caldo caliente a la lavandería de la esquina... ¿Qué? ¿Qué estoy diciendo? Creo que tengo hambre.

—Toma —Marian sacó un donut de su mochila y se lo pasó a Bárbara.

Estaba asqueroso, pero podía más la hambruna. Se acordó de cuando eran pequeñas. Habían cambiado las tornas: era Bárbara la que solía dar de comer a la pobre Marian. Su viejo siempre la tenía a pan y agua.

—Son las drogas... —Siguió engullendo—. El día pasa sin darte cuenta, los relojes no funcionan, por las noches se oyen niños llorando entre los raíles... ¡Ah! Y estoy pensando en acostarme con Juan, cosa que en circunstancias normales no se me ocurriría ni loca! —dijo con la boca llena.

—¿Qué?

—Que no funcionan los relojes...

—¡Eso no! ¡Has dicho que estás pensando en acostarte con Juan! Pero si no me gusta ni a mí, ¡y mira que hay pocos hombres que no me gusten! A todos soy capaz de encontrarles algo, pero Juan...

—¿Esa es la única pega que le ves? —se extrañó Bárbara.

—¿A qué te refieres?

—No sé... ¿A que soy lesbiana?

—Me sorprendería que te gustaran las ovejas. Acostarse con un hombre es de lo más normal.

—Será normal para ti. Siendo heterosexual como eres, si de repente te gustase una chica, ¿te podrías ir a la cama con ella sin más?

—Por supuesto —respondió Marian con toda naturalidad—. ¡Mientras que esa chica no fuera el doble de Juan en femenino! Además, siempre ha sido un poco hijo de puta contigo. En ocasiones, rayando el límite de muy hijo de puta. No sé ni cómo le sigues hablando después de...

Hubo un silencio.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¿Te crees que no lo sé? Yo tampoco lo entiendo. No

puedo acordarme de cuándo empecé a fijarme en él. ¿En qué estaría pensando? Es más bien como una fantasía imposible con la que te gusta jugar, pero que no quieres hacer realidad. Además, cada vez que le tengo delante, y pienso en la absurda posibilidad de que pueda besarme, me dan ganas de salir corriendo. Se me baja la fantasía a los pies. Luego vuelvo a casa, y sólo pienso en volverle a ver, y me lo imagino de cada manera...

—Para, no sigas, no quiero saberlo.

Marian se tumbó en la cama. Su idea del infierno era imaginar una fantasía sexual con Juan, pero si a Bárbara le ponía... Probablemente ella se había acostado con tipos peores que el antropólogo, pero normalmente no sabía ni cómo se llamaban, así que por ella, como si hubieran sido Hannibal Lecter. Le dio un escalofrío. Nunca se había parado a pensarlo.

—Y desde que he subido al tren, no sé... —prosiguió Bárbara haciendo caso omiso de Marian—. Ya no me dan ganas de salir corriendo... Bueno, sí, pero no... Esta mañana me he puesto cachonda cuando se ha sentado junto a mí en el desayuno. Es la primera vez que me pasa.

Juan, Juan, Juan... Marian sintió deseos de taparse los oídos... No quería saber aquellas cosas. O sea, el sexo era su tema de conversación favorito, pero se habría escandalizado menos si el susodicho hubiera sido otro: Jackson, Tony, un extraterrestre... Estaba claro que Bárbara le había puesto muchos huevos a esa tortilla. Definitivamente, lo había acabado idealizando con tanta fantasía sexual, porque Juan podía ser muchas cosas, podía ser muy guapo, alto y atractivo, pero no era la clase de hombre con el que Bárbara se acostaría, y no ya porque fuera lesbiana, que eso era lo de menos, sino porque... juraría que había un por qué, pero se le olvidó... Tenía mucho sueño. Bostezó felinamente. Ya no recordaba que había visto a la hija que nunca tuvo.

Bárbara empezó a sentirse contagiada por la narcótica visión de Marian. El tren la arropó con su suave vaivén de arrullos. Se asomó al ventanuco en busca de alguna estrella a la que encomendarse. Estaba más oscuro que la boca de un lobo. Oyó murmullos en el vagón contiguo. Jackson y Juan debían

de estar hablando. Era agradable escuchar su voz entre sordinas. Se recostó en la cama. Aquel vagón empezó a asemejársele el lugar más agradable del universo. Las sábanas olían a montaña fresca. Respiró hondo y sintió que el río le llegaba a los pulmones. Miró a la pared que separaba su vagón del de Juan, e intentó captar alguna nota en aquella sinfonía de palabras, pero fue incapaz de entender nada. Sintió un deseo irrefrenable de estar con él. Una furia de vapores estremecedores ascendió por su estómago hasta encajar en el pecho, para acabar después acariciándole la garganta.

—Ay, Dios —dijo en un susurro furtivo—. Creo que me estoy enamorando.



## CRUZ DE CRUCES

Los silbidos de la chimenea se habían convertido en un hito relajante, como las campanas de la parroquia de Espuelas marcando los cuartos, las medias, y las horas en mitad de una madrugada de insomnio, con su misterioso efecto apaciguador.

—¿Estamos todos muertos, verdad? —preguntó Juan.

—No, claro que no —respondió Jackson. Estaba sentado en la cama con las piernas estiradas, encendiéndose un Marlboro—. ¿A ti te asusta mucho la muerte?

—Como a todo el mundo, supongo; pero si no estamos muertos, entonces estoy peor de lo que pensaba. —Juan deambuló de un lado para otro en el corto espacio del vagón.

—¿Te acuerdas de aquel verano antes de irnos a la universidad? Cuando nos fuimos de acampada a los lagos —dijo Jackson mirando al techo—. Bárbara empezó a hablar de los misterios de la vida y la muerte, ya la conoces.

Juan esbozó media sonrisa al recordar con inusitada nostalgia a la Bárbara de aquella noche, bajo las estrellas, en los lagos. Casi sintió adoración por esa chica de dieciocho años que soñaba con estudiar ciencias del mar y explorar las profundidades de su elemento favorito: el agua. ¿Cómo no se dio cuenta antes de que era una sirena? Cuántas veces la había despreciado, qué mal amigo. Ella siempre estuvo ahí para él, tan fraternal, tan dulce... como su hermana Susana. En aquel preciso instante se dio cuenta, y sin ningún psicólogo de por medio —y eso sí que era un milagro—, de que esa era la razón por la que la había estado maltratando. ¡Porque él no se merecía que nadie le quisiera como ella le quería! Él mató a Susana. Por eso, por eso... ¡Tenía que proteger a Bárbara!

—Aquella noche en los lagos Bárbara se empezó a agobiar con el tema de la muerte, y os hicisteis una promesa —dijo Juan de repente mirando a la nada—. Le dijiste que no tenía nada que temer, porque tú habías decidido morirme antes que ella, para hacer de avanzadilla en el más allá, y cuando llegase su hora, irías a recogerla para que no tuviera miedo, y la llevarías de la mano a pasear por la eternidad.

Jackson apuntó a Juan con la nariz arrugada.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

Recordaba perfectamente la promesa que un día le hizo a Bárbara, pero no esperaba que Juan lo guardara en su memoria.

—Ojalá se lo hubiera dicho yo. —Juan seguía mirando la nada.

—¿El qué?

—Que moriría antes por ella, sólo para poder venir a buscarla cuando le llegase la hora, para que no tuviera miedo, y llevarla de paseo por toda la eternidad. Y en lugar de eso, ¿sabes qué dije yo?

No, Jackson no se acordaba de lo que dijo Juan esa noche, pero seguramente soltó alguna prenda de las suyas. Soltaba tantas, que sus amigos ya estaban inmunizados.

—Le dije que era la tontería más gorda que había oído en mi vida, y que se iba a morir sola, como todo el mundo, y que la muerte era el fin del camino, un muro impenetrable que nadie podía saltar. —Suspiró—. ¿Y yo por qué no puedo ser de otra manera, Jackson?

—¿Estás enamorado de Bárbara?

—No —mintió.

—Vale, aceptamos pulpo como animal de compañía, pero yo creo que ese huevo está pidiendo sal... —Señaló con su mirada los genitales de Juan.

Juan se cruzó de piernas, visiblemente molesto.

—Qué tonterías dices. Bárbara es lesbiana.

—Sí, sí que lo es. Pero no tú no eres gay, y estás enamorado de ella.

—Lo que tú digas —resopló a medias.

—Yo llevo muchos años viendo a la gente venir, Juan...

—¿Tú nunca te has acostado con ella? —le preguntó el antropólogo.

—No. Bárbara es como una hermana para mí.

Juan sintió una punzada cuando oyó la palabra «hermana», pero le confortó

saber que no se habían acostado. Aun así, fue incapaz de librarse de los celos, porque Jackson la iba a llevar de la mano por toda la eternidad, aunque la muerte no existiera, y él no era capaz ni de llamarla para tomar un café por iniciativa propia.

—Deberías decirle lo que sientes —Jackson exhaló una bocanada de humo.

Juan frunció el ceño. ¿Desde cuándo Jackson se preocupaba por él? Y qué más daba, porque aquel no era su amigo de la infancia, era otro, y estaba jugando con él, tratando de volverle más loco de lo que estaba. No, no era Jackson, era un monstruo de su imaginación, un demonio que había venido a burlarse de él. Pero todavía podía decirle eso que le estaba quemando por dentro.

—Jackson —le llamó en un arranque de valor.

Su amigo le miró, girando el tronco para apagar el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué?

—Lo siento mucho —casi lloró al decirlo.

—¡Bah! —dijo, quitándole hierro con un gesto de la mano—. No tiene importancia. Intenta dormir un poco.

Juan no sabía muy bien qué estaba pasando. Lo único que tenía claro era que nada de aquello podía ser real. Estaba viviendo una fantasía, pero la preocupación que sentía por no saber dónde estaba Tony era real. Lejos de lo que todos pensaban, le inquietaba desconocer su paradero. Allí estaba, encerrado en un puñetero vagón, sin poder salir a buscarle. Si hubiera podido salir, habría llamado a la puerta de Bárbara para pedirle que le acompañase. Y no se habría quedado dormido, como la noche anterior, no...

Dios, cómo deseaba besarla.

Esos labios... No podía dejar de pensar en ellos.

Juan se durmió. Jackson pasó toda la noche despierto. Los gritos y lamentos de los niños de los raíles no le dejaban pegar ojo. Cada vez podía oírlos mejor.

## LAUREN BACALL

Marian se despertó con aires renovados y más hambrienta que de costumbre. Dejó a Bárbara remoloneando en la cama un rato más, y se fue directa al vagón comedor. Olía a café recién hecho. No sabía cuál era la receta de la felicidad, pero estaba segura de que llevaba café. Se sentó al lado de una mujer de aspecto elegante y mirada afable que la invitó a compartir mesa con ella. Tenía ojos claros y cabellos rubios. Era algo mayor, y se parecía a la actriz hollywoodiense Lauren Bacall.

La policía aspiró el aroma del espliego que había en el pequeño florero de la mesa. Los manteles ribeteados lucían impecables. Cogió una servilleta. La abuela Refugio se habría quedado admirada con aquellas puntillas.

—Mi nombre es Lauren —se presentó la dama de enfrente.

«No puedes parecerte a Lauren Bacall y llamarte Lauren», pensó Marian.

—Te recomiendo los huevos con beicon. El chef ha convertido un desayuno de lo más común en toda una obra de arte —comentó.

Las palabras sonaban a música en boca de Lauren. Qué dicción tan precisa, elegante y cautivadora. Marian deseó llegar a su edad con aquel aura de distinción. Miró el plato de Lauren. No mentía. Aquellos huevos con beicon tenían pinta de estar ricos, y olían a gloria.

El camarero se acercó a tomarle nota.

—Tomaré lo mismo que ella; y un café con leche, por favor —indicó la policía.

De pronto cayó en la cuenta de que estaba sentada frente a una pasajera. ¡Una pasajera! Y podía apostar la porra a que le caía bien. ¿Por qué la habría invitado a sentarse con ella, si no? Era su oportunidad de averiguar algo más sobre aquel tren. «Aguanta las riendas», se dijo a sí misma, «no vuelvas a preguntar adónde vamos o pensaré que estás loca».

—¿De dónde viene usted?

Marian se congratuló mentalmente. ¡Aquella sí que era una pregunta lúcida! Por algo se empezaba.

Lauren Bacall interrumpió el desayuno, y se quedó unos instantes sosteniendo los cubiertos en alto. Miró hacia la ventanilla fugazmente. Su mirada pareció trasladarse a algún polvoriento rincón del pasado.

—Recuerdo el día que subí por primera vez —comenzó su relato, tras un breve silencio—. Había pasado toda la noche en la estación. Huía. Tenía miedo de que mi marido descubriera mi ausencia. Estaba esperando un tren, el primer tren que pasara y me llevara lejos de ese hombre y de la pesadilla en la que se convirtió mi vida desde que nos casamos. Quería ir a París. Tenía la esperanza de poder empezar una nueva vida, estudiar, tal vez... Me habían dicho que en París las mujeres gozaban de una gran libertad. Era una ingenua. Me casé con mi marido siendo apenas una niña. Para empezar, cuando nos desposamos, yo ni siquiera sabía que tenía que acostarme con él... Supongo que a mi madre se le pasaron ciertos detalles. Eran otros tiempos. Afortunadamente, tú no tuviste que vivirlos.

Marian estaba petrificada. No era la respuesta que esperaba, pero tampoco podía dejar de escucharla.

—Podría haber soportado los envites en la cama, pero no los de la hebilla de su cinturón —continuó relatando la hermana gemela de Lauren—. Por algún motivo, no quería que tuviéramos hijos, y cada vez que descubría que estaba embarazada, me hacía abortar a patadas. Perdí cuatro bebés así. Jamás me lamenté por su pérdida. Una mujer amargada sólo puede alumbrar tristezas.

Marian hizo un viaje al pasado. Se vio a sí misma en la clínica Vistahermosa... Ella también sabía lo que era abortar, pero no así... No podía imaginar el dolor que debió de sufrir aquella mujer.

—La cuestión es que aquella noche —prosiguió relatando Lauren—, ya de madrugada, mientras yo me encontraba en la estación, le vi aproximarse por el andén. Me había descubierto. Traía los ojos encendidos de furia. Yo temblaba de terror, y apenas me había dado cuenta de que un tren estaba estacionando junto a mí. Entonces me iluminó una luz al abrirse una de sus puertas. Una

joven con el rostro más hermoso que yo haya visto jamás me tendió la mano, invitándome a subir. Era la mano de un ángel. No me lo pensé dos veces. Subí al tren. Tenía miedo de que él lograra alcanzarme, pero aquella joven, el mismísimo rostro del tren, diría yo, me transmitió una gran calma. Inmediatamente, las puertas se cerraron tras de mí, y partimos, dejándolo todo atrás.

Se hizo el silencio. Un ejército de dudas invadió su mente. Marian se atrevió a preguntar al fin:

—¿Cuántos años lleva aquí? —La voz le temblaba.

El camarero acudió servicial, y sirvió el plato de huevos con beicon acompañado de un par de tostadas de pan de centeno, mantequilla y café con leche.

—Lauren, el doctor Saubers me pide que le entregue este recado —informó el camarero, alargándole una pequeña bandejita de plata con un sobre.

Ella le dio las gracias, y abrió la misiva. Todo lo que hacía, cada gesto, cada movimiento, cada ademán, eran de una finura excepcional. Marian estaba fascinada.

—Me temo que debo marcharme. Es una lástima. Sólo hay una cosa que odie más que comer sola: dejar a alguien en la mesa. *Bon appétit* —se despidió.

La forma de pronunciar aquellas palabras, *Bon appétit*, la encandiló. Si pudiera ser como ella, todos los hombres la querrían. Pero ¿por qué necesitaba que todos los hombres la quisieran? Era la pregunta que Marian nunca se hacía.

Lauren se marchó de allí, dejándola con la palabra en la boca. La policía estuvo a punto de levantarse y hacerle una reverencia. Tardó en reaccionar, fascinada todavía por el encanto que desprendía. Poco después, logró volver a hacer que su cerebro respondiese de forma lógica. Mucha elegancia, pero pocas nueces. Dios había sido pródigo repartiendo dones de seducción con Lauren, pero, a cambio, la había castigado con demencia senil. Bueno, por lo menos el doctor Saubers, quien presumiblemente era su marido, cuidaba de ella, y le mandaba notas para que no se perdiera en las telarañas del olvido.

Los muchachos no tardaron en unirse a Marian, pero Tony seguía sin aparecer. La idea de que tal vez se había apeado sin ellos empezó a cobrar cada vez más fuerza, siempre y cuando estuvieran realmente en un tren, porque Bárbara seguía pensando que estaba drogada; Juan, que había vuelto a tener un brote; Marian, que a lo mejor Vicente tenía razón; y Jackson seguía sin pensar nada... Bueno, no, aquello no era del todo cierto. Jackson sí pensaba en algo: en las musarañas. Resolvieron que lo mejor que podían hacer era apostarse frente a una de las puertas de salida, y esperar pacientemente a que el tren estacionara en la siguiente parada. Así lo hicieron. Al cabo de un rato, Jackson se encendió un cigarrillo.

—Lo que más me gusta de este tren —dijo tras exhalar la primera bocanada de humo— es que está permitido fumar.

—¡Tírale el humo a otra! —se quejó Bárbara entre toses, tratando de dispersar el humo con la mano.

—Si no te quejas de algo, revientas —le contestó Jackson.

Juan no dejaba de mirar fijamente a Bárbara a la menor oportunidad. La bióloga lo sorprendió varias veces.

—¿Qué hacemos cuando bajemos? —preguntó Marian.

—¿Preguntar dónde estamos, y coger otro tren de vuelta a casa? —sugirió Bárbara.

—¿No es un poco tonto bajar de un tren para subir a otro tren? —dijo Jackson.

Bárbara volvió al lema que nunca le fallaba a la hora de librarse de un mal viaje con las drogas: «NO PIENSES».

—¡Ay, no empieces a rayar! —se quejó Bárbara.

—Y dale con las quejas... —dijo Jackson.

—¡Eh! —exclamó Juan—. Creo que estamos parando.

Era cierto. El tren empezó a aminorar la marcha. Marian se asomó al ventanuco de la puerta de salida.

—¿Qué ves? —preguntó Juan.

—No sé... Yo diría que es la misma estación de ayer. ¡Ahí pone algo! —señaló con el dedo.

Las puertas se abrieron. Estaban en la misma estación en la que trataron de bajarse la primera vez que el tren se detuvo, sólo que el día anterior no se

habían dado cuenta de ese letrero de madera que colgaba bajo unas cadenas en el que podía leerse ESPUELAS. Sin embargo, no reconocieron la Estación de los Muertos, pero sí lograron imaginar lo que en otros tiempos, muy remotos, pudo haber sido la primera estación que tuvo Espuelas al poco de inaugurarla, porque la habían visto en las fotos de los libros de fiestas patronales.

—Deben de haberla restaurado mientras hemos estado fuera —dijo Marian, por decir algo.

—A mí me vale. ¡Vámonos! —los azuzó Juan.

—¡Juan! ¡Juan! —le llamaron.

Al antropólogo no le hizo falta levantar las orejas para reconocer la voz de su amigo Tony.

—¡Es Tony! —exclamó.

Corrió por los pasillos atravesando los vagones como un loco. Marian, Bárbara y Jackson le seguían.

—¡Tony! ¡Tony! —le llamaba Juan.

—¡Juan! ¡Juan! ¡Estoy aquí!

El silbato del tren no tardó en anunciar la marcha.

—¡Ahí está! —señaló Marian.

Juan se abrazó a Tony. Bárbara se quedó de piedra. Era la primera vez que veía a Juan abrazarse a alguien.

—¡Tenemos que bajar! ¡Ven, vamos! —le ordenó Juan, agarrándolo de la mano.

—¿Qué? —Tony no parecía saber de qué iba la cosa. Se dejó arrastrar por el antropólogo.

El tren reanudó la marcha lenta y progresivamente. Cuando encontraron la puerta de salida, ya estaba cerrada.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —dijo Juan.

Tony se fijó en los rostros de preocupación de sus amigos. ¿Qué se había perdido?

—¿Por qué tenéis tantas ganas de bajar? ¡Con lo bien que se está aquí! Este sitio es una pasada —Tony estaba entusiasmado y... radiante.

Jackson lo miró con los ojos medio entornados y una sonrisa de compasión en los labios. Ahí estaba Tony, hecho un Adonis, como si nunca se hubiera metido



una raya de *perico* en el cuerpo, disfrutando con lo que más le gustaba: el mundo ferroviario. Recordó los tiempos en los que, mientras los demás niños jugaban a carreras en el Scalextric o salían a conquistar el mundo con la bicicleta, Tony se pasaba las horas muertas encerrado en el sótano de su casa, soñando con aquellas maquetas de trenes eléctricos que tanto le gustaban. Se acordó especialmente de la maqueta de un antiguo modelo de ferrocarril americano de la Union Pacific. Verdaderamente, era difícil no quedarse embelesado por el hechizo de aquellos engranajes perfectamente encajados desfilando por los raíles de un paisaje idílico, porque Tony podía construir un mundo más hermoso que la realidad en aquellas maquetas, un sitio en el que vivir con la imaginación. Había otro tren del lejano oeste, con sus contenedores de carbón, sus plataformas, sus carretillas... Tenía las letras RÍO GRANDE pintadas en la locomotora y varios tráileres GRAMPS. Debía valer una fortuna, como los otros, pero el dinero nunca fue un problema en su familia. En cambio, en la familia de Jackson no se hablaba de otra cosa: cómo vamos a pagar el colegio, cómo vamos a pagar los seguros, cómo vamos a pagar la hipoteca, cómo vamos a pagar al mecánico y a quién le podemos pedir prestado. Así era como Jackson había aprendido a vivir: de prestado. Solía ir todos los días a la granja de Segarra, donde le daban una frasca de leche de cabra recién ordeñada con la que su madre hacía quesos y yogures. Los años pedigüeños le enseñaron mucho, como aquel día que Segarra en vez de darle la frasca de todos los días, le dio toda la cántara. Jackson tiró la leche nada más llegar a casa. Cuando sus padres le preguntaron por qué lo había hecho, contestó sin titubeos:

—No está buena, por eso nos la han dado. —Lo tenía clarísimo.

A Jackson no podías darle gato por liebre. Todos los sabían. Siempre descubría las intenciones de los demás. Ese día, cazó una sola mirada furtiva entre Bárbara y Juan. No le hizo falta ver más. Había empezado a sospecharlo la mismísima noche de las tres noches, antes incluso de que ese par de tórtolos se dieran cuenta de lo que les estaba pasando: estaban perdidamente enamorados el uno del otro. «Vaya, ¿qué te parece?», pensó Jackson, «esto sí que se va a poner interesante».

El trasiego de los nuevos pasajeros que acababan de subir al tren pronto cedió

al murmullo de las ruedas sobre los raíles. La campana frontal de la locomotora trino de euforia. Tony pegó la cara al cristal del ventanuco de la puerta de salida. Era increíble la velocidad a la que iban. Debían de ir más rápido que el AVE, sobrepasando incluso a los ferrocarriles japoneses de última generación. Y qué pasajeras... «Dios bendiga las drogas. Qué avances de la química», fue lo último que pensó antes de decidir que quería volver al bar en busca de sus ninfas.

—Eh, vaquero, no tan deprisa —Marian le agarró del brazo—. Nosotros nos merecemos una copa tanto como el que más. Además, no pienso volver a perderte de vista.

A Tony no le hizo mucha gracia, pero había follado tanto con las tres Gracias, que si no volvía a follar en un año, tampoco pasaba nada. Accedió a regañadientes. Jackson miró el reloj. Seguía parado.

—No tengo ni puta idea de la hora que es, pero creo que es la hora del vermú.

—Secundo la moción —se apuntó Bárbara.

Juan estaba loco por beberse un *gin tonic*. A falta de Abilify, de perdidos, al río.

## LA MAREA

Enrico Caruso sonaba entre los mimbres de un gramófono anegando la estancia con las tristezas de *Una furtiva lágrima*. El terciopelo verduzco del tapiz de los bancos que hacían de rinconera conjugaba con las lámparas de banquero. Se parecían bastante a las de la biblioteca de Yale, con su cadenita de encendido. Juan estaba ensimismado, no tanto por los flexos sino por el hecho de estar sentado junto a Bárbara. Los otros, Jackson, Tony y Marian, eran como lejanos satélites alrededor de la Tierra. ¿De qué estaban hablando? No lo sabía, era incapaz de seguir la conversación. No existía nada ni nadie, sólo Bárbara. El bar se había llenado con su sola presencia. Él mismo se estaba llenando por dentro de energía con sólo mirarla. Podía oler el aroma de sus cabellos. Cada vez que sus labios sonreían le daban ganas de comérselos. ¿Cómo podía ser tan hermosa, y quedarse así, tan tranquila, ajena al estremecimiento que debía de provocar en los que la miraban? Le empezó a doler la piel. Sintió cómo cada átomo del cuerpo le abandonaba para irse con ella. Así fue, el alma se le salió dejándole un agujero en el pecho. Se quedó vacío, seco. Poco después, fue el corazón el que dejó su puesto, y se fue a buscarla, mientras él estaba ahí parado, sin poder dejar de mirarla, echando de menos el latido, con una opresión en el pecho que casi no le dejaba respirar. Tenía una bola de acero en el estómago con alas de mariposa que le subía a la garganta y dejaba una estela de arrobo a su paso.

Bárbara podía percibir cómo la observaba. No era la primera vez que notaba que él la escrutaba con deseo, pero esta vez sintió que estaba dispuesto a nadar en alta mar. Le gustaba la forma en la que su mirada la estaba abarcando. El rubor le hizo esquivar sus ojos, y buscar los de Jackson, sentado frente a ella. Juan acarició su mano durante un instante tan efímero, que pasó

por invisible. Fue uno de esos roces inmisericordes que dejan el corazón a merced de la marea. No hicieron falta palabras para torcer su voluntad. Ya estaba encadenada a él. Se sintió desfallecer. Su mano quedó huérfana, anhelando volver a sentir su roce. ¿Cómo iba a vivir en lo sucesivo sin esa mano sobre la suya?

Se levantó bruscamente, haciendo que las copas tintinearan sobre la mesa.

—¿Adónde vas? —le preguntó su más fiel guardamarina, Jackson.

—Al baño. —Suplicó a todos los dioses que Marian no la acompañara. Las chicas no tenían por qué ir siempre al servicio de dos en dos.

La policía no mostró intenciones de seguirla. Suspiró con alivio. Salió del bar en busca de refugio. Una vez en el pasillo, se apoyó con la espalda contra la pared, y respiró hondo. Estaba a salvo. No por mucho tiempo. Juan no tardó en aparecer. Se le puso la piel del revés al verle. Huyó hacia el servicio de señoras. De camino tropezó con el revisor, quien soltó un par de improperios. Bárbara aminoró la marcha, y prosiguió su camino con temor a mirar hacia atrás. El barco empezó a hacer aguas en mitad de la tormenta.

Juan no la siguió. Aquel pez precisaba más sedal. No quería tensar el hilo y acabar quebrando la caña.

Bárbara se paró frente a la sala de máquinas. Necesitaba detener el tiempo y entender lo que estaba pasando. Ahora que caía en la cuenta, se buscó la hora en el reloj de forma instintiva, el tiempo sí se había parado. Revivió mentalmente el roce de su mano sobre la suya, y se sintió desfallecer de nuevo. Se apoyó en la puerta de la sala de máquinas. Estaba caliente. Ahí dentro se estaba cociendo algo. La entreabrió tímidamente. No había nadie. Entró con sigilo, atraída por el fuego de la caldera. Las llamas la hipnotizaron con la pasión de su lumbre. Allí estaban, frente a frente, fuego a fuego, clamando su ardor. El carbón crepitaba sin piedad, de la misma forma que le aullaban a ella las brasas del sexo. Las pavesas danzaron dulcemente en torbellinos de amor. Ella también quería quemarse en la pira de la lujuria. Juan ya no era un monstruo abyecto: era su única salvación. Necesitaba que la inundara con su

oscuridad.

## ¿QUIÉN ERES?

Enrico Caruso dio paso a la hermosa voz de María Callas. Marian se bebió tres tequilas. Los chicos la observaban asombrados.

—¿No tarda mucho? —dijo antes de pedir el cuarto. Se refería a Bárbara.

—Habrá ido a curiosear por los vagones, ya la conoces —contestó Juan.

Jackson sabía que Bárbara no se habría largado a explorar el tren sin él. Las cosas no tenían la misma emoción cuando las hacían por separado.

—Tal vez deberíamos ir a buscarla. Sólo faltaba que se perdiera ella también, con lo que nos ha costado encontrar a Tony.

Se arrimó el lingotazo de tequila de un trago. Ya empezaba a sentirse en una nube de evasión ética. En momentos así entendía a Tony. Todo era tan indoloro... Lo que no podía entender era cómo podía Tony salir de aquellas fantasías animadas y enfrentarse luego a la realidad del espejo cuando la mierda te bajaba a los pies. Drogarse era fantástico, podías ver a tus muertos, a los hijos que nunca tuviste... Pero luego todo se desvanecía, como el sueño más bonito, por los sumideros del olvido, para nunca volver.

—Seguro que está bien —dijo Juan, rebañando su copa—. ¿Me pone otra por favor? —ordenó al camarero.

Jackson le miraba de soslayo. El antropólogo se dio cuenta.

—¿Qué os parece si jugamos a la *ouija*? ¿Qué dices, Tony? ¿Juan? —propuso Jackson de la misma manera en la que cualquiera habría propuesto jugar a las cartas o echar una partida de Monopoly.

Marian abrazó el tablero contra su pecho en un gesto de protección. Desde que Vicente se había comunicado con ella a través de la tabla, no se había separado de ella ni un solo instante.

—¡Sí, juguemos a la *ouija*! —exclamó Tony, entusiasmado.

—Pues no me parece a mí que sea la mejor idea del mundo... —dudó Juan..

—¿Y por qué no? Lo único que me da rabia es que no esté aquí Bárbara, con lo que le gustan estas cosas —se lamentó Jackson.

Marian se aferró todavía más al tablero, horrorizada ante la sospecha de que Tony pudiera participar en una sesión *ouija* en la que de repente pudiera manifestarse el espíritu de su hija. Le diría: «Hola, papá, ¿a que no sabías que Marian se quedó embarazada de ti y me abortó?».

—Estamos muy borrachos —se excusó Marian sacudiendo la cabeza en gesto negativo. Lo cierto es que ella estaba totalmente ebria.

María Callas seguía acariciando el aire con su voz. La idea de los chicos de hacer una *ouija* le recordó el mensaje de Vicente: «Tienes que bajar del tren antes de la quinta parada. Si no lo haces te quedarás aquí encerrada para siempre. Tu alma arderá». Ya llevaban dos. De ser cierto lo que le había dicho ya habían agotado la mitad de sus posibilidades de escapar. ¿Y si resultaban ciertas todas esas historias locas de Bárbara sobre el tren de las almas? ¿Y si realmente se habían subido al tren fantasma que se aparecía la noche de las tres noches en la Estación de los Muertos?

—Habla por ti. Nosotros no estamos borrachos —dijo Jackson.

—No, claro, nosotros sólo estamos drogados —bromeó Tony. Era la primera vez en años que las neuronas le daban para hacer dos comentarios ingeniosos seguidos—. Trae aquí... —Le agarró el tablero.

Era inútil resistirse. Acabarían saliéndose con la suya.

Utilizaron una moneda para guiarse por el tablero, porque los vasos del bar eran demasiado pesados. Era el dólar de plata que Juan siempre llevaba en su cartera. Su dólar de la suerte.

Los chicos pusieron el dedo índice derecho sobre la moneda.

—No apoyéis el codo en la mesa ni dejéis caer el peso del dedo sobre la moneda. Rozadla apenas con la yema, que casi os haga cosquillas. Si ha de moverse, se moverá, y vosotros sólo tendréis que seguirla. ¿De acuerdo? —dijo Marian.

Ellos obedecieron. Pasearon la moneda en círculos por el tablero, familiarizándose con las letras del abecedario. Marian les había explicado en alguna ocasión que así se cargaba la guía de energía.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Tony en un momento dado.

A Juan le entró cagalera pero ya era tarde para echarse atrás y retirar el dedo. Había oído en algún lugar que eso no debía hacerse jamás y aunque él no creía en la *ouija*, más bien estaba convencido de que siempre había alguien que movía intencionalmente el vaso, prefería no saltarse las normas, que luego la sugestión era muy mala, y bien sabía él adonde conducían los pasillos de su mente cuando se empeñaban en empañarle la percepción, y encima sin Abilify.

La moneda se movió hacia el SÍ.

—SÍ.

—¿Quién eres? —preguntó Tony.

—T-R-E-N-D-E-L-A-S-A-L-M-A-S.

—La estás moviendo tú, ¿verdad? —Juan señaló a Tony con la mirada.

Marian empezó a reírse histéricamente gritando: «¡Tren de las almas! ¡Tren de las almas!». En el fondo, estaba respirando de alivio por dentro; por lo menos no se había presentado su difunto marido, ni la hija que nunca llegó a ser.

—¿Dónde está Bárbara? ¡Se lo está perdiendo! —exclamó Jackson, ciego de entusiasmo, mirando hacia todos lados, en busca de su mejor amiga—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que estábamos en el tren de las almas! Pregúntale adónde vamos. ¡Pregunta, pregunta!

—Flipado... —murmuró Juan refiriéndose a Jackson.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tony.

—A-M-O-R-I-R-A-M-O-R-I-R.

—¡Quita el dedo, Tony! —ordenó Juan.

—¡Que no soy yo! ¡Mira!

Tony levantó el dedo de la moneda, y ésta siguió deslizándose sola por el tablero, movida por una energía imposible. A Jackson y Juan les costaba mantener el dedo en ella. ¡Iba muy deprisa!

—A-M-O-R-I-R-A-M-O-R-I-R-A-M-O-R-I-R-A-M-O-R-I-R A-M-O-R-I-R-A-M-O-R-I-R.

Jackson y Juan no pudieron seguir el ritmo frenético del dólar de plata. Acabaron retirando los dedos ellos también. La moneda se deslizó entonces



hacia una esquina, apuntando a Jackson.

—Qué acojone... —dijo Tony, a medio camino entre el miedo y la diversión.

Marian pensó que había llegado el momento de contarles lo que le había dicho Vicente en la sala de máquinas. Tendría que omitir algunos detalles, como el relativo a su niña nonata, pero qué más daba una mentira más que una menos en el océano de engaños que había tejido durante tantos años. Les contó que sospechaba que realmente estaban en el tren fantasma de la noche de las tres noches, que Bárbara tenía razón, que las leyendas de Espuelas eran ciertas, y que tenían que bajar de allí cagando leches.

—¡Lo sabía! —exclamó Jackson dando un puñetazo sobre la mesa.

Juan consideró la cuestión por un momento: ¿tren fantasma o delirio? Delirio, sin duda. Pero... Si fuera delirio... No tendría que estar pensando que era un delirio, ¿no? Todo aquello carecía por completo de sentido pero no tenía tiempo para pararse a pensarlo, porque había algo más importante que hacer: acostarse con Bárbara. Se sentía efervescente, una luciérnaga encendida revoloteando entre ramas oscuras en mitad de la noche, visitando cada árbol en busca de su amor.

Tony no creyó que estuvieran en ningún tren fantasma. No era la primera vez que consumía alucinógenos con amigos, y todos ellos compartían el mismo escenario virtual, sólo que cada uno acababa llevando su paranoia a lugares distintos. A Marian le había dado por ahí. Pobrecita. Debía de echar mucho de menos a Vicente. Él no quería bajarse del tren. Se encontraba muy a gusto allí, pero Marian estaba empezando a tener un mal viaje, y aquello no era bueno. Podía acabar mal, así que si accediendo a bajar se iba a encontrar mejor, se bajaban, y a tomar por saco. Sentía un afecto especial hacia la policía. Sabía que probablemente para ella él sólo había sido uno de tantos, pero ella para él no. En algún lugar de su corazón había un asiento en el que sólo podía sentarse Marian, y nadie más que ella. Parecía realmente angustiada.

—Está bien. —Tony acarició los cabellos de Marian—. No te preocupes. Nos bajaremos todos en la próxima parada.

## LA TERCERA NOCHE

La noche parecía más noche en el interior del tren. A veces resultaba difícil ignorar el escándalo infernal de los raíles, crispados de lamentos. Los chispazos de la máquina brillaban con un clamor de bengalas encendidas. Los silbidos de la locomotora bramaban al viento legando una estela de humo, el vaho que exhalaba el ferrocarril al respirar con sus pulmones de carbón. Juan se encontraba solo en su vagón. Tony se había ido a buscar a las tres Gracias. Si había de ser su última noche en el tren, al menos, que fuera gloriosa. El antropólogo se asomó a la ventana intentando adivinar, entre fogonazo y fogonazo de las chispas de los raíles, el paisaje de matorrales y peñascos que estaban atravesando. La culebra negra de vagones infinitos corría por el camino de hierro como un caballo desbocado.

Oyó movimiento en el vagón de al lado. Era Jackson, despidiéndose de Bárbara. Qué manía de darle siempre las buenas noches. ¿Se podía ser más asquerosamente amigo de una persona? Los celos volvieron a treparle por la espina dorsal. Esperó a que se fuera.

Juan no era ningún cisne, pero sabía dónde quedaba el lago. Se deslizó como un espectro por el pasillo. Creyó oír unos alaridos desencajados procedentes del suelo. ¿De los raíles? «¡Bah! Imaginaciones». Una nube de miedo le besó la nuca. ¿Había alguien detrás de él? Sintió escalofríos. Los lamentos se hicieron más agudos. ¿Eran niños? ¿Estaban llorando? El corazón se le puso a cien. Abrió la puerta del vagón de Bárbara en un arrebató de pavor. No era así como había ensayado en su mente la entrada triunfal. Cerró la puerta tras de sí, apoyándose en ella de espaldas, y los lamentos cesaron de inmediato. Suspiró aliviado. Ahora estaba en el vagón de Bárbara. Ella le miraba sin entender. Juan se quedó pensando en el efecto calmante de aquellos vagones. Se estaba

bien, especialmente en el vagón de Bárbara... La bióloga, de pie, le observaba desde el centro de la estancia. Sabía a lo que venía. Lo llevaba escrito en la cara. Sus ojos de león acecharon al pez frío y resbaladizo que, de súbito, empezó a convertirse en sirena bajo su mirada, derritiéndole las escamas en una espiral de ansiedad. Juan fue aproximándose, lentamente, una zarpa detrás de la otra... Bárbara iba retrocediendo a cada uno de sus avances, hasta llegar al borde del acantilado. La pared sobre su espalda la retuvo para él. La tomó de las manos, y sus dedos empezaron a conversar entre ellos, hablando un lenguaje extraño. Se miraron con una mezcla de anhelo y pavor. Sus ojos se buscaban, a veces se miraban los labios. Bárbara acusó un temblor desconocido transitándole por las venas del alma. La respiración se le iba... Se le fue. La boca de Juan, materia prohibida, la iba tanteando, acercándose a sus labios desordenados de deseo... Bárbara perdió el equilibrio. Él la agarró de los brazos, para que no se cayera por el borde del abismo, y ella sintió que los escalofríos del placer la devoraban. El tren cogió una curva endiablada, y les empujó con su vaivén. Los labios de Juan se precipitaron sobre el volcán de sus deseos. Había soñado tantas veces que la besaba salvajemente, a veces incluso con furia, y ahora que era dueño de su boca sólo destilaba dulzura... La agarró de las mejillas, parándose a mirar de vez en cuando aquellos ojos, aquellos labios, y siguió besándola despacio, a pesar de la urgencia del deseo que palpitaba en sus pantalones, como si tuviera miedo de romperla. Era Bárbara, *su* Bárbara. Una hueste de gemidos nacidos del caos empezó a desatarse al compás de la respiración entrecortada de la bióloga. Juan los fue atrapando uno a uno en una nube de delirio.

La chimenea del tren bramó con furia y estruendo avanzando a toda máquina. Bárbara cogió las manos de Juan, y las atrajo por debajo de su camiseta. Se sintió desfallecer al notar su tacto. Se mareó. Tuvo que detenerlas un momento para recuperar el latido. Las piernas le temblaban. Jamás nadie la había hecho perder el sentido con sólo agarrarla de la cintura por debajo de la camiseta. Él se dio cuenta del poderoso efecto que surtía sobre ella. La abrazó susurrándole «Tranquila» al oído. Ya no había otro lugar en el que quisiera estar. Sólo allí, entre sus brazos. Había estado perdida mucho tiempo, pero ya había encontrado el camino a casa, ¡y era él! ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo había tardado tanto en darse cuenta? Juan la acunó en un vaivén casi

imperceptible contra su pecho, sin dejar de atusarle los cabellos. Le estaba acariciando el miedo. Juan también iba caminando por la cuerda floja, pero fue ajustando su frecuencia hasta unificar respiración con respiración. Volvieron a medirse beso a beso.

—Te deseo tanto... —murmuró ella.

—Quiero decirte algo, pero no puedo... —dijo él.

—Hablemos en susurros entonces, será como si no lo hubiéramos dicho nunca —le alentó.

—Te amo —le susurró al oído.

Pero el tren sí los oyó.

Continuaron besándose en una niebla de amor salpicada de lujuria. Los raíles chirriaron. Fuera, los lamentos de los niños se hicieron eternos, y llegaron a escucharse en el cielo, cruzando alaridos al viento, agujereando las nubes a gritos. Ya en la cama, se quitaron la ropa el uno al otro, aunque él todavía se quedó con los vaqueros puestos. El tren los espiaba entre sus hierros, piel con piel, adentrándose en los avernos de un desenfreno tan depravado como inocente. Eran dos adolescentes a punto de hacer el amor por primera vez, sólo que rozaban casi los cuarenta, y se habían deslizando antes sobre otros cuerpos, los suficientes como para perder la cuenta y olvidar sus rostros. Había algo perverso y luminoso entre ellos dos. Los gusanos de la lascivia cantaban arias de amor puro. La noche brillaba en sus entrañas encendidas de pasión.

Bárbara se estremeció en la blanca oscuridad del lecho. Una nebulosa de humedad reverberó en su sexo palpitante y líquido. Era agua derramándose, inundando la cama de espasmos. Estaba muy mojada. Se le estaba yendo la vida muslo abajo. «Joder», murmuró. «Hostia puta, joder», añadió. «Me vuelves loca», le susurró al oído después de besarle, frotar su mejilla contra la suya, y agarrarle del pelo. Era lo que Juan quería oír. Le encantaban las mujeres malhabladas entre las sábanas. Visitó todas las orillas de su cuerpo con las ansias de un coyote hambriento. Le dio la vuelta, y recorrió su espalda a pequeños mordiscos que no llegaban a serlo, succionó cada esquina, lamió cada herida, y acabó adorándole los glúteos, donde tampoco dejó un rincón sin

conquistar entre sus fauces. Su lengua trazó un camino vertical... Regó con su saliva la corona anal, y siguió bajando... Volvió a girarla para poder mirarla a los ojos. No quería perderse nada. Necesitaba ver el efecto que producía en ella reflejado en su rostro.

—Fóllame —susurró en un gemido de deseo apremiante. El mundo se había vuelto del revés.

Juan se desabrochó el pantalón.

—No me hagas daño —murmuró.

Él creyó que se refería al coito. Entró con suavidad, y empezó a penetrarla despacio. Bárbara le puso la mano en la cadera, y la apretó contra ella. Le gustaba marcar el ritmo. Quería subir de nivel. Juan le agarró el pecho izquierdo con la mano derecha. Ese fue su punto de apoyo. Tocarlo, acariciarlo, notarlo duro, pellizcar el pezón, chuparlo... Gimieron a dúo, trastornados, enfebrecidos. Él no dejó de mirarla a los ojos ni de cuidar su punto de apoyo. El tren serpenteó aullando de victoria y placer, viéndolos volar en busca del aleteo supremo. Ella anunció la venida primero.

«Eso es, así, linda, así...», le susurró al oído mientras la seguía.

Al cabo de un rato, volvieron a deshacerse en las efervescencias del deseo. Hubo escenario para torturas tiernas, amores depravados, lujurias cándidas, te quieros y quererés, alabanzas vejatorias. Lo divino se dejó hollar por lo corrupto. La irreverencia se murió de amor.

Amanecieron enredados en un abrazo siniestramente hermoso.

—Te he buscado en todas las mujeres que he conocido —dijo Juan.

—Yo también... —sonrió Bárbara.

Fueron libres por primera vez. Se habían entregado lo que nunca creyeron que podrían darse: Juan fue capaz de adorarla en cuerpo y alma, como jamás había podido hacerlo con nadie en este mundo. Miró a la bióloga, que yacía sobre él, hundida en el hueco de su cuello. Así que aquello era el amor. No estaba nada mal. Por su parte, Bárbara pudo dar rienda suelta al deseo que sentía por un hombre que no era una mujer, por raro que sonase. Ella sabía lo que se decía.

Eran viento enamorado. Qué desgracia. No se podía atrapar el viento con

las manos.

1985

## MI HERMANA SUSANA

El temporal de la costa venía recio. Las olas, cíclopes encrespados, se estrellaban contra el muelle estampándose la espuma. El padre de Juan bajaba por el paseo marítimo caminando de lado a lado. No había salido a faenar. Tampoco era el mejor pescador, pero le gustaba echarse a la mar, tener una novia en cada puerto y beber aguardiente. Sobre todo, el aguardiente. Los días buenos no había muchas trapisondas en casa, sólo la bulla de rutina: un par de bofetones a lo sumo. La que se llevaba siempre la peor parte era mamá. Alicia Rodríguez no había tenido mucha suerte en la vida. Rubén Jiménez era su segundo marido, y entre el anterior y este, «que entre el diablo, y escoja», como solía decir ella. Su primer marido, Esteban Posada, el padre de Susana, se estrelló contra un árbol una noche en la que, como de costumbre, regresaba conduciendo borracho a casa. Un milagro. Alicia dio gracias al señor por habérselo llevado antes de hora, pero la dicha le duró poco. Era su sino, enamorarse siempre del más canalla.

Juan era hijo del aguardiente. Todos decían que se parecía a su padre, pero era más bien «entreverao», como decía su abuelo; algo intrincado, una mezcla rara. Había aprendido a plantarle cara a la vida a base de correazos, y, a pesar de que sólo era un niño, hacía ya dos años que se había quedado sordo del oído izquierdo, aunque nadie se había dado cuenta todavía. Así de descomunales eran los tortazos que daba Rubén Jiménez a sus hijos. No fue la única secuela física que los malos tratos dejaron en él. Odiaba a su padre por el suplicio infernal al que los sometía cada día, y despreciaba a su madre por su indolencia. Odiaba al sol por alumbrar un nuevo día, y a los pájaros, por cantar cuando su alma lloraba por dentro; odiaba a los niños del colegio, a los profesores, y a la lluvia. Odiaba a todo el mundo menos a su hermana Susana. A Susana no. A Susana la quería.



Tenía seis años, y estaba harto de respirar. Pero en la vida, o te aclimatas, o te «aclimueres», y él decidió sobrevivir. «Si no eres el que está jodiendo, te están jodiendo», solía decir su padre. Nunca fue un modelo a seguir, pero tenía que reconocer que en aquello llevaba la razón, y la mejor manera de no llevarte un guantazo era atizar primero; pero si querías atizar, tenías que estar dispuesto a recibir candela. Juan se fue curtiendo a base de plantarle cara a Rubén Jiménez. Por eso la mayor parte de las veces era él quien cargaba con todas las hostias del costal. No le importaba. Cuantos más golpes recibiera él, a menos tocaba Susana. Si ella se salvaba, había esperanza. Su hermanastra tenía nueve años, tres más que él, pero cuando su padrastro se quitaba la correa no era más que una hormiga a medio pisar ahogándose de agonía. Juan, por el contrario, se crecía ante su progenitor: le escupía, le pegaba patadas y puntapiés, le tiraba los vasos a la cara, le insultaba con todas las palabras hirientes habidas y por haber que su corto vocabulario infantil conocía, y le amenazaba con matarle. Aquellos proyectiles envenenados no hacían ni cosquillas a Rubén Jiménez, y sí le daban muchas excusas para cebarse con Juan. Las trapisondas entre padre e hijo siempre acababan igual: Rubén 1 – Juan 0. El saldo negativo se iba anotando en el cuaderno con dientes rotos, piel quemada, hematomas, costillas quebradas, pérdida auditiva, contusiones, derrames oculares... Médicos, profesores, psicólogos... Todos creían que el niño se auto-infligía aquellas lesiones. Le habían visto hacerlo en la escuela en más de una ocasión, estrellar los puños contra la pared, pegarse cabezazos, buscar camorra con los otros niños, tirarse del árbol más alto. Era cierto. Aquellas acciones formaban parte de su gimnasio de dolor. Él tampoco acusaba nunca a su padre. Ya era tarde para confesarse. Eso era para los débiles y sólo podía traer más problemas.

Alicia no salía mucho mejor parada en las trapisondas, pero como el miedo le impedía enfadarse con Rubén, acabó pagándola con Juan, a quien siempre culpaba de todo: «¿Por qué tienes que provocarle?, ¿eh? Conseguirás que nos mate». Tal vez un monstruo, como todos creían, pero era un monstruo enamorado de Susana, o, al menos, todo lo prendado que un niño de seis años podía estar de su hermana. No había noche que ella no se metiera en la cama con él, buscando un refugio para su miedo. Tenía los ojos encharcados de tristeza, pero Juan lograba seducirla con sus juegos. Sabía cómo cortejar la

pena y arrancarle una sonrisa al mismísimo dolor. Podían esconderse en mil sitios: en el armario, el sótano, el coche, la despensa... El único sitio donde estaban a salvo era abrazados. Pero aquella noche de temporal el abrazo no les salvó porque Rubén entró para sacar a Susana de la cama llevándosela a rastras. Juan saltó sobre la espalda de su padre agarrándole del cuello y pegándole puñetazos en la cabeza. Entonces le mordió en la oreja con tanta rabia, que le arrancó un buen pedazo. Rubén aulló como un condenado. Soltó a Susana. Bien, era lo que Juan quería. Entonces estampó a Juan de espaldas contra el marco de la puerta.

Debió de permanecer sin conocimiento durante un buen rato porque lo siguiente que recordaba era despertarse aturdido de dolor. Se palpó la sangre viscosa en la cabeza. Hizo un esfuerzo soberano por incorporarse. Buscó por toda la casa, pero no había nadie. Su madre tenía turno de noche en la fábrica de conservas. Salió al jardín, y recibió el revés del aire fresco en pleno pescozón. El viento huracanado azotaba las ramas de los árboles, chillando con saña. El quejido del vendaval se enredó con un grito perdido en mitad de la tormenta. ¡Era su hermana Susana! Provenía del cobertizo. Corrió hacia allí, empujado por un solo pensamiento: «No, a ella no, a ella no. Métete conmigo hijo de puta». Abrió la puerta de par en par, y se encontró con una imagen horrible. Su padre tenía los pantalones bajados. Sabía lo que pretendía hacerle. Le había visto hacérselo a su madre miles de veces. De algún modo, intuyó que estaba mal. Cogió el primer palo que encontró a mano, y se fue directo a asestarle un golpe con todas sus fuerzas en las piernas, a la altura de las rodillas. Lo suficiente como para hacerle caer durante unos instantes. Susana se zafó como pudo, y cogió de la mano a su hermano Juan, que todavía aguantaba allí con el palo entre las manos, esperando a que su padre se levantase para volver a darle.

—¡No! ¡Vámonos! —le dijo.

Juan todavía se resistió, pero Susana le arrastró de la mano.

Salieron corriendo sin soltarse. No sabían adónde ir, sólo querían escapar de las garras paternas. Llegaron al embarcadero, y pararon a recuperar el aliento. Rubén no tardó en aparecer tras la cortina de lluvia que se había desatado. Llevaba el mismo palo con el que Juan le había pegado, y lo iba golpeando contra la palma de su mano, anunciando lo que estaba por venir.

—¡Ven aquí, malnacido! —bramó.

Un relámpago parpadeó alumbrando el cielo durante unos segundos. Los truenos barrieron el horizonte. Susana estaba tan atemorizada, que se meó allí mismo. Juan vio caer el chorro, después la miró a la cara desfigurada de terror. Quería decirle algo, pero no le salían las palabras. Tenía el miedo cosido a la boca. Juan leyó sus ojos. Decían: «¡Sácame de aquí!».

—¡Ven! —Tomó de la mano a Susana, y la subió al bote. Empezó a remar con todas sus fuerzas.

Rubén se subió a otro bote, y fue tras ellos. Estaba muy borracho, pero seguía acumulando más fuerza en los brazos de la que podía tener un niño de seis años, por mucha adrenalina que llevase en el cuerpo. Las aguas bravas amenazaban con hacerlos volcar. Nadie en su sano juicio se habría echado al mar con aquella tormenta, pero es que ninguno de los tres estaba en sus cabales. Rubén no tardó en alcanzarles. Juan trató de defenderse con los remos, pero su padre consiguió deshacerse de ellos y tirarlos al mar.

—¡No le dejes hacerme daño! ¡No le dejes! —le suplicaba su hermana—. ¡Juan! ¡Juan! —Lloraba angustiadamente.

Su padre saltó al bote, y los tres se tambalearon intentando mantener el equilibrio.

Susana emitió un grito agudo de terror, y se agarró a Juan.

—¡Cállate! ¡Vas a saber lo que es bueno! —gritó Rubén.

Juan no tuvo mucho tiempo para reaccionar. Era atacar o huir. Y atacar no iba a servir de nada esta vez, ni siquiera para ganar tiempo. No había forma de vencer a Rubén Jiménez, pero no pensaba dejar que volviera a tocarla. Las palabras de su hermana taladraron su cabeza: «¡No le dejes hacerme daño!» ¡Juan! ¡Juan!». La empujó. Empujó a su hermana Susana en el espacio de un trueno. La tiró a las aguas negras en mitad de la tormenta. Sabía nadar. ¡Podía salvarse, y huir hacia la orilla!

—Pero ¿qué has hecho, canalla? —gritó Rubén.

Forcejaron. Juan, como siempre, salió perdiendo. Su padre le hinchó a golpes secos y certeros hasta hacerle perder el sentido. Nunca supo lo que pasó después. Despertó en un camastro del retén policial.

Susana jamás llegó a la orilla.

Su madre le dijo: «Tú ya no eres mi hijo. ¡Monstruo!».

Su padre le dijo: «Como te vuelva a ver aparecer por esta casa te mato».  
Su abuelo no dijo nada.

Las autoridades resolvieron dejarlo bajo la tutela de su tía Elvira, la única dispuesta a hacerse cargo del pequeño fraticida. Sabía bien cómo se las gastaba su hermano. Se había criado rodeada de hombres como él. Sin ir más lejos, su padre era uno de ellos. No podían quedarse en el pueblo. Era su oportunidad para escapar del destino de sumisión que la esperaba.

La tía Elvira fue la única que supo entrever la aflicción que pesaba en el corazón de aquel niño. Sentía como la que más la muerte de su sobrina Susana, pero no podía creer que Juan la hubiera matado. Aquel crío podía ser un cuervo y sacarte los ojos a picotazos si se empeñaba, pero siempre había adorado a su hermana, y todo el mundo sabía que los cuervos tenían un corazón de oro. No podía saber lo que había pasado aquella noche, y Juan era de aquellos a los que no se les podían sacar las palabras ni con tenazas, pero tenía todo el tiempo para averiguarlo. De momento, empezaría por hacerle la pregunta más sencilla de todas:

—¿Cómo estás?

Juan no dijo nada. Sólo lloró. Era muy duro ser duro todo el tiempo. Y echaba de menos a Susana...

## EL DOMADOR DE LOS MIEDOS

Jackson esperó a que sus padres estuvieran durmiendo. Las ranas croaban sobre los nenúfares de la balsa. El caballo relinchó. Era un ejemplar del mundo del espectáculo, demasiado viejo, ciego de un ojo, que sus padres habían salvado del sacrificio. Oyó los cascos. Se estaba acercando.

—Shssst, no vengas, quédate ahí... —susurró.

Tarde. Lo tenía restregándose el hocico contra su pecho. Era tan bajito, que lograba empujarle a cada empujón. Siempre había sido el más bajito de la pandilla, no como Juan, el niño nuevo que acababa de llegar a Espuelas. Él sí que era larguirucho. Su madre le decía que todavía tenía que dar el estirón, y que algún día sería el más alto de todos ellos. Y sí, era cierto que crecería, pero no tanto como Juan.

Jackson se emocionó mucho cuando el norteño llegó a Espuelas. No sólo era nuevo, sino que era... Raro y misterioso. Se esforzó por caerle bien: le dio un *walkie-talkie* y le construyó una cajita de madera decorada con lacre, de esas que tanto gustaban a Bárbara. Aceptaba los regalos sin dar las gracias ni mostrar un ápice de efusividad. «Vale», era lo único que decía. Jackson estuvo a punto de darle la espalda. Aquel tipo iba a su aire, y no parecía estar interesado en tener amigos. Al contrario, se estaba sembrando muchos enemigos en el patio. Le había roto la nariz a Miguel El Pegón, que ya era decir.

Pero un día, hizo algo que Jackson jamás olvidaría. Miguel El Pegón había hecho una pintada en el muro del traspatio, donde los profesores no acertaban a verla desde su puesto de vigilancia. Las letras negras y gigantescas decían: «BÁRBARA MARIMACHO». A Juan no le pasó desapercibida. Precisamente el traspatio era el rincón que más frecuentaba durante la hora del recreo. Se sentía protegido por el hueco de aislada oscuridad donde un alma sombría

como la suya podía esconderse sin llamar la atención. Supo al instante quién había escrito la mamarrachada. Agarró de la pechera al primero que pasó por allí, Jackson:

—¿Lo ha visto Bárbara ya?

—Creo que no... —dudó Jackson.

—Tráelo aquí... —ordenó.

Jackson sabía a quién se refería: a Miguel El Pegón. No le hacía ninguna gracia hacer de correveidile ni meterse en aquellos asuntos, pero accedió. Miguel El Pegón vino acompañado con dos mafiosos de parvulario. Juan ya le había roto la nariz una vez. No lo iba a volver a coger por sorpresa.

—Bórralo —le ordenó Juan, señalando el cuerpo del delito.

—Bórralo tú si quieres —le retó Miguel El Pegón.

Juan se tiró encima de él, le agarró del pelo, y le estrelló la cara contra la pared, como solía hacerle su padre a él, en cuestión de décimas de segundo. La escolta de mafiosos salió corriendo. Miguel El Pegón empezó a llorar de rabia y aturdimiento.

—¡Que lo borres! ¡Táchalo! Y escribe: «MIGUEL EL PEGÓN ES UN CAGÓN».

Jackson estuvo a punto de manchar los calzoncillos, pero Miguel El Pegón claudicó con un par de guantazos más. Jackson nunca había visto a nadie pegar con tanto odio y precisión.

—¡Y tú! —le dijo luego a él—. Ni se te ocurra decirle nada a tu amiguita. Ya bastante tenemos.

—¡Sí sí! ¡Digo, no no! —contestó Jackson.

Bárbara nunca lo supo.

Unos días más tarde, Juan se acercó a él con gesto serio y decidido. Jackson empezó a temblar. A juzgar por el gesto, parecía muy enfadado. Estaba convencido de que le iba a dar un puñetazo, aunque no lograba recordar qué podría haber hecho para enojarlo.

—El jueves a las seis en mi casa, no faltes —le dijo.

Jackson parecía no entender.

—Es mi cumpleaños. Mi tía dice que tengo que traer a cinco niños como mínimo. Trae a tu pandilla.

Jackson seguía alucinando. Sentía una total y absoluta admiración por Juan,

aquel niño mayor, aquel niño anciano, que no hablaba ni actuaba como los demás. Era especial, y Jackson tenía muy buen olfato para lo especial: Juan era de serie limitada.

Llegó el jueves, y Jackson, Bárbara, Tony, Marian y Maite, se presentaron en casa de Juan. Vivía en la vieja casona de la esquina del Doblón, en las afueras de Espuelas, una casa de semblante gótico que había permanecido abandonada desde que él tenía uso de razón, alrededor de la cual circulaban mil y una historias de encantamientos. Un motivo más para sentirse atraído por Juan, y por todo lo misterioso que le envolvía. La tía de Juan, a la que todos empezaron pronto a llamar la Tía Elvira, porque con el tiempo acabaron convirtiéndose en sobrinos de adopción, la había transformado en un auténtico hogar, e incluso había desmalezado el inmenso jardín, que más que jardín siempre había parecido un cementerio, convirtiéndolo en el precioso huerto de naranjos en el que llegarían a pasar los mejores años de su infancia.

Cuando llegaron a su fiesta de cumpleaños, la tía Elvira los estaba esperando con unos sándwiches de Nocilla, paté La Piara, gusanitos, patatas, aceitunas y refrescos varios: Mirinda, Coca-Cola y Fanta Limón. Juan fue un anfitrión bastante pobre, y no le vieron sonreír en toda la tarde, pero la Tía Elvira suplía las carencias de su sobrino agasajándoles con su magnífica sonrisa y amabilidad. En aquella casa había una televisión en color, como las que tenían en casa de Tony, y no una en blanco y negro, como la de Jackson; también había un vídeo VHS, lo cual era una pasada; en el cuarto de Juan había unas estanterías con varias colecciones de cuentos juveniles; un gran escritorio con puzzles, juegos de mesa y otros divertimentos; Jackson se dio cuenta de que Juan tenía el *walkie-talkie* que le había regalado en la mesita de noche.

Después del pisolabis salieron a jugar al huerto de los naranjos. Juan se quedó ensimismado con un pequeño tren eléctrico que Tony le había traído como regalo de cumpleaños. Fue el único en llevar regalo, tal vez porque la Tía Elvira trabajaba como asistente en casa de sus padres, y habían tenido la ocasión de conocer a Juan porque los fines de semana se lo llevaba con ella al trabajo. No tenía a nadie con quien dejarlo. Así fue como Tony y Juan empezaron a tener contacto de continuo, por aquellos sábados y domingos en los que pasaban el día juntos, normalmente montando raíles y vagones en las

maquetas de trenes con las que el chico de los Malverde estaba obsesionado, aunque a veces también veían películas en el Super Cinexín. Juan vivía maravillado por aquellas tecnologías: que si *walkie-talkies*, que si proyectores de vídeo, trenes eléctricos... Él jamás había tenido nada de eso. Y a Tony le encantaba tener público cuando se ponía la gorra de jefe de estación y hacía sonar el silbato: «¡Viajeros al tren!». Juan no era muy hablador, pero era el único niño al que sus padres dejaban entrar en casa. Jackson, Marian y Bárbara no llegarían a entrar en la mansión de los Malverde más que en contadas ocasiones, no fuera a ser que les rompiera la vajilla, pero más que nada, porque la madre de Tony odiaba a los niños, y ya bastante engorro le suponía tener que hacerse cargo de su propio hijo. Así que cuando la Tía Elvira empezó a invitar a los muchachos a hacer los deberes en su casa, darles la merienda, organizarles fiestas, y mandarlos a jugar en el Huerto de los Naranjos, vio el cielo abierto.

La fiesta de cumpleaños acabó, y la tía Elvira les dijo:

—Volved el viernes a la misma hora. Haremos palomitas, y veremos una película.

Aquel viernes Jackson se presentó con uno de sus libros favoritos, un libro de tapas duras sobre minerales con fotografías fabulosas. Estaba muy gastado, sobre todo por los bordes, de tantas veces que lo había hojeado. Se moría de ganas de prestárselo a Juan.

El caballo volvió a relinchar. Jackson se deslizó hasta alcanzar la portezuela del sótano. Desenvainó el cerrojo, encendió la luz, y cerró la puerta tras de sí. Bajó las escaleras con sigilo, y cogió un martillo del banco de herramientas. Luego arrastró una silla al centro, justo debajo de la bombilla. Respiró hondo varias veces, y golpeó el foco con el martillo, como si fuera una piñata. El sótano quedó envuelto en la más absoluta oscuridad. Después tanteó la silla con el pie, y se sentó. Le daba miedo quedarse a oscuras, y estaba decidido a superarlo. El vértigo lo había superado tirándose desde un balcón de una primera planta. Se las apañó para caer usando una técnica que había aprendido en las clases de kárate, de forma que en vez de partirse la crisma, sólo se rompió un dedo. A sus padres les dijo que se había caído de un árbol, y no les pareció raro, porque Jackson era un muchacho bastante inquieto y nervioso, y



era habitual verlo en dos sitios a la vez de lo rápido que podía llegar a moverse y cambiar de una cosa a otra. La cuestión es que desde aquel día Jackson jamás volvió a tenerle miedo a las alturas, y esperaba que encerrándose en el sótano pudiera vencer el terror a la oscuridad, porque la tía Elvira les había invitado a quedarse a dormir y a hacer una acampada en el huerto de los naranjos, y le daba vergüenza decir que él necesitaba dormir con una luz encendida; claro que él no sabía que Tony se meaba en la cama. De haberlo sabido, lo suyo le habría parecido una menudencia.

Sintió cómo la oscuridad le abrazaba el pecho, y soplaba en su nuca. Jackson se puso rígido. Lo malo de estar en tinieblas era que empezabas a notar presencias alrededor, formas invisibles, pero increíblemente densas, rodeándote sibilinamente. Un escalofrío interminable le palpitaba en todos y cada uno de los poros de su piel. Estaba más helado que un témpano, y tan tenso, que si hubiese tratado de picarle un abejorro se habría roto el aguijón. Los segundos se le hicieron eternos. Aquello iba a ser mucho más difícil que saltar por el balcón. Por lo menos el salto apenas duró unos segundos, aunque, bueno, la escayola que le pusieron después en el dedo sí fue un engorro bastante más duradero. No tendría que haber hecho el experimento en junio. Estuvo todo el verano sin poder bañarse en las piscinas municipales, viendo cómo los otros se zambullían y chapoteaban mientras él se comía el bocadillo debajo de los pinos, asándose de calor. Menos mal que Bárbara se salía del agua para estar con él, y mira que a Bárbara le gustaba nadar.

Las vigas crujieron. Creyó oír algo por el suelo. ¿Un ratón? Trató de respirar normalmente, tenía el pecho encogido. Se estaba arrepintiendo. El deseo de abandonar se fue haciendo más intenso por momentos. Se imaginó a sí mismo levantándose y tratando de encontrar a tientas el camino de vuelta hacia la puerta de salida del sótano, trastabillando por culpa del pánico con los cachivaches del suelo y rompiéndose la crisma que no se había roto durante el día del salto. «Estate quietecito Jackson», dijo en voz alta. «Aguanta». Se puso a tararear la canción de Barrio Sésamo, Naaaaananá, nananá, naaaaananá nanananaaaaaanaaaaaananá... Probó con otra. Pintaaaar, pintaaaar, pintar sin parar, mojar extendeer y vuelta a empezaaaar. Las vigas volvieron a crepitar. El corazón a mil. Necesitaba algo más potente. Decidió improvisar: «Me llamo Jackson, y soy valiente, valiente, valiente, conmigo

nadie puede, puede, puede, y de aquí no me muevo, muevo, muevo, porque soy valiente valiente, valiente». Unos cuantos ruidos raros después, seguía sintiéndose angustiado, pero con la firme voluntad de pasar la noche en el sótano. Al fin y al cabo, había decidido vencer el miedo a la oscuridad, y cuando Jackson tomaba una decisión, la llevaba adelante con firmeza. No había vuelta atrás. Al cabo de unas horas el sueño y el cansancio empezaron a hacer de las suyas. Quién lo iba a decir. Ya no tenía miedo. Ahora lo que tenía era unas ganas incontenibles de irse a la cama. Dio varias cabezadas en la silla, y finalmente se levantó. Estaba tranquilo. Caminó despacio, no quería tropezar. Palpó a ciegas hasta dar con el picaporte de la puerta, y salió. La luna seguía ejerciendo de luminaria real allá en lo alto del cielo, aunque se había movido de sitio. El caballo sacudió las crines.

—Bonito —susurró Jackson acariciándole el hocico.

Entró en la casa como una exhalación, y se fue con pies de gato hasta su habitación, guiado por la pequeña lamparita con cabeza de payaso que siempre había encendida en su mesilla de noche. Se envolvió en la colcha, apagó la luz, y suspiró aliviadamente. Tenía los pies fríos... Pero ya no tenía miedo a la oscuridad.

Aquella noche durmió como pocas. Qué ligero se iba por la vida sin miedo. Se agarró bien a la mullida almohada de la libertad. Había conseguido amaestrar a los monstruos.

Jackson el valiente se hizo un poco más mayor aquel día.

## EL PATITO FEO

En casa de Marian olía siempre bien, porque tenían un pequeño jardín delantero en el que campaban a sus anchas los jazmines, la hierbabuena, el espliego, las rosas, el galán de noche, la ajedrea y otras plantas aromáticas, disputándose un trozo de tierra. En primavera las abejas rendían sus visitas, zumbido va, zumbido viene, y Marian cruzaba el umbral corriendo de histeria. Le había picado una hacía un par de años, cuando la pisó al salir de la piscina, y desde entonces no podía con ningún bicho viviente alado perteneciente a la familia de los insectos.

Miró el reloj. Faltaban dos minutos para la hora de la comida, y papá estaba en casa de permiso, y cuando eso sucedía, se imponían los horarios y las normas. Fue a lavarse las manos y a asearse un poco. El modo en el que uno se sentaba a la mesa era tan importante como el momento. Su padre era militar, y si en ese instante le hubieran dicho que acabaría casándose con uno, jamás lo habría creído. Odiaba toda aquella disciplina borreguil.

A juzgar por el aroma procedente de la cocina su madre había hecho cordero al horno. Se fue directa al comedor. Su padre ya estaba presidiendo la mesa. Llegaba con el tiempo justo, pero llegaba. No podría tacharla de impuntual. Al contrario. Había llegado muy a punto. Su madre sirvió los platos. Marian estaba muerta de hambre, y qué bien olía, por dios, qué bien olía, con su salsa al ajillo, sus hierbas, sus patatas asadas de acompañamiento... Empezaron a comer.

—A partir de ahora quiero que le peses la comida a la niña —dijo su padre a su madre—. Como siga zampando así va a explotar. Retírale la mitad de la ración. Y se acabaron los postres, y me estoy refiriendo a los dulces, tanta tarta y tanto pastel. Una pieza de fruta, y va que chuta.

La madre de Marian se levantó rauda y veloz a levantarle el plato a la niña,

y empezó a aligerarlo.

—Menos, menos —le indicó su marido.

—Pero está creciendo —replicó tímidamente su esposa.

—Lo que está creciendo es a lo ancho. No te preocupes que no se morirá de hambre, no... Tiene buenas reservas... Pues menudas lorzas.

Marian asistía a la conversación como si la cosa no fuera con ella. Sus padres tenían la manía de comentar lo que le concernía como si no estuviera delante. De sobra sabía ella que estaba gorda. Los niños del colegio la llamaban Porky, y hacían «Oink, oink» cada vez que pasaba por los pasillos, pero era la primera vez que oía a su padre proclamar aquellas cosas tan horribles sobre su aspecto físico.

Su madre volvió a ponerle el plato, ahora exiguo, delante.

El disgusto no había conseguido apaciguarle las tripas. Seguía teniendo mucha hambre.

—¡Y come más despacio! —gritó su padre dando un manotazo sobre la mesa que hizo temblar toda la vajilla—. Que pareces un cerdo...

«Oink, oink» pensó Marian mientras trataba de deglutir más despacio. Aquel día empezaron las dietas, los médicos, las básculas... Y el peligroso hábito de robar comida de la despensa, acumular y devorarla secretamente, cuanto más grasosa y calórica, mejor.

Un día su padre le dijo que en menos de un año la quería ver como a su amiga Bárbara. Qué fácil era decirlo. Si él supiera... Bárbara nunca tenía hambre. Había que recordarle siempre que era la hora de llenar el buche, y comía más por obligación que por placer. Además, todo el mundo decía que Bárbara era «puro nervio», como solía decir la abuela Refugio.

El hambre, lejos de apagarse, se fue haciendo cada vez más voraz. Marian no sabía lo que era la bulimia, pero tenía algunos síntomas que pudo ir capeando con los años. Sin embargo, su padre seguía poniéndola a prueba.

Llegarían más comentarios vejatorios con el tiempo, cosas para las que no estaba preparada, pero habría de sufrir, como aquella noche en la que volvió a casa llorando tras pelearse con otras niñas del colegio:

—¿Qué ha pasado? —preguntó su padre.

—Unas niñas del colegio...

—Ya estoy harto de verte lloriquear por los rincones. ¿No será que el

problema eres tú? —sentenció—. Algo habrás hecho...

Su primer día de dieta no le impidió salir a jugar a la calle con sus amigos, pero los astros seguían torciéndole el gesto, y acabó pisando un clavo bien gordo con todo el talón. Lloró a rabiar.

Al llegar a casa su padre la tomó en brazos, examinó la herida, y se dispuso a sacarle el clavo, no sin antes decirle:

—¿Vas a portarte como un hombre o vas a llorar?

Era lo que hubiera querido que fuera Marian: un hombre. Pero había cometido el error de nacer mujer, y de dejar malherida a su madre durante el parto. Jamás podría volver a tener más hijos, y, con ello, se desvanecieron todos los sueños de su padre por tener un varón.

Su padre le arrancó el clavo. Marian lanzó un grito ensordecedor al cielo, pero no lloró. Se aguantó las lágrimas. Después, cuando le pusieron la antitetánica, hizo otro esfuerzo desmedido. Ser un hombre era una mierda.

Había algo que su padre seguía sin poder explicarse: cómo era posible que su hija tuviera amigos, y, en concreto, que fuera amiga de Tony, el heredero más prometedor de toda la provincia en aquella época. Marian habría de pasarse la infancia pasando hambre, la adolescencia matándose en el gimnasio, y su primera juventud, ya con un cuerpo más que perfecto, «pura fibra», como diría la abuela Refugio, intentando seducir a todos los hombres de la academia policial; y todo porque cuando empezó a salir con Tony, su padre dijo algo que se le quedaría grabado en la mollera:

—¿Adónde vas? —le preguntó levantando la vista del periódico.

—Tony va a pasar a buscarme para ir al cine.

—Muy bien... Dile a Bárbara que ya le he mirado lo de la escuela de Marina. Que se pase a por la documentación cuando quiera.

—No voy a ver a los otros. Sólo a Tony.

Aquello sí que era inédito. Marian y Tony. Vaya, vaya. ¿Qué te parece?

—¿Estás saliendo con el hijo de los Malverde? —preguntó extrañado.

—Sí —contestó llena de orgullo, aguardando su aprobación.

Hacía un par de semanas que el chico más guapo y deseado de Espuelas le había pedido una cita. Marian se había quedado súper delgada con tanto aeróbic, tanto *fitness* y tanto prepararse las pruebas físicas para entrar en el

cuerpo. Había pasado de ser un patito feo a convertirse en un precioso cisne, aunque todavía no acababa de acostumbrarse al nuevo plumaje. Pasaba ratos mirándose al espejo cual Narciso buscando su reflejo en el agua. Tony no había sido el único que había notado el cambio.

—Ya me extraña...

—¿Qué quieres decir?

—Que un hombre como él jamás se fijaría en alguien como tú... Ese lo único que quiere es bajarte las bragas —dijo, volviendo a hundir la vista en el periódico.

Y eso es lo que Marian le dejaría hacer a Tony aquella noche: bajarle las bragas. De hecho, fue ella la que le bajó los calzoncillos primero, porque, ¿y si ni siquiera valía para eso? Había ganado algo de autoestima adelgazando, pero sólo era una trampa que apenas duraba unos segundos. Volver a llenar el depósito de autoestima requería seducir al sexo opuesto, cuanto más poderosos, atractivos e inaccesibles mejor.

La pequeña Marian regresó al colegio con una sensación de malestar difícil de atrapar con palabras. ¿Tal vez fruto del hambre? Apenas había podido echarse al estómago un par de bocados de cordero, y un oso hambriento no bailaba. No podía concentrarse en los deberes. Entonces Bárbara, sentada en el pupitre de enfrente, se giró y le dijo:

—Tu madre ha hablado con la mía. Nos dejan ir a dormir a casa de Juan.

Aquella noticia la puso tan alegre, que ya no volvió a preocuparse por lo que había dicho su padre. Bárbara volvió a sus asuntos. Marian le dio un par de toquecitos con los dedos en la espalda. Su amiga se giró de nuevo.

—¿Qué?

—Dame regalices. He visto que has comprado en el quiosco de Baldomero antes de entrar al colegio —pidió Marian.

Bárbara metió la mano en el bolsillo, y sacó una bolsita de plástico. Extrajo regaliz, y se lo alargó sin que la maestra se diera cuenta. Marian la engulló con la ansiedad de un chucho callejero.

Por la noche se escapó de la cama en dirección a la despensa, y se atiborró de comer todo lo que pudo, un poco de aquí, un poco de allá, para que no notaran la falta. Fue algo grotesco, casi obsceno.

## LA NIÑA MISTERIOSA

**B**árbara llevaba cuatro horas sentada a la mesa. Su madre no la dejaba levantarse hasta no acabar el plato. Pero Bárbara había nacido desganada. Ya desde bebé le hacía ascos al pecho. Su madre había hecho con ella lo que con ninguno de sus hermanos: llevarla al parque a darle la merienda, a ver si allí hacía hambre estirándose los nervios. Además, resultaba difícil mantenerla encerrada en casa. Las primeras palabras que aprendió a decir fueron «papá, mano, calle». Bien sabía ella que el único que la llevaba de bureo era su padre. Algunos domingos papá se vestía de bonito, y salían a dar una vuelta por la Glorieta. Él la llevaba siempre de la mano, y Bárbara no podía dejar de mirar el lustre deslumbrante de sus enormes zapatos, deambulando tranquilamente por las baldosas blancas y rosas para que ella pudiera seguirle el paso, desfilando con las puntas hacia fuera. Otras veces la cogía en brazos, y era como subirse a la rama protectora de un árbol gigantesco y frondoso. Papá era un roble tan alto como el cielo. Papá la quería.

Otras veces él se la llevaba al monte a buscar setas y caracoles. Así fue como perdió un día su osito de peluche. Lo llevaba colgando de un bolso bandolera. Debió de caerse en algún momento sin que ella se diera cuenta. Cuando Bárbara descubrió al llegar a casa que el bolso estaba vacío rompió a llorar desconsoladamente. Papá regresó al monte, y no descansó hasta encontrar el peluche. Regresó entrada la noche con el oso entre sus manos. Tampoco tenía corazón para verla sufrir cada vez que su madre intentaba obligarla a comer.

—Déjala, si no quiere comer que no coma —le decía su padre a su madre cuando ésta trataba de hacerle entrar la cuchara en la boca a la fuerza.

A la madre de Bárbara, que era de buen comer, le habría encantado tener una hija como Marian, a la que poder cebar a gusto. Uno nunca estaba contento

con lo que tenía. Qué vida esta... Pero lo que más, más, más le fastidiaba, era que cuando la dejaban en alguna casa sí comía. La niña había salido tan educada, que si no estaba la madre delante para hacerle de embajadora y decirle a la anfitriona: «No le pongas judías al caldo, que no le gustan», no se quejaba, y apuraba el plato sin rechistar. Le daban ganas de estamparla: qué hija tan puñeteramente diplomática le había salido, ya con esa edad. Cuando le preguntaban las típicas tonterías de «¿A quién quieres más, al papá o a la mamá?» y cosas así, ella siempre respondía: «A todos». Un día, sus hermanos estaban jugando a lucha libre sobre el sofá. Ella estaba en medio de los dos. Ambos se la disputaban como aliada en la contienda. Bárbara no podía decidirse. Si se aliaba con su hermano, le daba pena su hermana. Si se aliaba con su hermana, le daba pena su hermano. Era un ser extremadamente indeciso, y con una vasta facilidad para sentirse culpable y cargar con culpas inventadas, aunque nadie sabía muy bien por qué.

Su languidez iba pareja a la expresión seria y melancólica que siempre vestía su rostro. «¿Por qué estás tan seria?», era la pregunta que le hacía su tía Lola cuando iba de visita. «No sé, porque soy seria», respondió ella finalmente un día. A partir de entonces los familiares justificaban su carácter diciendo aquello de «Es que ella es así». A los once años la apuntaron a clases particulares de inglés. La profesora la veía a veces sentada en su pupitre, mirando la nada, con los ojos acuosos y encharcados de tristeza, a punto de llorar. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué sufría aquella niña? Con la excusa de llegar al fondo del asunto, pidió a los padres que la trajeran a todas las clases porque la niña, ciertamente, era tan inteligente que lo absorbía todo. Lo que en realidad quería era tener cerca a esa alumna tan enigmática suya, vigilarla, hablar con ella. Bárbara pronto aprendió a dominar el idioma. Tenía una mente prodigiosa. Sin embargo, su profesora, no logró desentrañar el misterio de aquellos ojos perdidos de tristeza. Había hablado con ella, había investigado en su ambiente familiar y escolar. Nada. Ese mismo año Bárbara tuvo su primer periodo, y mientras todos lo celebraban alrededor, «ya tenemos una mujercita», había comentado papá delante de su tía Lola un día, sumiéndola en la más absoluta de las vergüenzas, ella se refugió todavía más en su interior. Cada vez que le bajaba la regla guardaba las compresas usadas en una bolsa de plástico que escondía en el armario, esperando que llegara el



momento de poder deshacerse de ella. No quería echarlas al cubo de basura de la casa, ni que nadie las viera. No quería dejar rastro. Las compresas se iban acumulando en la saca del armario sin que tuviera la oportunidad de sacarlas de la casa discretamente. Un día, su madre descubrió el asqueroso arsenal.

—¡Será guarra! ¡Guarra! ¡Guarra! ¡Guarra! —empezó a gritar como una posesa, chillando agudamente.

Todos los vecinos del bloque se enteraron. La madre de Bárbara, sencillamente, se volvió loca, y no dejó de insultar a su hija. Bárbara se quedó acurrucada en un rincón, llorando, sin saber qué decir. La bronca fue de las más descomunales que recibiría en toda su vida. Y la palabra que la estuvo persiguiendo durante muchos años fue: «Guarra», lo cual, indudablemente, equivalía a «sucia».

A la madre de Bárbara jamás se le ocurrió preguntarle a su hija por qué escondía las compresas usadas en el armario, y si le hubiera preguntado, tal vez tampoco habría sabido explicarlo. Era el pobre Juan quien siempre estaba en la consulta del psicólogo mientras Bárbara pedía ayuda a gritos, sin que nadie la oyera.

Jamás nunca nadie logró desvelar el secreto de su tristeza ni la causa de sus miedos.

Cuando Jackson le habló por primera vez de Juan ella receló. Tenía por costumbre emocionarse demasiado con la gente. Bárbara desconfiaba por sistema de los desconocidos, aunque luego se le iba pasando. La primera vez que se vieron en casa de la Tía Elvira apenas cruzaron palabra, pero se miraron de reojo muchas veces, y en más de una ocasión se sorprendieron haciéndolo, cosa que contribuyó a aumentar todavía más el recelo. La Tía Elvira se quedó mirándolos, cruzada de brazos. Aquella niña se parecía mucho a Susana, con ese semblante de tristeza enganchado a la mirada. Y también se parecía mucho a Juan, tan flacuchos y alargados, con esas greñas descuidadas, y esos aires desgarrados y románticos, que parecía que iban a cogerse de la mano e irse al cementerio más cercano a escribir poemas malditos y lamentarse sobre la desgracia de vivir. Eran un ciego guiando otro ciego, y la mayoría de veces iban directos al hoyo, como es normal, pero tenía

que reconocerlo, le encantaba verlos juntos; aunque en realidad adoraba tenerlos a todos allí, bajo sus faldas de gallina, rodeada de polluelos. Eran sus «niños perdidos», sus «niños remendados», y con el tiempo llegó a conocer todos y cada uno de sus secretos... Menos el de Bárbara. Ese no. La niña era inteligente, brillante, especial, y parecía tener la familia perfecta, la vida perfecta... Ni tan siquiera la echaron a la calle el día que se plantó en casa diciéndoles a sus padres que era lesbiana. Entonces, ¿cuál era su problema?

## EL TESORO DE LOS MALVERDE

«¿Podemos celebrar mi cumpleaños aquí, como hizo Juan en casa de su tía Elvira? Me gustaría invitar a mis amigos», —fue la pregunta con la que Tony sorprendió a su madre aquella mañana.

—Ni pensarlo.

—Bárbara dice que...

—Bárbara está a un paso de ser una cabra... No te extrañe que de la noche a la mañana se ponga a balar —le cortó.

Tony no lo sabía, porque todos los niños creen que sus madres les quieren, pero la suya no le quería. En sus tiempos todavía reinaba la idea de que el propósito de una mujer era casarse y tener hijos. El río de la vida te empujaba a hacer esas cosas, y a ella la corriente la arrastró con fuerza, aunque no tuviera instinto maternal, ni le gustaran los niños. Más que eso: los odiaba. No había nacido para ser madre, eso era todo, pero si te atrevías a decir algo así en Espuelas, te lanzaban campanario abajo, así que había que apechugar.

La casa de Tony era una mansión de mármol y lujos. Piscina climatizada, gimnasio, cochera, pista de tenis y jardín japonés, aunque la Tía Elvira decía que lo que verdaderamente distinguía a una casa de ricos era el número de cagaderos que tenía. La mansión de los Malverde tenía seis aseos. Corría el rumor de que su familia había hecho fortuna por una golondrina de oro vivo que fabricaba billetes por las noches, y algunos creían que era verdad, porque el modo en el que los antepasados de Tony habían levantado su imperio estaba lleno de tantos agujeros, que sólo podía explicarse con aquellas elucubradas fantasías. Con el paso de los años el mito de la golondrina de oro vivo se convirtió en la versión oficial. Ni tan sólo el abuelo de Tony sabía la auténtica verdad. ¿Quién iba a imaginarse que se hicieron ricos traficando con esclavos?

Tony pasó toda la tarde encerrado en su habitación, dispuesto a montar unas maquetas con unas piezas nuevas que había recibido. Si hubiera querido estar en otro lugar de la casa que no fuera su cuarto, no se lo habrían permitido. Su madre no soportaba verlo zascandilear por la casa, pero llegaba un momento en el que el niño se aburría de ver pasar el mismo tren por el mismo túnel una y otra vez todo el rato, y resultaba difícil mantenerlo confinado en su habitación, así que iba echando leños al fuego para mantenerlo entretenido: nuevos trenes, nuevos PlayMóvil, más y más juguetes que periódicamente caían en el olvido, y acababan siendo donados a la parroquia para los niños de Guinea Ecuatorial. Era el primero y el único en tener todas las videoconsolas que salían al mercado; tenía televisión y vídeo en su propia habitación; tuvo un busca cuando sólo los médicos usaban aquel aparato, y un celular mucho antes de que su uso se popularizase. Pero lo que más envidias levantaba era aquella preciosa moto con la que iba al instituto... Después vendría la Harley Davidson, y el Pontiac. Eso fue antes de que se estrellara y su padre decidiera que era mejor que su hijo fuera andando sobre sus dos pies si quería dejarle las riendas del imperio a alguien. Incluso entonces, cuando Tony se estampó y a punto estuvo de dejarse los sesos, no pensaron que fuera necesario hablar con él. Bueno, su padre sí le echó un rapapolvo. Su madre se limitó a aumentar la dosis de barbitúricos que llevaba años tomando para lidiar con su frustrada vida de esposa y madre. Como decía Tony, «las amas de casa también se drogan».

—Mamá —insistió todavía Tony—. Si no hacemos fiesta de cumpleaños, ¿pueden venir por lo menos a jugar a la videoconsola conmigo?

—Aquí no hace falta que venga nadie. Además, ya tienes al hijo de la sirvienta. ¿No puedes esperar al sábado?

Tony se resignó. Menos daba una piedra, aunque odiaba el modo en el que se había referido a Juan como «el hijo de la sirvienta». Ese niño era *su amigo*, y aunque él todavía no podía saberlo, acabaría convirtiéndose en *su mejor amigo*, o todo lo amigo que Juan podía ser de alguien. Pero... Menos daba una piedra... Otra vez. De todos modos Tony tendría tiempo de acostumbrarse a vagar por los eriales de la soledad, sin más compañía que la de sus propias quimeras. Pero las inventivas de la mente, a pesar de que él tenía una enorme

imaginación, también se acababan agotando, como la ilusión de un juguete nuevo, y otra vez reinaba la aburrida realidad a su alrededor, tiñéndolo todo del gris más anodino que uno pudiera imaginar. Había que escapar a toda costa de esa insípida existencia. Así fue como el alcohol y las drogas empezaron a sustituir a los videojuegos. Llegaría el día, cuando tuviera quince años, en el que el profesor de equitación le dijera:

—Que sepas que el otro día llamé a tu madre, y le dije que no pudimos dar la clase porque apareciste borracho como una cuba.

Tony se quedó extrañado: qué raro, su madre no le había dicho nada. Ni un comentario, ni un enfado, ni una bronca, ni un sermón. Pues qué guay... Con los años, echaría de menos los bofetones que su madre nunca le dio... Su padre tampoco llegó a darle dos hostias a tiempo. Nunca estaba en casa, siempre andaba trabajando o de putas, y cuando pisaba el hogar, su madre le ocultaba todo lo relativo a Tony, o maquillaba sus conductas deliberadamente. Lo último que la señora Malverde necesitaba era amargarse por su hijo. Ya bastante infeliz le hacía haberlo tenido como para encima preocuparse por él. Cuando el cabeza de familia descubrió la gravedad del problema de adicción que tenía su heredero al trono, ya era demasiado tarde para reaccionar. La mayoría de edad hacía imposible internarlo en una clínica de rehabilitación, y Tony jamás admitiría que necesitaba ayuda. Lo único que necesitaba era a sus amigos, pero todos acabaron yéndose a vivir sus asuntos al acabar el instituto, como si nunca se hubieran conocido, dejándole solo, especialmente Juan. Claro que Juan era Juan. No se le podía pedir rosas al olmo. Menos daba una piedra... Cuántas piedras.

# EL TREN

## BUENOS DÍAS

El confuso rechinar de ejes les sacó de su letargo. En la sala de máquinas debía de estar forjándose alguna férrea historia de amores y desamores al ardor de las llamas del carbón, pero ni el mismo Hefesto podría haberle dado forma en su yunque. Juan se incorporó levemente para asomarse por la ventana. El tropel de formas vagas y confusas desfiló frente a sus pupilas. Los objetos del paisaje sucumbían entre las garras de un torbellino. Se inclinó para besar a Bárbara en la frente.

—Buenos días.

Ella se desperezó con gesto sensual, y respondió al saludo con una sonrisa.

Juan volvió a hundirse en el lecho. Bárbara podía sentir las fibras electrizantes que centelleaban entre sus cuerpos, energía condensada fluyendo a raudales. Temblaron de pupilas, inflamados de pasión, y ascendieron en un globo de erotismo y nubes salvajes. El sol se tapó los ojos, los pájaros desviaron el rumbo. Qué felicidad más lasciva asomando por los bordes. Él la agarró del pelo y le dio la vuelta. Iba a saber lo que era bueno. Se la folló en un eclipse de avasallamiento, sometiéndola a toda clase de juegos de poder. Era lo que ella necesitaba, una legión de flechas envenenadas haciendo diana en su corazón.

—Di mi nombre —le susurró él.

—Juan, Juan... —susurró entre gemidos.

Fue música celestial en sus oídos, para siempre cautivos de su voz.

Llegaron tarde a desayunar.

—Vosotros dos habéis follado —fue la primera perla que soltó Tony al verlos aparecer por la puerta del comedor.

Lo llevaban escrito en la frente.

—Pues ya era hora —dijo Marian dándole un bocado a su tostada con mantequilla.

—¿Alguien más desea hacer algún comentario sobre mi vida sexual? —preguntó Juan.

—Sí —dijo Marian levantando la mano como en la escuela—. Bárbara, ¿cómo la tiene el imbécil este? Espero que haya valido la pena porque hija... Para uno con el que te acuestas, y tenía que ser él...

Bárbara miró a Juan con ojos de colegiala. Una mancha de rubor silueteó sus mejillas. Él la agarró de la mano por debajo de la mesa para servirle de ancla, y también le ofreció su mirada de amante bandido, por si quería navegar en ella y olvidarse del mundo, pero Bárbara naufragó varias veces. Era imposible mirarle sin sentir el irrefrenable deseo de besar sus labios.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Jackson a su querida bióloga.

—Vale, sí, nos hemos acostado... ¿Lo tenemos que publicar en el periódico de Espuelas o qué? —admitió.

—Pues, hombre, un poco de acontecimiento sí que es... —sonrió Jackson—. Qué interesante todo...

Juan sintió un placer inexplicable al pensar que todos sabían que Bárbara era *suya*, sólo *suya* y de nadie más. «Ya puedes ir a darle las buenas noches todo lo que quieras, que de ahí no vas a pasar», le dijo mentalmente a Jackson. Este pareció recibir el mensaje telepáticamente. Jackson no estaba enamorado de Bárbara, ni mucho menos, pero sí la quería como si fuera una hermana, y Juan las llevaba claras si pensaba que iba a dejar de velar por ella.

El antropólogo estuvo pendiente de ella durante todo el desayuno, que si qué necesitas, que si aquí tienes la sal, que si te traigo la chaqueta si tienes frío, que si después de ti... Los otros no daban crédito. Aquel no era Juan, claro que ver a Bárbara perdiendo los vientos por un hombre, y además... Tan hombre, una bola de testosterona andante, el matón del colegio, el tío más estúpido que te pudieras echar a la cara... Tampoco era muy normal. Y, sin embargo, allí estaba, tratando a Bárbara como a una reina, que nada más que le faltaba pedirle matrimonio, jurarle amor eterno, y comprarle una isla.

—¿Se puede saber qué le has dado a este? —le dijo Marian en un murmullo a mitad de pasillo cuando ya se dirigían hacia el bar—. Por cierto —añadió—. Tenemos que hablar contigo.



Bárbara se quedó intrigada.

1991

## EL CLUB DE LA MEDIANOCHE

El Club de la Medianoche se reunió en el cerro de la Lomica. Se llamaban así en honor a la serie homóloga que Nickelodeon acababa de estrenar. Giraba en torno a una pandilla de adolescentes que cada semana se reunían en un lugar secreto del bosque para contar una historia de terror al resto del grupo. La idea fue de Bárbara, que, a pesar de ser la más miedosa de la banda, también era a la que más le gustaba pasar miedo. Por aquella época los muchachos se intercambiaban libros de *Las Aventuras de los Cinco*, *Pakto Secreto*, *Los Amigos*, pero también empezaban a ronronear con Agatha Christie, Edgar Allan Poe, Alfred Hitchcock y Stephen King. Las normas del Club de la Medianoche eran sencillas: 1. Asistir a todas las reuniones semanales en fecha y hora. 2. Narrar una historia de miedo. 3. Respetar los turnos de rotación; a cada uno le toca cuando le toca. 4. Proteger el carácter secreto del club así como de la ubicación de las reuniones. 5. Llevar merienda. 6. Llevar linterna. 7. Las historias han de ser originales e inventadas por los miembros. 8. Las chucherías se comparten.

El club estaba compuesto por Bárbara, Marian, Tony, Juan, Jackson y Maite, que, a pesar de no ser un miembro permanente de la pandilla —algo así como un miembro interino—, no se perdía ni una sola de aquellas reuniones. Le encantaba crear historias y dar rienda suelta a la imaginación. Cuando le tocaba narrar a ella, el bosque se convertía en un auténtico escenario. Maite se metía en la piel de los personajes y sabía cómo cautivar a su audiencia, y además tenía esa forma de enlazar palabras tan peculiar y sorprendente.

Los primeros en llegar fueron Tony y Juan. Encendieron una hoguera. A veces Tony pensaba que el único motivo por el que su amigo acudía a aquellas reuniones era por el fuego. Le encantaba atizar la lumbre, y se quedaba mirando las llamas como si viviera un pequeño pirómano en su interior.

Jackson no tardó en llegar. Maite apareció con *Susan Sand y el misterio del fantasma de la cascada* de Marilyn Ezell.

—Ya me lo he leído. Muchas gracias por dejármelo —dijo, alargándole el libro a Bárbara.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—Mucho. ¿Cuál es ese que llevas tú? —se interesó Maite, fijándose en un libro de carátula verde que Bárbara llevaba en la mano.

—*La familia Bobbsey y el safari misterioso*. —Le mostró la portada—. Es de Marian. Voy a devolvérselo, ya me lo he terminado.

—¿A ver? —dijo Jackson asomando por el cogote de Bárbara.

—¿Os lo queréis leer? —preguntó Marian. Acababa de llegar.

—No —contestó Jackson—. Yo me estoy leyendo *Maleficio*, de Stephen King. Va de un hombre al que le echan una maldición gitana, y empieza a adelgazar. Y cada día está más y más y más delgado.

—¿Más delgado que Bárbara? —rio Tony.

—¡Mucho más! ¡Se le está pegando la piel a los huesos! —replicó Jackson.

—Bueno, ¿empezamos o qué?

Juan parecía impaciente. Asumía con fastidio el momento en el que le tocaba contar una historia, y las suyas siempre eran bastante *gore*, con intestinos alrededor del cuello y cosas así, pero tenía que admitir que le encantaba escuchar los cuentos de los demás, y aquel día, además, le tocaba su cuentacuentos favorita: Maite.

La pequeña de los Richarte llevaba el relato escrito a máquina. Su padre le había regalado una Underwood de segunda mano que había encontrado en un rastro. Por las tardes iba a clases de mecanografía, porque si sabías mecanografía tenías el futuro resuelto, y cuantos más caracteres por minuto fueras capaz de escribir, más resuelto lo tenías.

Los muchachos se sentaron alrededor de la hoguera. Maite sacó el papel de una carpeta azul con gomas blanquiazules en las esquinas. Se aclaró la voz antes de leer el título:

—EL TREN DE LAS ALMAS —leyó solemnemente.

—¿Nos vas a contar la leyenda esa de la Estación de los Muertos? —se quejó Bárbara.

—Jo, tía, se supone que hay que inventarse las historias —dijo Jackson.

—Ay que ver, Maite, mi abuela Refugio me la contó hace siglos. —Marian tampoco estaba muy emocionada.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Juan.

Juan y su tía se habían mudado a vivir a Espuelas hacía ya unos años, y si bien la Tía Elvira podía recitar al dedillo quién vio a la Santa Compañía, y a qué hora se acostaba el último pájaro en los bosques de su tierra, ignoraba la tradición oral del pueblo que la había acogido.

—Del tren fantasma que pasa por la Estación de los Muertos la noche de las tres noches —aclaró Tony.

Juan no recordaba haber oído antes mencionar aquella historia.

—Que la cuente, Bárbara, así Juan se entera —pidió Tony, a quien todo lo que tuviera que ver con trenes le volvía loco—. Además, ya no le da tiempo a prepararse otra historia.

Todos accedieron.

—Cuenta la leyenda que una noche iba un hombre caminando hacia la vieja estación de los muertos —comenzó Maite—. Estaba muy deprimido, porque había perdido a su mujer y a sus hijos en un accidente de coche cuando regresaban de visitar a los abuelos. Aquella noche llovía intensamente. Al llegar a la estación se sentó en un banco. Se encendió un cigarrillo, y empezó a fumar dejándose llevar por la tristeza.

—Eso no es verdad. No estaba deprimido. Era un hombre que... —interrumpió Bárbara.

—A mí mi madre me la ha contado así —la cortó Maite.

—¡Déjala contar la historia de una vez! —se impacientó Juan.

Bárbara calló.

—Estando en aquellos lamentos del alma —continuó Maite—, oyó el pitido de un tren acercándose, pero eso era imposible, porque hacía años que no pasaban trenes por allí. ¡Aquella era la vieja Estación de los Muertos! El aire se volvió gélido, y las gotas de lluvia se transformaron en copos de nieve. Al cabo de unos instantes, vio una luz aproximándose, seguida por un ruido de carretas metálicas. Un silbido errante anunció la llegada de un tren de color negro cuya locomotora empezó a asomar entre las tinieblas. Los raíles empezaron a rechinar conforme el tren iba frenando. El hombre estaba tan pasmado, que se le cayó el cigarro al suelo. Parecía hipnotizado.

Maite hizo una breve pausa. Juan la escuchaba atentamente, como si el hombre pasmado fuera él mismo.

—Las ventanas del tren eran como una fila de luminarias en mitad de la noche, y dejaban entrever un ambiente cálido de tintes ocre en el interior — siguió contando.

Marian se preguntó de qué color era el color ocre, y de dónde sacaba aquella Maite esas palabras que nadie entendía. ¿Buscaba en el diccionario las más difíciles o qué?

—Las puertas se abrieron de par en par en todos los vagones —prosiguió—. Se asomó tímidamente, y sonrió al reconocer a alguien. Algunos dicen que vio a su mujer y a sus hijos en el interior; otros, que le estaba sonriendo al mismísimo diablo —dijo, con voz impostada, tratando de inspirar miedo entre su público—. Subió al tren. Las puertas se cerraron tras él. La locomotora rugió, la campana tintineó, y la chimenea rezumó un silbido ronco y ahumado.

«Pero qué bien habla esta chica», pensó Juan.

—El tren inició la marcha, y desapareció entre la niebla sin dejar rastro. — Hizo otra pausa—. Cuentan que aquel era el tren de las almas, del que, si te subes, ya no puedes bajar, porque estás muerto.

Hubo un silencio. Se oyó el ulular de un búho.

—Qué historia más buena —dijo Juan finalmente.

Los otros ya la conocían, aunque ellos la habían escuchado de mil formas distintas. Era lo que pasaba con las leyendas urbanas, que al final existían mil versiones de la misma historia, y ninguna era cierta, pero Maite la había contado exquisitamente. En el colegio, el profesor de literatura ya había notado sus destrezas expresivas y había llegado a comentar entre sus colegas que tenía una alumna de doce años que escribía como los ángeles, algo fuera de lo normal en una niña de su edad.

Sacaron los bocadillos. A Marian le habían puesto un bocata minúsculo de pan integral con jamón york bajo en sal, cosa que no le preocupaba en absoluto, porque sabía que Bárbara le iba a dar el suyo, o la mayor parte.

—¿De qué te lo ha puesto tu madre? —le preguntó.

—De atún con tomate —respondió Bárbara.

Marian se sintió algo decepcionada. Habría preferido jamón serrano, queso manchego, chorizo pamplonés o algo así, pero por lo menos el bocadillo era

de pan de verdad, y el atún sabía a algo, porque lo que era su jamón york, si lo ponías al trasluz veías lo que había al otro lado.

—Mira, también te he traído un Cacaolat.

A Marian le hicieron los ojos chiribitas.

—¿Quieres medio del mío? —le preguntó Maite. Ya la conocía—. Es de chorizo Revilla con queso de bola.

—¡Vale!

¿Y cuándo decía Marian que no a la comida?

—¿Esa historia del tren pasó de verdad aquí en este pueblo? —preguntó Juan, retirando el papel de aluminio antes de asestarle el primer bocado a su bocata de paté con queso.

—Qué va —respondió Jackson con las comisuras llenas de migas.

—Mi madre dice que pasó de verdad —replicó Maite.

—Yo creo que es mentira, como lo del hombre del saco. —Marian parecía decepcionada.

—¿Qué más da? Es una buena historia —dijo Tony.

—Pues yo creo que es verdad —afirmó Bárbara totalmente convencida.

—Tú te creerías cualquier cosa que te dijeran. Seguro que todavía piensas que el Ratoncito Pérez viene a llevarse los dientes que dejas bajo la almohada —se burló Juan.

Había algo en ella que le molestaba profundamente. ¿Por qué tenía que ser tan crédula, tan inocente, tan miedosa, tan débil? Si no espabilaba pronto... «Si no eres el que está jodiendo, te están jodiendo», habría dicho su padre. ¿Y qué pasa si no estás jodiendo? Pasa que te tiran de un barco, y no llegas hasta la orilla, porque hasta las olas te están jodiendo a ti, y luego vas y te mueres, dejando a los demás con la mierda hasta el cuello. De algún modo, inconscientemente, Juan estaba empeñado en fastidiar a Bárbara a pequeñas dosis, enfrentarla, ansiando el día en el que ella reaccionara por fin, y le devolviera la bofetada. Eso habría sido un acto de dignidad, una escalada de autoestima. Pero Bárbara erre que erre, siempre en la diana, nunca tras la mirilla. Y, sin embargo, era un ave rapaz, un águila imperial de las grandes. Si ella quisiera, podría volar tan alto, acechar la presa, alejarse de las montañas, besar las nubes... Pero siempre andaba posada en algún brazo, como un ave de cetrería, siempre a la orden de otras voluntades, rindiendo pleitesías.

# EL TREN



## DÍSELO

Se sentaron en una de las mesas que había junto a los ventanales por los que circulaba el paisaje a toda velocidad. Los tonos caoba de la madera se mezclaban con las pequeñas lamparitas que, entre ventana y ventana, colgaban de las paredes propagando sus tenues llamas anaranjadas de luz cálida. En la mesa, las lámparas de banquero iluminaban unos pequeños floreros en los que se alzaba una margarita alta y lozana de pétalos grandes y rosados, contrastando con un ramillete de minúsculas florecillas azules que le hacían de camarilla. En la esquina rinconera en la que se habían sentado la vez anterior, reinaban las tres Gracias de Tony bebiendo *champagne*. Le guiñaron el ojo. Tony les devolvió una sonrisa de *dandy* inglés, pero no se acercó a saludarlas, porque Marian le miró con cara de perro, y a los perros hay que darles de comer si no quieres que te muerdan, así que se sentó junto a ella, y le dijo:

—Tranquila, ¿vale? Nos iremos hoy —le acarició el cabello apartándole una mecha inoportuna.

Juan se pidió el *gin tonic* de rigor, con sus hibiscos y cardamomos; Jackson se pidió una cerveza; Tony, un Martini; Marian, una copa de vino, y Bárbara, un San Francisco sin alcohol, probablemente el mejor San Francisco que había bebido en su vida, a juzgar por la cara de deleite que puso al dar el primer sorbo.

—Tenemos que hablar contigo —le dijo Marian.

«Vale, eso ya me lo has dicho», pensó Bárbara. Juan se quedó un poco extrañado. ¿Se había perdido algo?

—Ayer, cuando saliste y nos dejaste aquí en el bar, nos pusimos a hacer una *ouija* —inició Marian.

Bárbara miró el móvil: ayer seguía siendo la medianoche del 22 de diciembre, pero no era eso lo que la inquietaba, sino el hecho de que hubiesen

jugado a la *ouija* sin ella.

—¿Sin mí? ¿Por qué no me llamasteis?

Si había una persona en el mundo que pensara que hacer espiritismo era lo más excitante del mundo, lo más parecido a una fiesta, debía de ser Bárbara.

—Un momento, un momento... —Emergió la Bárbara hipocondrías, altamente miedosa, que vivía en su interior—. ¿Os ha dicho algo malo de mí? ¿Es eso? ¿Me voy a morir de un cáncer o algo así?

Jackson chasqueó la lengua, y sacudió la cabeza. Respiró hondo.

—No, pero escucha: se presentó un espíritu de esos, y dijo que era el tren —explicó Jackson.

—¿Ah sí? —El rostro de Bárbara era un cuadro de sorpresa.

—¡Sí! ¡Y que íbamos a morir! —exclamó Marian, y luego le contó lo que ya les había contado a los otros, su encuentro con Vicente en la sala de máquinas, y que si querían bajar de aquel tren debían hacerlo antes de la quinta parada, o ya no habría modo alguno de escapar.

Bárbara no parecía reaccionar.

—¡Juan! ¡Dile que es verdad! —le suplicó Marian.

—Bueno... A lo mejor nos sugestionamos un poco... Hay diferentes tipos de trances rituales que pueden explicarse perfectamente por... —respondió empezando a divagar.

—¡Oh vamos! —se enfadó la policía.

—Tendrías que leer un libro de William James sobre las variedades de la experiencia religiosa para entender que... —insistía Juan.

—Si estabas más cagado que una mierda... —dijo Jackson, deteniéndose en la pronunciación de la «m» de mierda—. En fin, Bárbara, lo que queremos decir es que pensamos que tenías razón, y que la leyenda del tren fantasma que pasaba por la Estación de los Muertos la noche de las tres noches es cierta. ¡Y que fue el tren al que nosotros nos subimos aquella noche! ¡Y que estamos en el puto tren de las almas!

Bárbara tenía una sombra en la mirada.

—¿No estás contenta? —preguntó Jackson—. ¡Este era el tren que querías ver!

—Si te sirve de consuelo, yo no creo que... —intentó decir Juan antes de que la mirada iracunda de Marian le frenase.

Tony ya no sabía que pensar. Empezaba a tener sus dudas sobre el hecho de que todo aquello fuera producto de una alucinación, pero luego miró a la esquina de las tres Gracias y se sintió apaciguado.

—La verdad es que muy normal este tren no es... —se atrevió a decir Bárbara, y nada más decirlo pensó: «Mierda, Bárbara, ya estás empezando a hacer lo que no se debe hacer nunca cuando vas drogado: pensar».

Juan se pidió otro *gin tonic* y le pasó la mano a Bárbara por la cintura. Ella se estremeció. Si la hubiera besado en aquel preciso instante, habría podido llegar al orgasmo. Se encontraba en un éxtasis de felicidad tan grande, que le faltaba vagón para contenerlo.

—No sé... Creo que estáis pensando mucho... —dijo en tono despreocupado, dando un nuevo sorbo al San Francisco.

—Parece mentira que la parapsicóloga seas tú. ¿No acudimos a la Estación de los Muertos por ti ,y por todas aquellas fábulas del tren fantasma? ¿No hemos hecho siempre todas las tonterías que nos has propuesto? ¡Te digo que estamos en el tren de las almas! —Marian estaba empezando a enfadarse de verdad.

—Yo no soy parapsicóloga, soy bióloga marina, ¡una CIEN-TÍ-FI-CA! —apostilló.

Marian hizo ademán de lanzarse sobre la mesa y pegarle, pero Tony la detuvo:

—Tranquila, rubia, que como vuelvas a dar el espectáculo nos castigan sin cenar. ¿Quieres que nos encierren en el vagón otra vez?

No, eso no era lo que Marian quería. No podían permitirse perder más paradas.

—¿Tú quieres bajar del tren? Pues bajamos del tren. No pasa nada. ¿Qué problema hay? —dijo Bárbara en un tono tan extremadamente tranquilo, que Marian llegó a dudar sobre si en realidad aquel San Francisco llevaba algo más que siropes y zumo de frutas. Debía de estar borracha perdida, o algo peor. Quien sabe si la noche anterior le había metido mano a la bolsa de pastillas de colores de Tony, para darse un empujón de valentía a la hora de cumplir sus fantasías sexuales con Juan.

El antropólogo permaneció en silencio. Él sabía algo que los demás no sabían, pero no tenía intención alguna de revelar la verdad, porque la verdad

se había convertido en una cosa con muy poco valor, y algo bastante ajeno a sus intereses. Lo de aquel tren no era, ni por asomo, normal. Allí estaba pasando algo, y gordo, pero con o sin Alibify de por medio, por exceso o por defecto, iba a seguir la lección que había aprendido desde bien pequeño a base de palos: «Si no eres el que está jodiendo, te están jodiendo». Tocaba joder: tocaba callarse y mantener la boca bien cerrada. Comunicar los secretos nunca traía nada bueno, y te hacía esclavo de tus confidentes, o, como hubiera dicho Benjamin Franklin, dos hombres podían guardar un secreto si uno de ellos estaba muerto.

—Terminaos eso —ordenó Marian señalando las bebidas con la mirada—. No quiero estar aquí cuando lleguemos a la próxima estación.

## PREPARADOS, LISTOS...

Los muchachos terminaron sus bebidas, recogieron sus bártulos, en realidad poca cosa, y se apostaron frente a una de las principales puertas de salida del tren, que no eran muchas, y estaban repartidas cada diez vagones. No habían llegado a recorrer el tren por entero, pero debía de ser más largo que un día sin pan, porque aquella vez que salieron en busca de Tony se hartaron de recorrer coches sin encontrar el fin del convoy.

Marian vigilaba la puerta como un perro guardián. De cuando en cuando sufría los envites de una pequeña oscilación a causa del crujir de tripas y coyunturas de aquel prodigio de hierro y acero. El tiempo parecía haberse detenido todavía más... Y, súbitamente, el tren inició la frenada, desacelerando suavemente; el pitido del silbato marcó el momento, seguido por el resuello de la chimenea; el compartimento hizo un brusco vaivén adelante y atrás. La culebra ferroviaria se había detenido. Marian aguardó impacientemente a que se abriera la puerta. Un segundo, dos segundos, tres segundos, cuatro segundos, cinco segundos, seis segundos, siete segundos... Así unos cuantos más.

—¿Por qué no se abre? —preguntó Marian.

Los otros se encogieron de hombros.

—Espera un poco. Se abrirá —la apaciguó Tony poniéndole la mano en el hombro.

Allí estaban todos con los ojos puestos en la puerta. Marian no pudo soportar la impaciencia, y asió la manivela tratando de accionar el mecanismo de apertura una y otra vez. Estaba perdiendo los nervios.

—La vas a romper —advirtió Juan.

—Déjame a mí —dijo Tony tomando el relevo con la manivela.

—¿Va o no va? —preguntó Jackson.

Marian empujó a Tony bruscamente. Casi le dejó de pegatina en la pared. A veces se le olvidaba que ya no era una niña regordeta, sino una mujer que se tiraba dos horas al día en el gimnasio, y tenía más bíceps que Tony, Jackson, Juan y Bárbara juntos. La policía se afanó con la manivela.

—¡Mierda! ¡No abre! —Empezó a pegarle patadas a la puerta como una loca.

Sonó la campana, resonando con amargura en los oídos de Marian. Su sonido indicaba que el tren iba a reiniciar la marcha.

—¡No! ¡No! —Las patadas fueron todavía más fuertes.

—¡Señorita, por favor! —le llamó la atención el revisor, que en aquellos momentos pasaba por allí—. Por ahí no, por la otra puerta —indicó con el dedo índice—. Esta está fuera de servicio. No funciona

—¿Y no saben poner un cartel? —Pero nada más decirlo, la policía se dijo: «Aguanta los caballos, Marian, no te conviene enfadar al revisor».

—Claro que sí. Ha debido de caerse —contestó bajando la mirada hacia el suelo—. Miren, ahí está —indicó.

Tony recogió el cartón que había tirado en el suelo boca abajo. Le dio la vuelta. Efectivamente, ponía en letras bien grandes: FUERA DE SERVICIO.

—¡Vamos! ¡No perdamos el tiempo! —gritó Marian arrastrando a Tony de la solapa.

Otro movimiento de los resortes provocó una oscilación que les hizo desmoronarse sobre el suelo, y de nuevo el vaivén adelante y atrás y de atrás hacia delante. Se reincorporaron como pudieron. El maldito monstruo de hierro ya había arrancado, y empezaba a zigzaguear estrepitosamente por los carriles, arrojando silbidos tan estridentes y horrorosos, que el eco los devolvió con angustia en mitad del silencio más perturbador. Marian supo que las puertas se habían cerrado ya, pero cuando llegó al siguiente punto de salida, y vio que no había manera posible de bajar, se derrumbó como un castillo de naipes destrozado por una mala corriente de aire. Se fue deslizando hacia abajo hasta quedarse acurrucada junto a la puerta. Bárbara se conmovió al verla así. Se arrodilló frente a ella.

—No pasada nada, bajaremos en la próxima —dijo dulcemente haciendo ademán de acariciarle la mejilla.

—¡No! —Marian levantó la mano en señal de: «Ni te atrevas».

Bárbara desistió. Un punzante sentimiento de culpa escaló hasta sus pulmones. De no ser por ella, Marian no estaría ahora ahí llorando. En qué momento se le ocurrió organizar aquella estúpida reunión en la Estación de los Muertos. Se acordó de aquella vez que tuvo la genial idea de ir a patinar a la pista de hielo artificial, y Marian acabó con una pierna rota; o de cuando convenció a la pandilla de pasar la noche en la playa en pleno noviembre para ver la lluvia de Leónidas, y Marian cogió una neumonía. Pobre Marian, siempre tan sufrida, aguantando los palos colaterales de seguirla por la senda que ella iba marcando.

—Marian, perdóname. Todo esto es culpa mía. Déjame arreglarlo, ¿vale?  
—Lo decía en serio.

—Bárbara, ¿no te has dado cuenta de que llevamos intentando bajar de este tren desde que hemos subido? ¡Estamos atrapados! —Marian estaba hundida en la desesperación.

—Puede que tengas razón, pero mira: sabemos que este cacharro hace una parada al día; sabemos que no hay que enfadar al revisor, y, lo más importante, ya sabemos por qué puerta no debemos intentar salir. ¿Sabes qué día es mañana?

—He perdido la cuenta. Aquí dentro parece que no pasan los días, a pesar de las noches. —Marian se sorbió los mocos.

—Mañana es el día que nos largamos de aquí —le prometió Bárbara.

La policía se sentía mejor. Eso era justo lo que necesitaba oír, y de boca de Bárbara, además. Aquella noche decidieron dormir todos apretados en el mismo vagón para asegurarse de que nadie se perdiera sin querer o queriendo. Marian se acurrucó junto a Tony. Cerró los ojos, y dibujó con los lápices de su imaginación el rostro de su hija. Qué hermosa habría sido. También le pidió perdón a Vicente en sueños. De algún modo, se dio cuenta de que se casó con un militar buscando a su padre. Engañar a Vicente con otros hombres era ser más lista que él; como escaparse por las noches de la cama para comer lo que no le dejaban comer durante el día.

Quiso repasar mentalmente el plan de huida. O mucho se equivocaba, o la próxima parada iba a ser la última. Lo primero que tenían que hacer era... Era... Era... Qué agradables eran las noches en aquel vagón. Casi le dio

lástima pensar que iban a dejar aquel hotel ferroviario. Se durmió en los brazos de tren, mecida por el dulce vaivén de sueños y vías infinitas.



14 DE NOVIEMBRE DE 2017

## TU NIETA NO TE OLVIDA

La caída de la pámpana traía campanas a muerto en Espuelas. Aquel año la abuela Refugio estaba demasiado ocupada en lidiar con la amargura de no tener noticias de su nieta como para luchar también contra la neumonía. No pasó ni un solo domingo sin que hiciera su comida favorita, ni sin tener la cafetera lista por las mañanas, esperando el momento en el que ella apareciera como había desaparecido: de improviso. No tenía a nadie que se ocupara de su entierro. Marian era la única familia *viva* que le quedaba. El padre de su pequeña había muerto desactivando unos explosivos hacía años, y la madre había fallecido poco tiempo después, de cáncer de estómago, así que Malverde se hizo cargo de todo. Al contrario que otras personas de su edad, doña Refugio rehusó en repetidas ocasiones pagarse el seguro del Ocaso alegando que «ya se ocuparán los que vengan detrás», pero sí fue al fotógrafo a hacerse la foto de rigor para la lápida, y no descansó hasta que el retrato quedó de su agrado.

Las exequias fueron breves y sencillas, como a ella le habría gustado, sin mucha pompa. Acudieron los cuatro viejos del pueblo y poco más. El párroco resaltó los dones de «nuestra hermana Refugio», lo trabajadora que siempre fue, lo mucho que se entregó a su familia, el apoyo que supuso para Marian cuando se quedó huérfana, y luego viuda, y el gozo con el que nuestro señor Jesucristo la iba a recibir a su llegada al Reino de los Cielos, donde seguramente doña Refugio tenía reservado su trocito de Gloria. Las beatas asentían a todo entre andanadas de suspiros, ejerciendo el papel de piadosas plañideras. «No somos nadie».

Al cementerio acudió poca gente. Estaba demasiado lejos como para que las ancianas hicieran el camino a pie. Los Malverde, Roberto Aranda, Maite Richarte, los padres de los amigos de Marian, algún compañero del cuerpo de

policía, y el alcalde de Espuelas. A la salida, Malverde dejó a su esposa esperando en el coche, y entró en el cuchitril del sepulturero, que hacía las veces de hogar y oficina del camposanto. Se trataba de un hombre de pelo moreno y con abundante barba, vestido con un mono azul al que le había arrancado las mangas, como si fuera un mecánico de motos. Tenía colgados varios calendarios de mujeres desnudas en las paredes. Malverde pensó en lo chocante que resultaba ver aquellos cuerpos despampanantes, en poses provocativas, mostrando sus tetas a todo ser doliente que entraba allí a realizar gestiones para con sus muertos.

—Buenos días. Vengo a encargar una lápida —dijo Malverde.

—Para la señora que acaban de enterrar, me imagino —dijo el sepulturero encendiéndose un cigarro con un Zipo.

Malverde seguía en estado de shock. ¿Por qué los sepultureros no podían tener pinta de sepultureros? Llevar una joroba en la espalda, vivir en una casa rodeada de un foso o algo así. Probablemente se había encontrado a aquel tipo en alguno de los muchos burdeles que solía visitar, sobándole el culo a alguna puta. ¿Y este era el que le iba a enterrar a él cuando le llegase la hora? Pues sí que...

El sepulturero le explicó qué opciones había. Malverde le encargó una lápida blanca, con una rosa de bronce en el centro y unas palabras grabadas que dijeran: TU NIETA NO TE OLVIDA (DONDE QUIERA QUE ESTÉ). El epitafio traería cola y más de uno lo criticaría, que si vaya un recochineo, que si menudos cojones tenía el Malverde; pero él se defendía alegando que el que pagaba la losa ponía lo que le daba la gana, y que si no estaban contentos, fueran a retirarla, y le pusieran otra pagándola de su bolsillo. Así quedó la cosa. Malverde no lo hizo con ninguna mala intención. Él era el primero en entender el dolor de doña Refugio. Hacía ya varios meses que no sabían qué había sido de los chicos. Tony no había resultado ser lo que él esperaba, pero a veces los padres tampoco eran lo que tenían que ser para los hijos. Si le hubieran dicho qué tenía que haber hecho para evitar que su vástago cayera en las drogas, lo habría hecho, de verdad que lo habría hecho, pero nadie te daba un libro de instrucciones cuando eras padre. Básicamente, te fijabas en cómo lo habían hecho contigo. A veces salía bien, y a veces no. Lo que estaba claro era que aquello de que los hijos venían con un pan bajo el brazo era una

mentira tan grande como un piano. A Malverde su hijo le había dado pocas alegrías y sí muchas preocupaciones, pero por lo menos a él le preocupaba Tony, no como a su madre, que sólo le preocupaba... Dios sabía lo que le preocupaba a aquella mujer.

Malverde se había gastado un dineral en investigadores privados y sobornos, para que no cerrasen el caso y siguieran buscando, aunque sabía de sobra que la búsqueda no podía continuar eternamente. Un día, al llegar a casa, colgó el abrigo, dejó las llaves en el mueble del recibidor, y le habló al portarretrato de su hijo:

—Ay, Tony, Tony, Tony... ¿Dónde andarás, pequeño cabrón? Si te hubieras muerto de sobredosis, y hubieras aparecido tirado en una esquina, por lo menos, estaría tranquilo. Pero así...

Derramó una lágrima al rojo vivo.

Malverde estaba destrozado.

1997

## SÉXTASIS

El festival de música dance duraba todo el fin de semana. Las luces de la discoteca marcaban un baile de haces frenéticos sobre la pista. Bárbara y Maite salieron al párkin. Había más gente fuera que dentro. El intercambio de pastillas de éxtasis proseguía. Algunos se llegaban a meter veinte de aquellas en el cuerpo sin que la mandíbula les rechinase más de lo normal. Los maleteros abiertos con altavoces incorporados de los coches, pequeños mercadillos ambulantes de alcohol, drogas y conversación, retumbaban por doquier. Bárbara y Maite se metieron en el coche, y condujeron hasta el hotel. No era la primera vez que manejaban el vehículo bajo los efectos del éxtasis o el MDMA, al que Bárbara solía referirse como *séxtasis* por la sensación de intimidad y conexión que llegabas a sentir con los demás. Era la droga empatógena ideal para consumir en pareja, especialmente si pretendías acabar en la cama con alguien.

Maite iba al volante. Bárbara encendió la radio. La versión *dance* de *Lover Why* que John Wesley había hecho de Century empezó a sonar. Se asomó por la ventanilla, y miró las estrellas, dejando que el viento le desordenase las greñas, *a sign of time, I lost my life, forgot to die like any man, a frightened guy, I'm keeping memories inside of wounded love*. Maite le puso la mano sobre la rodilla. Bárbara correspondió con la suya. Maite era experta en cambiar las marchas del coche sin deshacerse de la mano de su acompañante. *But I know, I'm more than sad and more today, I'am eating words too hard to say, a single tear and I'am away, away and gone*. Sacó una botella de agua de debajo del asiento, y bebió. Se sentía feliz, a pesar del vacío que Sandra, su primera novia, le había dejado en el corazón. Pero si por mil pesetas podías comprar un buen capazo de felicidad, locuacidad, empatía, paz interior, percepción aumentada y desempeño sexual óptimo, todo ello condensado en un

pequeño comprimido, benditas mil pesetas, aunque esta le había salido gratis. Se la había dado Tony canturreando el anuncio de los Conguitos, «Abre la boca, cierra los ojos, conguitos». Bárbara había abierto la boca y Tony la encestó a cierta distancia. Hizo lo mismo con Maite, pero a ella no le canturreó nada, sólo le pidió que abriera la boca, que venía bombita. Ella obedeció, y él volvió a hacer canasta.

*I need you. So far from hell, so far from you, 'cause heaven's hard and black and gray, you're just a someone gone away. You never said goodbye. Why, lover why? Why do flowers die? Why, lover why?* Maite tomaba las curvas con calma. Ya bastantes locuras habían hecho la noche anterior con el coche. Tendría que llevarlo al chapista el lunes y... dar explicaciones a sus padres por todos aquellos abollados.

—¿Quieres que pare en la gasolinera a comprar algo? —preguntó Maite.

—No.

Bárbara seguía sin tener hambre. Continuaba siendo la flacucha de siempre. Todavía tendría que esperar a cumplir los veinticuatro años para desarrollar el apetito, y empezar a disfrutar con la comida.

*Everytime I hear your voice, you heard my name. You built the fire, wet the flame.*

—Ya casi estamos —informó Maite.

Habían pasado el verano juntas en la autoescuela. A los diecisiete ya tenían la teórica y unas cuantas clases prácticas acumuladas, aunque estaban hartas de conducir: Maite el tractor de su padre, Bárbara la camioneta de los padres de Jackson. Nada más cumplir los dieciocho se presentaron al examen. Aprobaron a la primera.

Maite giró, y se metió en la zona de aparcamiento del hotel. El cartel de la entrada, erguido sobre un altísimo poste, decía: EXCALIBUR. *I swim for life, can't take the rain. No turning back.*

*I need you.*

Bajaron del auto. Maite la tomó de la mano. Subieron a la habitación como si estuvieran enamoradas de toda la vida, sólo que habían empezado a flirtear tan sólo un par de horas antes en el club, aunque ambas se habían estado midiendo el terreno desde hacía un tiempo. Maite rodeó la cintura de Bárbara, y la atrajo hacia sí. La besó tiernamente, luego de forma voraz, después

dulcemente, y vuelta al desenfreno. La atraía, y alejaba de vez en cuando para mirar aquellas pupilas dilatadas por el éxtasis que semejaban ser el mismísimo universo, y contenían todas las estrellas en su interior. Bárbara se dejó amar. Maite era especial, ¿verdad que era especial? Estaba dentro de ella, podía ver en su alma, sentir los latidos de su corazón dentro de sí misma. Todas las chicas con las que se iba a la cama eran especialmente mágicas con el *séxtasis*, Para eso se lo tomaba, para sentir que la llenaban como la llenaba Sandra, y eso que con Sandra no había hecho nada, ni le había hecho falta llegar más allá de los besos para enamorarse de ella, porque cada vez que paseaban de la mano se encendían todas las farolas de la calle, fogones ardientes en mitad de una noche de estrellas encandiladas. Cuando la tenía cerca, se le caían las cosas de la mano, no distinguía el gorro de los guantes, se encendía los cigarrillos del revés, tiraba el café... Pero Sandra ya no estaba. Se había ido sin decir adiós. Y eso era lo que más le dolía a Bárbara, el bloqueo, porque era como si ya no pudiera verla aunque la tuviera delante, como si fuera una silueta blanca, plana y borrosa, llena de interferencias, a la que le hubieran distorsionado la imagen; un fotograma corrupto, al que ella se empeñaba en volver a infundirle vida tratando de reanimarlo con el mismo relámpago que Víctor Frankenstein le clavó a su remendado monstruo... No lo consiguió.

Maite le acarició los pechos por encima de la camiseta. Bárbara le cogió las manos, y se las pasó por debajo. Uf, cómo podía sentir eso, dios bendiga al *séxtasis*.

Bárbara se entregó al abrazo cósmico con todos los sentidos alterados. Cada vez que cerraba los ojos veía a Sandra, dios bendiga el *séxtasis* mil veces más.

Follaron hasta enamorarse. Bárbara hizo con Maite lo que nunca había hecho con Sandra, y fue con otras lo que nunca fue con ella.

Al día siguiente ya se habían desenamorado, por lo menos en lo tocante a Bárbara... Maite había dejado de parecerle interesante. Sandra seguía dando coces cada vez que intentaba acercarse a ella. El último puntapié la mandó lejos. Menuda putada. La vida sin Sandra era salir de un cuadro de Van Gogh, y enfrentarse a una realidad descolorida de por vida. ¿Cuándo volvería a



sentir lo mismo por alguien?

Menos mal que todavía quedaba *séxtasis* en el mundo, bendito *séxtasis*, para salir de la desteñida realidad del corazón. Tenía que volver a pedirle a Tony más pastillas.

Maite la dejó en casa. Subió las escaleras sin mucho afán. Odiaba el momento del regreso. Esquivó las preguntas y demandas de su madre, y se metió en su habitación. Puso un disco de Raphael. *Haz, amigo, el favor de no hablarme de ella aún. Todavía es muy pronto y la sueño, todavía su amor lo recuerdo. Haz, amigo, el favor de ignorarla delante de mí. Ni siquiera pronuncies su nombre, que aún mi alma está hecha jirones.* El póster de Alejandra Pizarnik que había colgado en la pared de su cuarto pareció hablarle. Lo malo de Bárbara es que se fumaba un porro de marihuana, y ya veía a la santísima Virgen con su manto azul de eléctricos destellos. *Que tengo el corazón en carne viva, que yo no sé olvidar como ella olvida, que estoy desconcertado, que no sé dar ni un paso sin ella, sin ella.* Se sentó en su escritorio, y se puso a escribir en su diario. Luego le escribió una carta a Jackson.

Tenía que dejar de escuchar a Raphael. El único motivo por el que lo hacía era porque sabía que a *ella* le gustaba. Bárbara era más de Nirvana, que tampoco era muy alegre que digamos. Hacía tres años que Kurt Cobain se había pegado un tiro en la sesera. Ahora tenía una camiseta negra con su rostro estampado en la parte frontal y una nota de suicidio en la espalda.

Bárbara no lo sabía, pero un día, sin buscar en todas las mujeres a Sandra, acabaría encontrándola... En un hombre.

## EL BURDEL DE LA LOLA

Tony y Juan estaban en la barra molestando a la camarera, una joven de cabellos rubios y cara de asco. Se notaba que estaba haciendo esfuerzos por aguantar la jornada y contando las horas que le quedaban para salir de la *rave*. Tenía un tatuaje de un escorpión en el hombro, cosa que a Juan le atrajo bastante, a saber por qué. Acababa de llegar, y ya tenía ganas de largarse. Odiaba la música *dance*, la ruta del Bakalao, y la madre que parió a Chimo Bayo y Paco Pil, *cuatro ruedas tiene mi coche, cuatro pastillas me como esta noche, a mí me gustan las pastillas rojas, verdes y amarillas, ¡sube que te llevo!*, pero lo cierto es que a Juan le gustaban las pastillitas de colores que tenía Tony. ¿Cómo se las apañaba para tener siempre algo que te dejaba ensimismado? Un tren eléctrico, un Cinexín, una SEGA, una moto... Si Juan hubiera sabido el poco favor que le hacía a su ya de por sí resquebrajada salud mental ingerir aquellas grageas... Y aunque lo hubiera sabido, él era de los que sólo aprendían las cosas a golpes. Ya podían darle un camino lleno de advertencias y señales, que hasta que no le saltaba el lobo encima no cambiaba de ruta. Pero un lobo valía más que una manada de carteles de advertencia de PELIGRO: LOBOS EN EL CAMINO, y él no era de los que se creían nada sólo porque estuviera escrito o alguien se lo dijera. Tampoco daba mucho valor a las cosas que iba aprendiendo, porque en lugar de tomarlas como un grado de experiencia, las percibía como meras constataciones de sus errores y fracasos.

La camarera sirvió las copas. Tres cubalibres aliñados con el mejor *whiskey* de la vitrina. Tony pagó, y miró a su alrededor, buscando a Jackson. ¿Dónde se había metido? Seguramente estaba hablando con alguna chica. Tenía un talento especial para dar conversación a las mujeres y hacer amigas entre el sexo opuesto. Había perdido la virginidad mucho antes que ellos dos, que

todavía andaban aguardando el gran momento, pero no podían comparar, porque los padres de Jackson eran *hippies*, y todo el mundo sabía que en las comunas y festivales alternativos esos a los que solían ir se follaba más que en una sociedad de macacos.

Juan, con los brazos apoyados de espaldas en la barra, también buscó a Jackson. Seguro que estaba en el asiento trasero de algún coche levantándole la falda a alguna. Buscó su rostro entre la multitud, y reparó en Marian, otra que tal. Llevaba un modelo explosivo. Quién hubiera dicho que hasta hace poco necesitaba varias tallas más grandes. Se había empeñado en ser preciosa, y lo había conseguido. Ahora la gente se volvía al verla pasar. Juan vio a un tipo chocarse de bruces contra una farola por quedarse mirándola. Se dio cuenta de que Tony también la estaba mirando. Tenía la cara encendida de deseo.

Juan siguió buscando a Jackson con la mirada. Ahí estaba Bárbara también, bailando en mitad de la pista con Maite, un par de sílfides brillando sobre un lago de seres oscuros. Pensó en lo hermosas que eran, moviéndose así, mirándose de aquella forma tan sensual, acariciándose hasta los tuétanos... Era sumamente excitante mirarlas, especialmente a Bárbara, su abyecta antagonista. Como en todas las películas, la villana era siempre la más atractiva. Su némesis besó a Maite. *Wow*, la cosa se estaba poniendo interesante. Tuvo una erección que al día siguiente olvidaría, pero en aquel momento estaba ahí... Se acercó hasta ella con el rostro impregnado de alegría. Bárbara le recibió con una sonrisa. Juan la besó en la mejilla, olía a fresas frescas. Después la besó en el cuello. Su piel era una fuente de oxígeno. Bárbara sintió un cosquilleo agradable. Le encantaba ver a Juan drogado, ¿o le veía así porque la drogada era ella? No sabría decir la diferencia, pero ojalá él la hubiera mirado siempre así, como la estaba mirando en ese momento, con ese rayo de felicidad en la mirada y ese cosquilleo sideral entre ambos.

Juan siguió bebiendo. Bebía muy rápido y de forma compulsiva, o como hubiera dicho la tía Elvira, «daba gusto verlo beber». Mezclar éxtasis con alcohol no era lo más inteligente, pero si encima bebías como si hubieras pasado tres días en el desierto, es que eras tonto perdido, aunque con diecisiete años uno era inmortal, y él todavía no había cumplido los dieciocho. De todos modos, si le hubieran repartido unos folletos de ÉXTASIS +

INGENTES CANTIDADES DE ALCOHOL = MUERTE SEGURA, tampoco le habría hecho ni caso. En el fondo se sentía un capullo porque Susana había muerto y él había sobrevivido, cuando, a todas luces, no se lo merecía, o por lo menos eso pensaba él. Tenía todos los síntomas de estrés postraumático que los sucesivos psicoterapeutas habían sido capaces de anotar en su historial psiquiátrico: sueños angustiosos recurrentes en los que su hermana Susana le suplicaba que no dejara que su padre la tocara, y él la empujaba al agua; expectativas negativas sobre los demás y sobre sí mismo, porque «si no eres el que estás jodiendo, te están jodiendo» y «el mundo es un lugar peligroso»; falta de interés en actividades significativas, que Bárbara y los demás entendían como «capaz de no aparecer ni en su propia fiesta de cumpleaños»; sentimiento de desapego hacia los demás, incluyendo a la Tía Elvira; incapacidad para experimentar felicidad, satisfacción o sentimientos amorosos; comportamiento imprudente y autodestructivo; y el que estaba a punto de experimentar, arrebatos de furia incontrolables. ¿El desencadenante? Un imbécil acababa de acercarse a Bárbara, y lo más seguro es que sólo quisiera bailar con ella, pero a Juan le pareció que se estaba restregando demasiado. Durante unos malsanos instantes revivió la escena en la que sorprendió a su padre con los pantalones bajados intentando abusar de Susana.

Se le fue el pistón.

Le pegó un puñetazo de los míticos.

El tipo cayó sobre la pista de baile con el rostro desencajado por el dolor. Juan empezó a darle patadas. El pobre infeliz se retorció amargamente.

No era la primera vez que Bárbara le veía golpear a alguien, pero le incomodó ser la causa de tanta crueldad. Sintió una lástima infinita por aquel desconocido que yacía en el suelo, y cuyo único delito había sido acercarse a bailar con ella. Si Juan hubiera podido leerle el pensamiento, habría dicho: «Ay Bárbara, con la lástima no se llega a ningún sitio».

—¡Para! ¡Para! ¡Déjalo ya! —gritó ella.

Juan la miró, y entonces lo vio en sus ojos: era miedo. Estaba aterrorizada. Tenía miedo de él, ¡no del imbécil que estaba tirado en el suelo! Si él hubiera podido leerle el pensamiento, habría sido algo así como: «¿Nunca vas a dejar de cagarla?».

Poco después, Bárbara se fue con Maite. Las vio marcharse en un lazo de

dolor. Iban a hacerlo, no cabía duda.

Tony le puso la mano sobre el hombro.

—Lo siento, tío, tú no eres una mujer. No puedes competir —le dijo.

—¿Te crees que me gusta? Si me gustara, te aseguro que no me haría falta cortarme la polla para estar con ella —bromeó.

—De normal eres insoportable, pero cuando te haces el chulito te pones muy patético, tío. Si tú no sabes lo que es meter una polla...

Tenía razón. Y Tony tampoco lo sabía, pero aquella noche iba a ser la última noche virgo de sus vidas, aunque si se lo hubieran dicho, jamás lo hubieran creído.

—Vámonos de aquí. Me rompe la cabeza la música esta de mierda —dijo Juan.

—¿Y Jackson? —preguntó Tony.

—Tiene llave de la habitación —respondió Juan.

Subieron a la moto y callejearon un rato sobre ruedas. El destino, o algo muy parecido, hizo que se cruzaran en el semáforo con el padre de Tony. De nada sirvió esperar que el casco los camuflara, no había otra moto como esa en toda la provincia. Malverde les pitó haciéndoles señales para que se orillasen. En cuanto se quitaron el casco se dio cuenta de que se habían tomado algo. Él también sabía lo que era tener diecisiete años, y precisamente por eso, porque lo sabía, decidió que ya era hora de llevárselos de putas, porque en la vida un hombre sólo podía aficionarse a tres cosas: las mujeres, el dinero y el vicio; y el vicio no era bueno, porque te hacía perder dinero, y sin dinero, tampoco había mujeres.

—¿Vosotros habéis follado ya? —les preguntó, sin más preámbulo.

Los chicos no supieron qué contestar. Iban demasiado colocados como para alucinar más de lo que ya estaban alucinando.

—Eso va a ser que no. Hala, subid al coche —ordenó Malverde.

Todo el mundo sabía que lo que decía Malverde iba a misa. Subieron al todoterreno, y viajaron durante tres cuartos de hora por una carretera secundaria flanqueada por árboles, sin más iluminación que la de los faros del coche. Juan jamás habría creído que Malverde era de los que llevaban a Julio Iglesias en el coche, pero ahí estaban, escuchando el repertorio entero. Juan se

relajó bastante, a él cualquier cosa le sonaba mejor que la música *dance*. Llegaron a un descampado solitario con una coqueta casita de campo y un cartel luminoso de neón en el que parpadeaban las letras LOLA'S GIRLS. La R estaba fundida. Había varios coches aparcados en la puerta, a cuál más lujoso.

Llamaron a la puerta. Un joven abrió una ventana minúscula y se asomó a inspeccionar al personal. Reconoció a Malverde.

—¿Y esos?

—Son mi hijo y un amigo.

Abrió la puerta, y les invitó a pasar.

Juan y Tony lo miraban todo como si tuvieran tres años y acabaran de llevarlos a la feria a comprarse su primer triciclo. Se acercaron a un barra larga de cristal con rebaba de piel marrón. Había una chica desnuda bailando sobre un escenario de suelo brillante y rosado. Juan se quedó mirándola. Realmente bailaba bien, aunque lo más seguro es que los hombres que la estaban mirando no hubieran ido allí por su talento con la danza precisamente. Llevaba el pelo recogido, y tenía unos pechos firmes y hermosos, y el pubis completamente afeitado, que era algo que Juan no había visto ni en las películas eróticas, pero la chica tenía unas orejas tan enormes que era difícil fijarse en otra cosa sin perder la concentración. Tony y Juan la recordarían con los años como «la Dumbo».

—Lola, mira, este es mi hijo —dijo Malverde a una mujer que, a juzgar por su aspecto y edad, bien podría haber sido la tía Elvira.

—Qué guapo. ¿Y el otro?

—Un amigo de mi hijo —dijo—. Es un poco raro —se acercó al oído para susurrarle y que él no pudiera oírle—, pero supongo que tendrá una polla, como todos los demás.

Lola estalló en carcajadas, y se fue detrás de la barra.

—¿Qué quieres tomar, encanto?

—Lo más caro, aunque no me guste —contestó Malverde muy ufano.

Lola destapó un *whisky* de reserva, y sirvió tres vasos.

Malverde apartó dos.

—A estos no les hace falta beber más. Están bien así —dijo Malverde.

—Un poco de agua sí, por favor —pidió Tony. No podía negar que iba empastillado.

—Anda, llévatelos a la faena, que no me quiero tirar aquí toda la noche. Mañana tengo una reunión a primera hora. —Malverde estaba hablando con Lola—. Pero no le des a mi hijo a ninguna que me haya cepillado yo. Sería raro, como un incesto o algo así. —Quién lo iba a decir, Malverde tenía sus reparos.

Pasó todo muy deprisa, y Malverde no tuvo que lamentarse, ni llegar tarde a ninguna reunión, porque eyacularon a cámara rápida. Las (des)afortunadas fueron dos jóvenes que ni tan sólo hablaban español.

—Ya sabéis lo que es meterla —les dijo Malverde—. A ver si de ahora en adelante aprendéis a pagaros las putas también. De lo contrario, los putitos vais a acabar siendo vosotros. Sé de lo que hablo: a más de uno lo he visto yo arrodillarse en el servicio de caballeros por una raya de cocaína.

Juan se quedó pensando en aquello. En el fondo, Malverde venía a confirmar la gran teoría: «Si no estás jodiendo, te están jodiendo».

Volvieron muchas más veces solos a aquel burdel. Una noche, después de correrse, Juan salió al bar. Lola se adelantó a sus deseos, y le sirvió un cubalibre. Empezó a sonar Radiohead. Una bailarina con cuerpecillo adolescente y cara de Juliette Lewis empezó a ronronear en el escenario, *when you were here before couldn't look you in the eye. You're just like an angel, your skin makes me cry*. Juan pensó en aquella noche en la discoteca... Bárbara bailando con Maite... *You float like a feather in a beautiful world. I wish I was special. You're so fuckin' special*. Se acordó de las caricias, del olor de su piel cuando se atrevió a besarla en el cuello... Y del extraño que se acercó a bailar con ella, y al que él le propinó una paliza. *But I'am a creep, I'am a weirdo. What the hell am I doing here? I don't belong here*. ¿Por qué había tenido que perder el control delante de ella? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? *I don't care if it hurts. I wanna have control, I wanna a perfect body, I wanna a perfect soul. I want you to notice when I am not around*.

Aquel año Juan empezó a trabajar en sus ratos libres en el campo. Quería ahorrar para la universidad. Su tía Elvira le había estado diciendo, desde que era un crío, que cuando abrieran las fronteras de la Unión Europea vendrían

unos extranjeros con estudios y muy bien preparados a quitarle el trabajo, y eso Juan, que no prestaba ni los mocos, no pensaba consentirlo. Le gustaba la psicología, pero finalmente se decantó por la antropología, que era como ser psicólogo, pero de toda la humanidad. De todos modos, estudiar era un medio, no un fin: un billete para salir de Espuelas. Mientras tanto, siguió trabajando... Y pagándose las putas con su propio dinero. Tony pagaba con la tarjeta de crédito de su padre. No fue capaz de acabar el C.O.U., pero sí —al contrario que Juan— de acostarse con otras chicas sin necesidad de pagar por ello.



## ADIÓS, MAMÁ

Aquella mañana Tony se levantó a las dos del mediodía con una resaca de las repulsivas. No quiso descorder las cortinas de su habitación, todavía no estaba preparado para recibir al sol. Lo único que quería era orinar, comer y volver a dormir. Fue al baño. El chorro de orina fluyó en un torrente de abotargamiento. La sangre no debía de circularle mucho más rápido. Sobre los hombros, la cabeza era un yunque difícil de sobrellevar. El espejo le devolvió una caricatura esperpéntica. Estaba hecho un monicaco; la perfecta definición de mamarracho en el diccionario de la Real Academia Española. Tony era guapo, pero se estaba echando a perder.

Bajó las escaleras en dirección a la cocina. La Tía Elvira libraba aquel día. Tenían que hacerle unas pruebas médicas en el hospital. Su padre estaba de viaje de negocios o vete a saber qué, y su madre... Cuando era pequeño solía llamarla a todas horas. ¿Mamá? También la seguía a todas partes por la casa, algo que por lo visto la sacaba de sus casillas. No soportaba tener a Tony cosido a su sombra a cada paso que daba. Ahora prefería no llamar su atención, y andar como el hombre invisible para no molestar a su madre. Abrió la nevera, y sacó un cartón de zumo de naranja. Bebió a lo camello, y tomó aliento para no ahogarse. Expolió la despensa. Adiós al paquete de galletas Príncipe; hasta la vista, Oreos. Dos Yoplait y a la cama, pero antes de salir de la cocina vio una nota sobre la mesa. Le había pasado desapercibida, pero ahí estaba, esperando a que la descubrieran. Era la letra de su madre, de trazos largos y elegantes, vestidos de cola sobre el papel.

«Si me quedo, acabaré pegándome un tiro. Estaréis mejor sin mí».

¿Qué significaba aquello?

Tony esperó toda la tarde. No volvió.

Tony la esperó levantado toda la noche. No volvió.

Tony le pidió a la Tía Elvira que no se lo dijera a su padre todavía, por si volvía antes de que él regresara de viaje.

No volvió.

## MICHAEL JACKSON

Jackson empezó a trabajar en la panadería del Zahonero. Los únicos que doblaban el lomo en aquella familia eran su madre y él, porque su padrastro había nacido cansado y etéreo. Le disgustaba bastante el afán con el que Jackson se agarraba a la vida terrena con los puños. ¿Qué esperaba conseguir trabajando catorce horas al día y comiendo carne cuatro veces por semana? Tanta filosofía vegetariana para que el muchacho al final les saliera asesino de animales. Su madre descubrió que su hijo era carnívoro un viernes por la noche, cuando, al volver de las clases de *reiki*, le sorprendió comiéndose un perrito caliente en el parque. Bueno, allá él. Jackson le daba todo el dinero que ganaba a su madre, porque había que colaborar en casa y porque, según su madre, «un joven con dinero era una bomba de relojería», así que cada fin de semana se veía obligado a pedirle la paga para salir con sus amigos.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó su madre.

—Dame para un gramo de *speed*, un par de pastillas de éxtasis, cerveza, cenar, echarle gasofa a la moto, llamar por teléfono...

Jackson tenía libertad para salir donde quisiera y hasta la hora que quisiera. Si no le veían el pelo en todo el fin de semana, tampoco pasaba nada. El único requisito que su madre le imponía era el de llamar por teléfono cada vez que fuera de un sitio a otro, de modo que el pobre Jackson siempre andaba buscando la cabina telefónica más cercana. Daba igual que fueran las cuatro de la mañana. Tenía que llamarla.

—Si vas a comer carne, más vale que me lo digas —le dijo su madre muy seria.

Podía pedirle dinero para comprar drogas, sus padres consideraban las drogas como un medio para expandir la consciencia y conectar con la realidad última de las cosas, pero no tenía cojones para admitir que comía carne a sus

espaldas.

—Comer carne crea mal karma. Y, además, te va a salir acné. Se te va a llenar la cara de granos. Mira, ya tienes dos ahí —señaló.

Jackson trató de contener la risa.

—La carne es de naturaleza tamásica —le informó su madre.

Cuántas veces le habría contado la misma cantinela ayurvédica.

—Es potencialmente perturbadora para el alma, produce toxinas, alimenta las infecciones, embota la mente y los sentidos, reduce el amor y la compasión —prosiguió—. Puedes comerla, por supuesto, pero sólo para salvar tu vida. Si al menos fuera carne de animales criados en espacios abiertos y tratados dignamente... Pero esa porquería de los perritos calientes y los McDonald's procede de granjas inmundas donde someten a los animales a toda clase de torturas. ¿Quieres cargar con todo ese sufrimiento en la mochila de tu karma?

Al final Jackson se comió una hamburguesa del McDonald's aquella noche. Los hijos tenían la obligación de hacer todo lo contrario a lo que los padres decían. La tontuna con la carne se le fue pasando sola. La madre de Jackson podía parecer una iluminada de pacotilla, pero era la mujer más extraordinaria y luchadora que él conocería jamás. Habían tenido sus broncas, pero al final siempre volvían a desembocar en el mismo río.

El afán por la carne le duró lo mismo que el afán por las drogas. Pronto se dio cuenta de que eran algo que no ayudaba a sus propósitos de hacerse rico, porque su madre le había enseñado a ser *hippie*, pero no a ser vago. Trabajaban duro, y esperaban que los esfuerzos de la siembra dieran sus frutos. Eran de esa clase de personas que podías lanzar al azar y dejar que cayeran en cualquier lugar del mundo: sabían cómo salir adelante.

Su madre tenía una relación especial con su padrastro. Le amaba profundamente, aunque a veces se tirasen los trastos a la cabeza, pero podía enamorarse de otras personas. Jackson, al principio, no lo entendía, pero le pasó con lo del amor libre como con lo de la carne. Al final su madre siempre tenía razón en todo: el corazón era infinito. Pero las mujeres no lo entendían, y cuando trataba de explicarles en qué consistía el poliamor, le mandaban al tacho de la basura, y escribían en la etiqueta: GOLFO.

Natacha, Silvia y Martina llegaron a su vida escalonadamente, pero en confluencia. Natacha compartía lecho con dos hombres más; Silvia, con dos

mujeres; Martina sólo le tenía a él y a otra mujer. Se encontraban entre paréntesis, porque para poder quedar entre tanto amasijo de amantes había que armar las piezas del Tetris cuidadosamente. Todas tenían algo en común: les gustaba Michael Jackson. No podría haberse acostado con nadie a quien no se le erizase la piel escuchando *Thriller*. Para él sólo había dos tipos de personas en el mundo: los fans de Michael Jackson y los perdedores.

Jackson, al igual que Michael, admiraba a Peter Pan, y llevaba bastante mal lo de encajar en el mundo de los adultos, un mundo lleno de actos deshonestos, segundas intenciones, mentiras, intereses, envidias y desengaños. Tenía la teoría de que sólo existían dos clases de emociones de las que derivaban todas las demás, el amor y el miedo, y de que el miedo era el culpable directo de todos los males del planeta. La humanidad estaba acojonada. El ser humano era un cagón, siempre asustado por algo, listo para atacar o salir huyendo. Jackson sufría terriblemente con el dolor ajeno, y trataba de remediarlo siempre que podía. Acudía al asilo a charlar con los ancianos y jugar con ellos al parchís; visitaba el hogar de niños para hacerles espectáculos de magia, y ayudaba en todo lo que podía a los demás. Daba todo lo que tenía, confiaba en la gente, iba allá donde se le llamaba y siempre tenía una sonrisa dispuesta a lanzarse al vacío, aunque a veces se estampara contra el suelo.

Con el tiempo Paco el Zahonero se jubilaría dejándole la panadería. Jackson quería a Paco como a un padre, pero un día el panadero cayó enfermo, azotado por el inevitable zarpazo de la vejez. No dudó ni un instante en trasladarlo a su casa para cuidarle. Le daba de comer, le cambiaba los pañales, le bañaba, le cortaba las uñas y el pelo, le daba friegas y masajes. Hasta le leía novelas del oeste. Hay que ver los libros que le gustaban a Paco. El panadero nunca se había casado ni tenía hijos, al menos que se supiera, pero tenía a Jackson, y con eso le bastó para morirse feliz. Estaba leyéndole *Una vida por cada whisky*, de Marcial Lafuente Estefanía. Era su autor favorito. Paco le dijo que le dolía la cabeza. Jackson fue a la cocina a por un paracetamol. Al regresar le halló vomitando. Se había puesto de color verde, y decía tonterías. Fue muy rápido.

Jackson heredó el negocio, la casa, las dos mil quinientas novelas de Marcial Lafuente Estefanía, y una cuenta bancaria descomunal. Jolín con el viejo Paco, aparte de amasar pan, había amasado una fortuna.

Entonces empezaron las visitas al cementerio. No pudo terminar de leerle *Una vida por cada whisky*, de modo que optó por visitar su tumba para leerle unas páginas cada día. Cuando terminó con esa, siguió con *La ley de la pólvora*, y así continuaron, uno pudriéndose en su ataúd, el otro leyéndole las horas muertas. A veces también le hablaba, y le contaba que había hecho algunos cambios en el negocio, que pensaba invertir parte del dinero en crear una marca, que le habían propuesto asociarse para franquiciarla, y cosas así. Jackson tenía cabeza para los negocios. Le salía sin pensar, y quién lo iba a decir, pero el muy *hippie* empezó a hacerse con un buen capital. Vivía agradecido por cada instante, fuera bueno o malo. Llegó a ser socio de una veintena de oenegés, y padrino de once niños de Colombia y Guatemala, con los que se escribía y a los que visitaba cada vez que podía.

Si alguien tenía un problema, ahí estaba Jackson para escucharle o dejarle dinero, lo que hiciera falta. Le había devuelto la sonrisa a mucha gente. Menos a Bárbara. A ella sólo podía calmarla provisionalmente. El miedo siempre acababa adelantándola sin poner el intermitente, y cuando menos se lo esperaba, ya lo tenía otra vez encima. Trató de enseñarle su truco de pasar la noche a oscuras en el sótano. No funcionó. El miedo de Bárbara era más alargado que la sombra del universo. Desde luego era más alto que Jackson. Bárbara luchaba contra ese miedo sin rostro todos los días. No podía vencerlo, pero tampoco podía dejar de desenvainar la espada. Si lo hacía, el monstruo se la tragaba, y Jackson se quedaba sin amiga. Jackson sabía que sufría lo increíble por dentro, aunque no podía adivinar el motivo. Sospechaba, en cualquier caso, que era tan intrépida, y llevaba siempre la delantera en toda clase de audacias, porque se había pasado la vida conviviendo con grandes temores a los que jamás podría vencer, y el único modo de sentirse superior a ellos era cagarse en la madre del cordero en plan «¿A que no me pillas?». A veces la chulería le salía cara y acababa aplastada contra el suelo, con un estampido de tormentos pasándole por encima, pero no había nadie en la tierra que corriera más que ella. Por contradictorio que pudiera parecer, sus miedos la habían llevado muy lejos. Todo el mundo creía que Bárbara era muy valiente, porque le encantaban las películas de terror, se quedaba tan pancha después de hacer una *ouija*, podía tirarse en paracaídas desde una avioneta, deambular por los barrios más peligrosos del mundo con

su cámara de fotos, y sumergirse en las profundidades más tenebrosas del océano. Pero es que aquellas cosas no eran nada comparadas con su monstruo. Mientras tanto, Jackson seguía protegiéndola, aunque no podría hacerlo eternamente. Él también tendría que lidiar sus propias batallas...

## CLÍNICA VISTA HERMOSA

Marian se levantó con un alba de fuego en las entrañas. El cielo estaba atribulado e indeciso, todavía no sabía de qué color iba a amanecer. Paró el despertador, y se levantó de la cama. Se fue a la ducha, y dejó que el chorro de agua caliente le bañara la aflicción durante más de diez minutos. Después se vistió con tonos mustios y se miró al espejo por última vez para asegurarse de que aún tenía una cara, existía, no era un muerto viviente, aunque llevara días respirando como un zombi. Había tomado una decisión. Tenía cita en la Clínica Vista Hermosa. Sacó el coche del garaje procurando no hacer mucho ruido, y condujo escuchando la radio, sin prestar atención a la emisión. A medio camino se dio cuenta de que llevaba un buen rato con interferencias. Cambió el dial aprovechando que había parado en un semáforo en rojo. La luz del disco se hizo de rogar. Le temblaban las manos sobre el volante. Verde. Aceleró y prosiguió la marcha. En algún momento debió saltarse alguna señal de tráfico, porque estuvo a punto de tragarse a un motorista que la insultó sin reservas. Respiró hondo varias veces. Si no lograba calmarse, acabaría teniendo un accidente o peor aún, matando a alguien.

El aparcamiento del hospital estaba lleno, pero después de dar un par de vueltas encontró el hueco perfecto. Se acababa de sacar el carnet hacía poco, y todavía le estaba cogiendo el tranquilo al aparcamiento. Si no había dos plazas libres juntas, no era un sitio lo suficientemente bueno para ella. Bordeó el edificio, y entró por la puerta norte. Olía a antiséptico. No le hizo falta pasar por recepción, sabía adónde iba. Subió a la quinta planta, y se presentó en el mostrador de admisiones.

—Enseguida la llaman —le dijo una enfermera de expresión cariacontecida—. Vaya rellenando esto, por favor—. Le alargó unas hojas de consentimiento firmado.



Firmó todas las hojas.

La llamaron a los pocos minutos. Entró en una habitación donde le dieron instrucciones para que se quitara la ropa y se pusiera una bata. Tenía el estómago como una lavadora, venga a dar vueltas a un revoltijo de nervios. Le faltaba el aire. Cuando fueron a buscarla los camilleros, le entraron unas ganas incontenibles de evacuar.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó a modo de súplica, como una reá condenada a morir en la silla eléctrica tratando de comprar unos minutos extra.

Se sentó en la taza del váter. Pasó un rato. Los cuartos de baño tenían un no sé qué relajante. Allí dentro se sentía segura. Al cabo de un rato, cuando se sintió más tranquila, salió, y se dejó transportar por los camilleros a la sala de operaciones. Estaba a punto de someterse a un aborto quirúrgico bajo anestesia local. El equipo de médicos y enfermeros la preparó para el procedimiento. Le inyectaron la anestesia en el cuello uterino. Sintió tres pinchazos. Cuando el médico lo consideró, lo estiró lentamente, e introdujo un tubo dentro de la cavidad con el que succionaron el feto. El procedimiento apenas duró unos minutos, pero a Marian le pareció el rato más largo de su joven existencia. Al acabar comprobaron por medio de ultrasonidos que el útero se había quedado totalmente vacío. Después sintió algunos calambres, como cuando estaba con el periodo. Se lo dijo al médico. Le dijo que no se preocupara, que era perfectamente normal porque el útero, ahora hueco, se estaba contrayendo.

—Pasará rápido —la tranquilizó.

Marian trató de adivinar qué rostro tendría aquel médico. Las gafas, el gorro y la mascarilla cubrían gran parte de su cara.

—Si todo va bien, podrá irse enseguida —añadió.

El aborto costaba quinientos treinta euros que Marian pagó a tocateja. Le había pedido el dinero a Jackson unos días antes. «No me preguntes para qué lo necesito», le dijo. Jackson le dio el dinero sin hacer preguntas aunque le costó lo suyo escatimarle porque les daba a sus padres todo el jornal que ganaba con Paco el Zahonero, con quien acababa de empezar a trabajar hacía poco.

Fue capaz de abandonar el hospital por su propio pie. Ya en el aparcamiento,

se metió en el coche. Apoyó las manos en el volante, y lloró durante cinco minutos. Las lágrimas ardientes, ríos de lava, fluyeron por su rostro, arrasando el corazón con amargura hirviente. Le habían hecho un legrado en el alma. Se sintió más tranquila después de llorar. Condujo de vuelta a Espuelas, aunque antes pasó por la Ermita de la Cruz. Nunca había sido muy creyente, pero necesitaba pedirle perdón a Dios por lo que acababa de hacer, aunque no sabía muy bien por qué.

Nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a Tony.

Le habría gustado llamarla Isabel.

# EL TREN

## PERDÓN

Le había costado horrores mantenerse despierto, pero logró escapar de las garras del sueño. Juan despertó a Bárbara haciéndole una señal con el índice para que no hiciera ruido.

—Vamos —dijo, y la invitó a seguirle.

Salieron al pasillo en pijama, y lo primero que hicieron fue besarse como si se fuera a acabar el mundo. Juan no la había hecho salir con ninguna intención sexual, pero acabaron echando un polvo allí mismo, contra la pared, y justo cuando estaban a punto de llegar al orgasmo, empezaron a oírlos: eran de nuevo esos llantos de niños que cegaban los oídos, gritando cada vez más y más. «Voy a correrme», dijo Juan. «Córrete Juan, córrete, córrete. Así. Vamos...». Él se corrió. Los llantos aplaudieron de dolor. Ella no pudo, los gritos lastimeros se le habían metido en la cabeza. Tenía miedo. Juan se arrodilló.

—No —le detuvo.

—¿No quieres? —preguntó él.

—Me da miedo estar aquí. Ese chirrido... Vas a pensar que estoy loca, pero parece como si...

—Tranquila, yo también los oigo.

Bárbara se sorprendió.

—¿No te asusta?

—Ya no. Ven aquí. —La meció entre sus brazos—. Hay algo que quería decirte... Por eso te he pedido que saliéramos.

—Date prisa, no quiero estar aquí —dijo Bárbara, separándose un poco de él para escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Te acuerdas de aquel verano que fuimos a los lagos al acabar el instituto?

Bárbara se acordaba perfectamente.

—¿Me has sacado aquí para preguntarme eso? —dijo, regalándole su sonrisa más sensual—. No me mientas, tú querías otra cosa... —Le pasó la mano suavemente por el culo.

—Escucha. Aquella noche nos pusimos a hablar de la muerte, y a ti te entró malestar. Entonces Jackson te prometió que él se moriría primero para ir a buscarte cuando te llegase la hora. Así podría llevarte de la mano por toda la eternidad sin que tuvieras miedo.

Bárbara no se acordaba de aquello.

—¿De verdad que no te acuerdas?

No, no se acordaba.

—Bueno, da igual. Lo que yo quería decirte es que... es que... Ojalá te lo hubiera dicho yo. —Agachó la cabeza en un suspiro.

Bárbara le levantó la cara agarrándole de la barbilla.

—Iba a decir que es lo más bonito que me han dicho nunca pero...

Juan parecía decepcionado. Volvió a hacer ademán de agachar la cabeza, pero Bárbara seguía mandando en ese mentón.

—Eh, mírame... —le ordenó dulcemente. Juan la obedeció—. Es lo más *precioso* que *me has* dicho nunca —hizo hincapié en el «me has».

—Es importante que lo sepas —dijo él—. Mañana, cuando bajemos del tren...

—Calla —le besó.

—Dejarás de quererme. —Hundió la cabeza en su pecho.

—No es cierto, no digas eso.

—Pero lo harás, porque este es el tren de las almas y...

Los niños volvieron a alzar el grito.

—¿Tú también estás con esas? Esta mañana en el bar no parecías creerte nada de lo que estaba diciendo Marian. Venga, venga. —Trató de apaciguarle con arrullos—. Volvamos dentro, se me están poniendo los pelos de punta con esos chirridos.

—Espera un poco...

Juan la abrazó todavía durante un rato antes de regresar al vagón.

## DESAYUNO CON DIAMANTES

Jackson fue el primero en llegar al comedor. Hacía un día hermoso. Los rayos del sol entraban a través de los ventanales posándose sobre los manteles y besando el tallo inclinado de las flores asomadas al balcón de sus jarrones. Ahí fuera les estaba esperando un mundo lleno de esperanzas y promesas. No para él. Tendría que decirle adiós a Bárbara. Ya no podía seguir con ella.

—¿Desea tomar algo, caballero? —preguntó el camarero.

—En realidad, no —contestó. Se levantó y abandonó el salón.

Juan y Tony fueron los segundos en llegar.

Pidieron comida para un regimiento. Les esperaba un día largo, porque en el fondo no tenían ni la más remota idea de qué había en la cuarta parada, salvo el fin del trayecto.

—¿Qué va a pasar cuando bajemos? —preguntó Juan.

—¿A qué te refieres?

—Oh, vamos, no te hagas el flipado. Estamos en el tren de las almas, ¿no es cierto? Bárbara tenía razón, existía el maldito tren fantasma; y Marian decía la verdad: si no bajamos en la próxima parada... Vicente no habría vuelto del Más Allá para contarle una milonga.

—Pero, Juan, ¿te estás oyendo? Mira, no sé qué es lo que me cuesta más asimilar: estar en un tren fantasma ¡o que tú creas que lo estamos! —exclamó Tony—. Macho, desde que te has enrollado con Bárbara estás muy raro—. Tony todavía reflexionó durante unos instantes—. Juan... ¿Tú has estado con alguna otra mujer aparte de Bárbara? ¡Y no me refiero a las putas!

—¿Y eso qué tiene que ver? En la cama todas son iguales —trató de evadir la cuestión.

—No, no lo son... —negó con la cabeza—. Tú ya sabes a lo que me refiero...

No, no eran iguales. En primer lugar, Bárbara le deseaba de verdad. Y en segundo lugar, él la amaba con todas las letras, porque lo que sentía por ella no podía ser otra cosa más que amor, eso de lo que todos hablaban a todas horas, y él nunca había sido capaz de sentir, algo muy parecido al sentimiento que Susana inspiraba en él cuando era pequeño: quería cuidarla. Y, en realidad, ahora se daba cuenta de que lo único que había querido durante todos estos años era cuidar de Bárbara, tenerla cerca; pero no sabía cómo hacerlo, y siempre acababa alejándola, si no por una cosa por otra.

—¿Sabes lo que yo soy ahí fuera, Tony?

Su amigo aguardó.

—Soy un hijo de puta, carne de psiquiátrico. Ella me pedirá que la salve, y yo la tiraré de la barca.

Tony no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Le pareció que su amigo Juan estaba teniendo un mal viaje, igual que Marian.

—Estás enamorado, y cuando uno se enamora tiene muchas inseguridades al principio. Y además es la primera vez que te pasa algo así de grande... No quieres perderla, eso es todo —dijo Tony—. Yo a ella también la he visto muy colada, si quieres que te diga la verdad. Te voy a dar un consejo. ¿Por qué no intentas relajarte, y disfrutas de lo que te está pasando?

—¿Me vas a dar consejos tú a mí ahora? En lugar de eso, ¿por qué no te paras a pensar qué es lo que te espera ti cuando salgamos?

Juan se puso serio. Ya no era Bárbara la única que necesitaba que la espabilasen. Había que espabilar a Tony también, ya llevaba mucho tiempo haciendo novillos.

—¿Quieres que te lo diga yo? Acabarás por las calles vagando como un mendigo, tú, el hijo de uno de los hombres más ricos del mundo. Ahí fuera eres un desgraciado, se te caerán los dientes, no encontrarás un solo trozo de piel sin agujerear en el que volver a meterte un pico, y en un par de años, a lo sumo, te encontrarán tirado debajo de un puente, muerto por sobredosis.

—Cállate —ordenó Tony—. Tú no sabes nada. ¡Nada! —Dio un puñetazo sobre la mesa. Las copas temblaron—. Me dejaste solo...

—¿Ves lo que te digo? Eso es lo único que he sido fuera de aquí... El tío que se despide a la francesa sin importarle si deja un amigo atrás... Ni se molesta en devolverle las llamadas, ni en saber si está bien, o si le necesita....

—Hizo una pausa—. Tony...

—¿Qué?

Juan respiró hondo. Hubo otra pausa.

—¿Cómo estás? —se atrevió a preguntarle, finalmente—. Quiero que me lo cuentes todo.

Se fueron al bar, que es donde uno acaba siempre confesándose, y hablaron de lo que nunca se habían contado. Y fue muy triste, porque era un relato de soledad. Juan se había pasado la vida huyendo de los demás; Tony, viendo cómo los otros huían dejándole atrás, preguntándose adónde iban con tanta prisa...

Marian y Bárbara llegaron las últimas.

—Hoy han venido por turnos —bromeó el camarero.

Bárbara le rio el chiste. Marian no estaba de humor. ¿No habían quedado en estar juntos y no separarse ni por un solo instante para escapar de aquella pesadilla?



## DESESPERACIÓN

Marian y Bárbara entraron en el bar. Juan y Tony estaban charlando animadamente.

—¿Dónde está Jackson? —preguntó Bárbara.

—Mira, ahí viene —señaló Tony al verle entrar.

—¿Estáis listos? —preguntó Jackson—. Es la hora.

El rebaño de amigos se desplazó hacia una de las puertas de salida, no sin antes asegurarse de que el mecanismo estaba operativo. Se cercioraron de tenerlo todo bajo estricto control. Nada podía fallar, pero Marian seguía teniendo una inmensa sensación de malestar.

Juan tenía a Bárbara cogida de la mano. Jackson seguía vistiendo aquel mismo gesto risueño a lo Peter Pan que normalmente exhibía, muy pendiente de Bárbara, su eterna Campanilla, compañera de aventuras y desventuras. Tony miraba a través del cristal viendo el reflejo de sus pensamientos emborronados.

El revisor volvió a pasar por allí.

—¿Van a quedarse mucho rato? —les preguntó.

—Estamos esperando. Nos bajamos en la próxima parada —contestó Marian.

—Hoy no habrá parada —la informó tranquilamente.

—¿Qué? —gritó Marian.

—Cálmate, Marian. —Tony trató de amansarla.

—¿Que me calme? ¿Cuánto tiempo llevamos intentando bajar? ¿Eh? ¡Quiero irme de aquí!

—Nadie se lo impide —dijo el revisor—. La próxima parada será mañana por la noche.

—¿Mañana? ¿Está de broma? ¡Venga ya! ¡Yo ya no sé ni qué día es

mañana! —Marian no podía más.

Tony se la llevó aparte. Los demás se contuvieron, bastante tenían con tratar de rebajar el disgusto de Marian. Ninguno de ellos quería armar escándalo. Ya sabían lo que pasaba si le tocaban las castañas al revisor.

22 DE DICIEMBRE DE 2017

## LA NOCHE DE LAS TRES NOCHES

Hacía un frío voraz. La luna, gigante y sangrienta, reinaba en el manto nocturno irradiando esperanza a la oscuridad. El canto congelado de las alimañas de la noche hacía rimas a la soledad de la vieja estación abandonada.

Maite iba caminando con las manos resguardadas en los bolsillos de una gabardina negra, siguiendo el camino que conducía a la Estación de los Muertos. Se dio cuenta de que no era la única que había tenido la misma idea. Las voces de algunas pandillas de jóvenes y adolescentes recorrían el área a lo largo de las vías.

—¡Ahí viene! —gritaban algunos.

—¡Ese no es! ¡Es el tren correo!

El tren correo pasó de largo. Las pupilas de Maite se convirtieron en un escenario minúsculo en el que se fue revelando la película del convoy circulando sobre los raíles. El último vagón desapareció dejando tras de sí una estela de ruidos temblorosos. Las vías todavía retumbaron durante un buen rato. Maite miró a su alrededor. Aranda estaba sentado en uno de los desvencijados bancos del andén. Se aproximó hasta él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Tomar el fresco —dijo resueltamente.

—No me digas que has venido a ver si pasa el tren de las almas. —Era lo último que habría esperado de alguien como él.

—Eso es lo que tú crees, ¿no? Que por aquí pasó un tren fantasma, y se llevó a los chicos. No te has cansado de decirlo en tus reportajes, en la radio, en el programa del Quinto Milenio...

—Cuarto Milenio —corrigió Maite.

—¿No te has traído al Iker Jiménez para grabar el circo que se ha montado?

Esos chicos —dijo, señalando hacia algún lugar de las vías— han venido aquí por ti, por todos los cuentos que has ido propagando por la tele...

—Bueno, aquí estás, ¿no? —le interrumpió Maite.

—No te equivoques. Yo no he venido a constatar la leyenda. He venido a constatar una mentira —advirtió Aranda.

Maite se sentó junto a él. Durante unos instantes, se quedaron a solas en el más absoluto de los silencios, únicamente acompañados por el vaho de sus respiraciones. La periodista desenvainó un cigarrillo.

—¿Quieres uno? —Le ofreció un pitillo acercándole la cajetilla.

Se fumaron la pipa de la paz. Al pasar de la medianoche no hubo ningún tren en el horizonte de las vías. El clamor de los curiosos, algunos pertrechados con botellones, se fue apagando de frío y aburrimiento. Finalmente, el público fue abandonando el lugar, yéndose por donde habían venido. Maite y Aranda todavía peinaron un poco más los cabellos de la madrugada. Afortunadamente, el policía había llevado un termo de café caliente. Al cabo de unas horas, agotaron las conversaciones y Aranda miró el reloj.

—Bueno, yo ya he visto lo que tenía que ver. No existe ningún tren fantasma —aseveró.

—Sigo pensando que Bárbara y los demás están ahí —insistió Maite.

—Pero, hija mía, tú no te cansas...

—¿Sabes? Esto era tan típico de Bárbara...

—El qué...

—Era una tía con muchas inseguridades y miedos, pero adicta a las emociones fuertes, siempre buscando correr alguna aventura. De pequeños siempre era ella la que nos convencía para escaparnos de casa o hacer alguna trastada arriesgada y peligrosa.

—Lo que viene a ser una lianta, vamos —especificó Aranda.

—Algo así. —Maite sonrió, sin poder ocultar el sentimiento de nostalgia que la embargaba.

—Yo sigo teniendo la mosca detrás de la oreja. Ese pobre chico que murió arrollado por el tren... El hecho de que Juan volviera de Estados Unidos después de tanto tiempo sin pisar el pueblo, ¿y todo para irse de excursión paranormal? No me cuadra nada... Aquí hay gato encerrado.

—Están en el tren de las almas. Lo sé. No me preguntes por qué, pero estando Bárbara de por medio, sólo puede ser algo mágico... Era mágica. Especial.

—La querías mucho, ¿no?

—Más que quererla. Estuve años enamorada de ella. Supongo que no sentía lo mismo por mí. No sé. Costaba entenderla a veces. Tenía un gusano dentro que no la dejaba vivir. Además, siempre estuvo enamorada de una imbécil que no se merecía ni el aire que respiraba. Primero le amargó la vida, ¡y luego le amargó la vida!

—El amor es ciego.

—El amor es tonto —matizó Maite.

—Eso no cambia la realidad. A esos chicos les ha pasado algo...

—Sí, que se han subido al tren de las almas.

—¡Y dale, Perico, al torno! ¿No era la noche de las tres noches al cruzar el filo de la madrugada cuando se aparecía? ¡Pues aquí estamos! ¡Y no ha pasado ningún tren! ¿Qué más te hace falta para darte cuenta?

—No soy una experta en fantasmas, pero algo sé... Y, créeme, son ellos los que deciden cuándo se aparecen, y a quién... Tú no los eliges. Son ellos los que te eligen a ti, y cuando menos te lo esperas.

22 DE DICIEMBRE DE 2056

## LA NOCHE DE LAS TRES NOCHES

Maite Richarte paseó por El Corte Inglés. Acababa de publicar su vigésima novela, y en la sección de librería habían puesto unos paneles giratorios de cristal líquido con la carátula de su último libro: *EL TREN DE LAS ALMAS*. Había escrito la historia de sus amigos. Bueno, lo que ella creía que les había pasado. Las guirnaldas invitaban a los amantes a besarse bajo su muérdago. Dean Martin y Frank Sinatra cantaban villancicos a través del hilo musical, *Santa Claus is coming to town*. Había cosas que nunca pasaban de moda. La gente se apresuraba a hacer las compras navideñas de última hora. Ella era una de ellos. Acababa de volver de Madrid, adonde se había trasladado a vivir hacía veinte años. Ya no le quedaban parientes vivos en Espuelas, pero jamás faltaba a su cita decembrina. Miró el reloj. Eran las nueve y media, pero no quería que se le hiciera tarde. Pasó por caja. Allí, una chica de ojos claros y cara de actriz francesa la reconoció. Acababa de comprar su libro.

—¿Es usted, verdad?

Maite asintió con una sonrisa.

—¿Me lo firmaría?

La escritora disfrutó mirándola. ¿Quién podría negarle nada a una carita como esa?

—Claro que sí. Será un placer —accedió.

La muchacha le alargó su ejemplar.

—¿Tienes un bolígrafo?

Ambas rebuscaron en sus respectivos bolsos. La primera en encontrar uno fue la muchacha con cara de actriz francesa. Tal vez era una actriz francesa. Maite fantaseó con aquella idea. Desenfundó el bolígrafo.

—¿Cómo te llamas?

—Oh, no es para mí. Es para mí novia. Fírmelo a nombre de Estela.



¿Lesbiana? El asunto mejoraba por momentos. A veces a Maite se le olvidaba que tenía casi ochenta años y un cuerpo de pasa, pero el cerebro nunca envejecía. Todavía podía enamorarse cada dos por tres.

Escribió: «Para Estela, una chica muy afortunada de tener una novia tan atractiva. No la dejes escapar. Tira este libro por la ventana, y cástate con ella».

Le devolvió el libro y el bolígrafo. La actriz francesa leyó la dedicatoria, y le devolvió una sonrisa colmada de rubor. Era justo la reacción que Maite había querido provocarle. Se despidieron. Maite pagó sus artículos en la caja y salió del centro comercial. Compró unas castañas asadas en el puesto de la esquina, y las comió con calma. Después sacó el teléfono del bolsillo, y marcó el número de Camilo, su chófer.

—¿Sí? —respondió la voz al otro lado de la línea.

—Ven a buscarme. Estoy en la puerta del centro comercial.

—Enseguida.

Se enfundó los guantes de cuero marrón y forro de lana. Al cabo de un rato, Camilo pasó a buscarla con un flamante Audi negro. Al llegar a Espuelas, Maite le pidió que se detuviera delante de su antigua casa. Le gustaba verla. Se quedaron allí, aparcados, durante un buen rato.

—Vamos, es hora —ordenó a Camilo cuando se aburrió de mirar la fachada de su antiguo hogar.

El chófer arrancó, y condujo en dirección a la Estación de los Muertos, como todos los años desde que empezó a trabajar para ella, sólo que Maite se estaba recuperando todavía de una neumonía que a punto había estado de llevársela al otro barrio, y no le hacía ninguna gracia que anduviera por ahí, bajo el relente de la madrugada.

La Estación de los Muertos ya no estaba abandonada. La habían rehabilitado, y ahora era bien de interés cultural.

Maite consultó la hora. Todavía era temprano. Se quedaron en el coche con la calefacción puesta escuchando la radio y hablando de política. Al borde de la medianoche, la escritora bajó del vehículo, y le pidió a Camilo que se marchara. Él se resistió a dejarla sola. Trató de convencerla para que se quedara dentro del coche pero ella se negó.

—Vete al pueblo, por favor. No tardaré mucho. Luego te llamo para que

vengas a buscarme.

Camilo se fue a regañadientes.

Maite se sentó en el remodelado banco del andén. Se cruzó de piernas, y esperó. Tosió un par de veces de forma aparatosa. «Malo...», se dijo a sí misma. Se ajustó el pañuelo. Estaba empezando a helar de lo lindo. No recordaba haber pasado tanto frío otros años. El tiempo no pasaba en balde, y... de repente, empezó a nevar. La escritora se levantó desvestiéndose el guante de la mano derecha. Puso la palma hacia arriba, y recogió unos copos de nieve. Era la primera vez que veía nevar en Espuelas. Qué cosa tan bella y tan... desconcertante. Oyó un silbato a lo lejos. Sabía que no se trataba del tren correo. Ese tren dejó de pasar pocos años después de la desaparición de los muchachos. Por allí ya no pasaba ningún tren.

Se aproximó a las vías. ¡Otra vez el silbido! Y ese murmullo... Ahora se oyó también una campana... No sabía si se había muerto de frío y aquello era el cielo de los trenes, o si se estaba volviendo loca. Miró al banco. No vio su cuerpo muerto sentado. No, no se había muerto, y en su familia no había antecedentes de locura. Se asomó al horizonte oscuro de los raíles con un puño de emociones en el corazón. ¿Y si de verdad era el tren que tanto había esperado? ¡El tren que se llevó a sus amigos! El murmullo fue en aumento hasta ir cobrando la forma del sonido de un ferrocarril. Entonces atisbó a lo lejos una luz redonda que, conforme se iba aproximando, se iba haciendo más y más grande. Era el faro de una locomotora que iba dejando tras de sí una estela negra y espesa de humo. De vez en cuando se desprendían de la máquina unos carbones encendidos, sembrando las vías con chispas brillantes que dejaban tras de sí un surco luminoso en mitad de la oscuridad.

Maite no podía apartar los ojos de aquella maravilla, que fue aminorando la marcha hasta detenerse frente a ella. Las ventanillas estaban iluminadas. Cuando menos se lo esperaba, se abrieron todas las puertas arrojando haces de luz como alfombras, desplegándose desde las escalinatas hacia el suelo. Maite trató de localizar el último vagón de la cola sin éxito. Aquel convoy no tenía fin pero, a lo lejos, creyó distinguir, frente a una de las puertas del tren, unas figuras en movimiento... Caminó hacia allí.

TREN

## FIN DE TRAYECTO

«**B**uenos días» no era quizás la expresión más apropiada para empezar la mañana. Más bien... «¡María Santísima!». Ya nadie recordaba la desesperación del día anterior. Verdaderamente, aquel tren tenía unos vagones prodigiosos. Dormir en ellos tenía un efecto profundamente reparador. Juan se despertó oxigenado y escandalosamente feliz. Fuera lo que fuese, si las farmacéuticas pudieran patentarlo, se harían más millonarias de lo que ya eran. Tony yacía a su lado y, a juzgar por la tienda de campaña, estaba más empalmado que una estaca de acero. Le despertó suavemente para que tuviera tiempo de ocultar el triunfo antes de que los otros abrieran los ojos. Jackson no estaba, seguramente se había levantado temprano, y ya estaba desayunando.

Marian y Bárbara se despertaron con el rumor de las sábanas que Juan y Tony estaban desplegando. Por algún motivo, a Marian ya no le preocupaba bajar del tren, a pesar de saber que si no lo hacía, jamás podría escapar. Había dormido como un lirón, y se había despertado con el alma de un ruiseñor. ¡Tenía ganas de cantar! Y eso hizo, se levantó de un brinco, y se puso a tararear lo primero que le pasó por el pico. Se asomó a la ventana. El sol despejó cualquier atisbo de duda dejando el cielo de su mente raso. Se sentía renovada, y todo a su alrededor era de color brillante, casi eléctrico. Miró a Tony. Él también brillaba. Tuvo ganas de besarle como cuando eran novios. Tony le devolvió la mirada. Sonreía. ¿Le estaría leyendo el pensamiento?

Jackson estaba sentado en el comedor, mirando a través de la ventana, cuando sus amigos se presentaron. El desayuno transcurrió en un ambiente distendido. Tony contaba chistes, Marian soltaba una picardía tras otra, Bárbara proponía nuevos riesgos y aventuras... Volvían a tener siete años. Cogerían las bicicletas, y se irían todos a casa de Juan. Acamparían en el huerto de los

naranjos de la tía Elvira, y contarían historias de terror alrededor de una fogata. Jackson leS inyectaría su sonrisa a las estrellas, y convocaría a los árboles parlantes. Tony no cabía en sí de gozo. Estaban juntos, ¡juntos! ¡Como antes! Jugarían, soñarían, ¡vivirían emociones extremas! Bárbara lo había conseguido... El tren los estuvo amamantando en su seno de fantasía sin que ninguno de ellos mostrara el más mínimo signo de preocupación, cuando todas las señales decían claramente PELIGRO con letras intermitentes y luminosas. La próxima parada no sería hasta bien entrada la noche. Tenían tiempo de sobra.

Se fueron al bar, y bebieron sin medida, especialmente Juan. El alcohol les roció la sangre con motas dulces y chiribitas alegres. Una suave brisa refrescante les bailaba en la nuca. Era la danza del éxtasis enlazándoles el corazón con nudos de amor. Las vetas de la libido anclaron serenamente en la mirada, como aquella noche en la discoteca, cuando Bárbara estaba bailando con Maite, y Juan se acercó... Volvían a tener dieciocho años, pero esta vez no hubo puñetazos ni malheridos. Estaban juntos... Nada malo podía pasarles. La chimenea bramó exhalando una tira de humo blanco y denso. El tren los amaba... Ellos amaban al tren... No, nada malo podía pasar. Estaban tranquilos, tenían tiempo de sobra... Pero antes de que se dieran cuenta, la noche cayó como un telón espeso sobre el escenario de sus ilusiones.

Sonó un teléfono móvil. Ya casi se les había olvidado cómo era escuchar el tono de un celular. Marian sacó un pequeño teléfono del bolsillo de su chaqueta. Era el del trabajo, un modelo bastante antiguo.

—Parece que hay cobertura —anunció.

—Lo que me parece un milagro es que tengas batería —dijo Juan.

—Estos modelos aguantan días —explicó Marian.

La policía se apresuró a desbloquear el móvil. Los miembros del cuerpo recibían alertas en grupo de lo que pasaba en Espuelas. Leyó el último mensaje que su teléfono había logrado interceptar antes de perderse en el abismo adimensional.

Le cambió la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Bárbara.

—No puede ser... —susurró sin dejar de mirar la pantalla. Luego levantó

la vista, y miró a Jackson.

Estaba pálida.

—Marian, ¿estás bien? Vamos afuera —dijo Tony—. No bebas más. —Le apartó la copa—. Necesitas tomar el aire.

Salieron al pasillo. Los demás les siguieron.

—Me estás preocupando —dijo Bárbara—. ¿Qué has leído en ese mensaje? —Le quitó el teléfono.

Bárbara leyó.

—Debe de ser un error —dijo Bárbara.

—No lo es... —dijo Jackson.

—¿Tú sabes lo que pone en el mensaje? —preguntó Tony, extrañado.

—Dice que Víctor está muerto —dijo Marian.

—¿Víctor? ¿Qué Víctor? —preguntó Tony.

—Yo —dijo Jackson levantando la mano levemente.

—Estás de guasa —rio Tony.

Jackson era sólo un apodo.

—Dice que murió arrollado por un tren en la vía de la Estación de los Muertos —recitó Marian.

—Pero si por esa estación ya no pasan trenes —objetó Tony.

—Pasaba un tren correo —informó Marian—. No lo sabía casi nadie.

—Todo esto es una coña, ¿no? Jackson está aquí. ¡Jackson! ¡Tú estás aquí! ¡No puedes estar muerto! —exclamó Bárbara.

Juan tenía el semblante sombrío.

—Bárbara... —dijo Jackson—. ¿Te acuerdas que yo siempre te estaba diciendo que había que enfrentarse a los miedos? Que si te daba miedo la oscuridad, te encerrases toda la noche en un cuarto oscuro, y si te daban miedo las alturas, saltases desde el balcón...

—No entiendo... —balbuceó Bárbara.

—La noche de las tres noches fui a tirarme al tren —dijo Jackson.

Juan estaba cada vez más tenso. El muy cabrón les estaba contando lo que pasó aquella noche.

—¿Tú? ¿Por qué querías hacer algo así? —Bárbara no daba crédito.

—Tenía miedo —contestó Jackson.

—¿Me quieres decir que te daban miedo los trenes, y decidiste estamparte

contra uno, a ver si se te pasaba? —La bióloga se estaba soliviantando. Era el pánico quien la estaba poseyendo, pánico a saber la verdad.

—Al final tenías razón... No debí haber fumado tanto... Me descubrieron un carcinoma, pero ya era tarde... El médico me puso fecha de caducidad. Iba a morir, Bárbara. ¿No lo entiendes? ¡A morir! Y me daba mucho miedo... Así que decidí enfrentarme a mi miedo, y morir por mi cuenta, antes de que la muerte me pillase desprevenido.

—No... No... —Bárbara negaba con la cabeza. Le habría vuelto a matar, pero ya estaba muerto.

—Pero me faltaron las agallas para hacerlo y...

—¡Cállate, Jackson! —ordenó Juan.

—¿Por qué se tiene que callar? —Bárbara empezaba a tener la mosca detrás de la oreja—. ¡Habla!

—Le pedí a Juan que lo hiciera —concluyó Jackson.

—¿Qué hiciera qué?

—Empujarme.

Juan resopló. Maldito bocazas. Eso de que dos podían guardar un secreto si uno de los dos estaba muerto no era verdad, porque aquel muerto estaba dando el chivatazo del siglo.

—¿Es eso cierto? —Bárbara se encaró con Juan.

—¡Él se quería morir! —contestó Juan—. ¡Yo sólo le ayudé!

—¡Maldito cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! —gritaba Bárbara pegándole puñetazos en el pecho.

Tony y Marian estaban estupefactos.

—Escucha, Bárbara — Jackson la apartó—. No hay tiempo para esto. Yo sólo quería pasar algún rato contigo antes de despedirme, y quiero decirte que he disfrutado cada segundo que hemos pasado juntos en la vida, y en este tren, pero no puedo quedarme más, y tú tampoco. El tren está a punto de parar. Tienes que bajar.

En aquel preciso momento dio comienzo el consabido ritual de parada, con sus tintineos, sus silbidos y su desaceleración. Un empujón hacia atrás, luego otro hacia delante.

—¡Vamos! —gritó Marian, cogiéndola de la mano.

Corrieron hacia una de las salidas. Llegaron sin aliento. La puerta se abrió

frente a ellos. Fuera no se veía nada, salvo el reflejo luminoso de la luz del propio tren al abrir sus puertas.

—Yo no puedo bajar —dijo Jackson—. Apuraos.

Le vieron desvanecerse frente a sus propios ojos. Sonrió a Bárbara, y le dijo adiós con la mano. La bióloga luchó contra las lágrimas.

Sólo quedaban ellos cuatro.

Marian fue la primera en bajar. Tony dudó unos instantes, se imaginó solo en su enorme mansión, o peor todavía, muerto de sobredosis bajo un puente como Juan le había dicho, pero Marian, desde abajó, le alargó la mano.

—Podemos hacerlo, Tony. Todavía podemos ser felices —le suplicó.

Tony no estaba seguro.

—Cuidaré de ti... No volverás a estar solo nunca más. Yo jamás te voy a dejar, Tony, te lo juro. No volveré a abandonarte. —Lo decía en serio.

Tony dio un brinco. Estaba realmente alto.

—¡Vamos, Bárbara! —le gritó Tony.

La chimenea aulló de dolor. El silbido estridente dio paso a nuevos humos y campaneos. Los resortes de las ruedas se activaron lentamente.

Juan la vio agarrarse a una de las barras asideras para bajar. El antropólogo era pájaro viejo, y no estaba dispuesto a volver a entrar en la jaula. Ya sabía cómo se veía la vida a través de los barrotes, y no quería volver a pasar por lo mismo.

Si bajaban, todo volvería a ser igual que antes: él al Abilify, ella a sus miedos.

No quería perderla.

No, esta vez no iba ser él quien la empujase del barco, porque ya sabía que no podría llegar nadando sola a la otra orilla, por muy bien que supiera nadar... Sucumbiría entre las olas... Susana... Se la comerían los monstruos de las profundidades... Bárbara...

Bárbara puso un pie en el suelo.

—¡Juan! ¿A qué esperas? ¡Baja! —le ordenó Tony haciéndole gestos con los brazos.

El tren echó a andar. Bárbara ya había puesto el otro pie en tierra firme.

Juan agarró a Bárbara por debajo de los brazos, y la subió de vuelta al vagón.



—¡No! —gritó Marian tratando alcanzarla, pero no pudo.

—¡Cuidado! —Tony hizo desistir a Marian de salir corriendo tras el vagón andante.

Juan la atrajo hacia sí por la cintura, y le susurró al oído: «Eres MÍA».

La besó en un viso de eternidad.

Era justo lo que Bárbara había estado buscando toda su vida: alguien que no la dejara escapar.

Las puertas se cerraron ante la mirada absurda de la medianoche. El tren los envolvió con sus hierros.

Marian y Tony los perdieron de vista.

El ferrocarril se marchó desfilando en chirridos de victoria. Los lamentos de los niños que lloraban por las noches en los pasillos del tren tocaron la luna. Marian y Tony todavía pudieron oírlos en la distancia durante un buen rato.

—¿Marian?

La policía se giró. ¿Quién la llamaba?

—Marian... Soy Maite.

Marian no había visto a aquella anciana nunca.

—Maite Richarte —aclaró, y la abrazó.

Se dejó envolver por su abrazo.

Al cabo de unos instantes, Maite la apartó para mirarla fijamente.

—Pero ¿cómo puede ser? Estás igual... —Se volvió entonces hacia Tony —. Estáis igual.

Era cierto. El tiempo no había pasado para ellos, como si el tren los hubiera atrapado en una dimensión atemporal. Fuera habían transcurrido la friolera de cuarenta años, y Maite estaba empezando a preguntarse cómo demonios iba a explicarles que Espuelas ya no era el mismo pueblo del que habían partido aquella noche de las tres noches; que la abuela Refugio había muerto; que ya no tenían familia; que, por no existir, ya no existía ni el huerto de los naranjos.

Maite se dejó mirar. Marian se reencontró con alguien familiar en aquellos ojos. Pero no, ¡no podía ser!

—¿Maite? ¿Eres tú?

Maite asintió con la cabeza. Una lágrima furtiva se fugó mejilla abajo. Le siguieron otras en un acto de rebelión.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Maite.

Tenían mucho que contarse, si es que acaso conseguían salvar la cordura.

TREN

## LAS ALMAS

**B**árbara miró a su alrededor. Los vivos se habían ido. Los muertos estaban hambrientos...

**Mado Martínez Muñoz** (Alicante, 12 de marzo de 1979) es escritora y periodista española. Ganadora del XIX Premio Ateneo Joven de Sevilla España en junio de 2014 con *La Santa*. La novela Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, fue publicada en la editorial Algaida. Debutó en el género fantástico en el año 2008 con *El Misterio de Nicole Delacroix*, a la que siguieron otras obras de ficción y no ficción. Es miembro del equipo radiofónico de *La rosa de los vientos* (programa de radio, en Onda Cero (España)), escribe para las revistas *Muy Interesante*, *Historia de la Iberia Vieja* y *"Año/Cero"*, y es coordinadora general de la Editorial Odeón.

En 2014 ganó el XIX Premio Ateneo Joven de Sevilla con su novela *La Santa* (Algaida Editores). Y con *El tren de las almas* (2018), fue finalista en el Premio Carolina Coronado de novela fantástica y el Premio Ateneo de Valladolid.

# Índice

Portadilla

Dedicatoria

22 de diciembre de 2016

La noche de las tres noches

Viajeros al tren

21 de diciembre de 2016

Ella y él

El tren de Bécquer

La pasión de Bárbara

Marian y Robin

El chico que amaba los trenes

23 de diciembre de 2016

La tía Elvira

El funeral

Tren

Viaje a ninguna parte

Los raíles del silencio

No era él

El dorado amanecer

Tony y las tres Gracias

La tabla parlante

Solitario

Próxima parada

12 de abril de 2017

Confidencias a media luz

El interrogatorio

El descubrimiento de Aranda

El tren

El mensaje

Cuatro menos una

Noche de chicas

Cruz de cruces

Lauren Bacall

La marea  
¿Quién eres?  
La tercera noche

1985

Mi hermana Susana  
El domador de los miedos  
El patito feo  
La niña misteriosa  
El tesoro de los Malverde

El tren

Buenos días

1991

El club de la Medianoche

El tren

Díselo  
Preparados, listos...

14 de noviembre de 2017

Tu nieta no te olvida

1997

Séxtasis  
El burdel de la Lola  
Adiós, mamá  
Michael Jackson  
Clínica Vista Hermosa

El tren

Perdón  
Desayuno con diamantes  
Desesperación

22 de diciembre de 2017

La noche de las tres noches

22 de diciembre de 2056

La noche de las tres noches

Tren

Fin de trayecto

Tren

Las almas

Sobre la autora

Índice  
Créditos



Edición en formato digital: 2018

© Mado Martínez, 2018  
© Algaida Editores, 2018  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
[algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN ebook: 978-84-9189-040-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.literaria.algaida.es](http://www.literaria.algaida.es)